MARÍA PILAR QUERALT DEL HIERRO

PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES CON NOMBRE DE MUJER

rocaeditorial

Protagonistas de la historia
Anécdotas y curiosidades con nombre de mujer

María Pilar Queralt del Hierro

Rocaeditorial

PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES CON NOMBRE DE MUJER

María Pilar Queralt del Hierro

La mujer ha sido la gran relegada de los libros de historia, lo que no quiere decir que no haya tenido una importancia decisiva en el devenir de la humanidad tanto como protagonista como desde un segundo plano. Así lo demuestran una serie de anécdotas o curiosidades que revelan su ingenio, su astucia o su consejo en el ámbito privado y en las grandes gestas de la humanidad.

Este libro recoge una extraordinaria tarea de recopilación histórica en la que la mujer es la gran protagonista. Desde emperatrices y reinas, pasando por las grandes rivalidades entre mujeres de distintas épocas, cortesanas, pensadoras, artistas y escritoras.

ACERCA DE LA AUTORA

María Pilar Queralt del Hierro es historiadora y escritora. Impartió clases de Historia de España Contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universitat Autònoma de Barcelona de donde pasó a implicarse en el mundo editorial como coordinadora y editora de proyectos. Especializada en el estudio de las grandes figuras femeninas de la historia, ha publicado, entre otros, los ensayos divulgativos *Mujeres de vida apasionada, Isabel de Castilla, Reinas en la sombra* o *Las mujeres de Felipe II: amor y deber en la casa del rey*, por el que obtuvo el Premio Algaba de Biografía e Investigaciones Históricas. Ha escrito asimismo diversas novelas históricas como *Inés de Castro, De Alfonso la dulcísima esposa, La rosa de Coimbra* o *Las damas del rey*, y es colaboradora habitual de diversos medios especializados como *Historia y Vida, Historia National Geographic* o *Muy Historia*.

www.facebook.com/Maria.Pilar.Queralt

ACERCA DE LA OBRA

«En cualquier caso, los relatos que conforman este libro intentan paliar este olvido. En ellos faltan muchos de los grandes nombres femeninos que han jalonado los siglos precedentes; solo pretenden ser el cabo del que tirar para desenredar la madeja del papel que la mujer ha tenido en ellos. Así pues, pasen y lean..»

LA AUTORA, EN LA INTRODUCCIÓN

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

INTRODUCCIÓN

I. ROMPIENDO MOLDES
1. Mujeres de armas tomar
2. Un mundo en marcha
3. Contracorriente

II. DEL TALLER AL LABORATORIO
4. Al albur de la filosofía
5. Cincel y paleta en mano
6. Atentas a la batuta
7. Bajo el signo de Talía
8. Del cálamo al teclado
9. Entre hechizos y probetas

III. TRAS LOS MUROS DE PALACIO
10. En la cima del poder
11. Amores y amoríos
12. Entre damas anda el juego
13. Secretos de alcoba

EPÍLOGO

Créditos

INTRODUCCIÓN

En el paso del siglo XVI al XVII el historiador francés Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, escribió dos obras de carácter biográfico donde retrataba a diversas mujeres con las que se había relacionado, entre ellas Margarita de Valois y Catalina de Médici: *Vie des dames illustres* (Vida de las damas ilustres) y *Vie des dames galantes* (Vida de las damas galantes). Pese a la distinción moralista de los títulos, en ambas aseguraba que la mujer perfecta debía tener treinta bellezas: «Tres cosas blancas: la piel, los dientes y las manos; tres negras: los ojos, las cejas y las pestañas; tres rojas: los labios, las mejillas y las uñas; tres largas: el cuerpo, los cabellos y las manos; tres cortas: los dientes, las orejas y los pies; tres anchas: el pecho, la frente y el entrecejo; tres estrechas: la boca, la cintura y los tobillos; tres gruesas: el brazo, los muslos y las pantorrillas; tres sutiles: los dedos, los cabellos y los labios, y tres pequeñas: los pezones, la nariz y la cabeza».

Tal aseveración ponía al descubierto lo poco que le importaban los valores intelectuales de sus damas, fueran estas ilustres o de vida más o menos licenciosa. Lo más grave es que su opinión no era un hecho aislado. La sociedad de su tiempo, la de los siglos que lo precedieron y la de los que siguieron parecían compartirla. De ahí que, dado que eran escasas las poseedoras de sus «treinta bellezas», si una mujer deseaba sobresalir o simplemente sobrevivir en tal contexto tenía dos opciones: el enfrentamiento abierto o bien el desempeño de aquellos valores que Brantôme y sus congéneres parecían obviar, es decir, ingenio, astucia e inteligencia.

Unos valores que quedaban (y quedan) de manifiesto en infinitas situaciones puntuales que a veces resultan clarificadoras de las capacidades, la inteligencia o la rapidez de reflejos de quienes los protagonizan. Son curiosidades, anécdotas y chispas de ingenio que conforman una historia en minúscula que bien puede matizar la gran historia. La misma que, a menudo, olvida la cara más humana de quienes

la han protagonizado, sean nombres y apellidos de prosapia o héroes anónimos. Más clarificadoras son aún en el caso de la mujer, siempre reservada de forma impuesta o voluntaria a un segundo plano en el ámbito social que le tocó vivir.

¿Acaso no se descubre a una Victoria I de Inglaterra más verdadera cuando la imaginamos llamando a la puerta de su esposo en busca de una reconciliación conyugal que cuando pasaba solemne revista a sus tropas? ¿No se evidencia la ambición de Eugenia de Montijo al saber que frenó la pasión de un enardecido Napoleón III con el fin de ser coronada emperatriz de los franceses? ¿No se adivina un enorme heroísmo en aquellas mujeres que durante el Sitio de Gerona por las tropas napoleónicas conformaron el primer batallón militar femenino, la Compañía de Señoras Soldado de Santa Bárbara? ¿No es revelador del estatus social femenino que se ignore que Hedy Lamarr, un nombre inolvidable del *star system* de Hollywood, fue, además de una actriz bellísima, una científica solvente cuyos trabajos son el antecedente directo del actual wifi? ¿Acaso es de dominio público que la primera novela de la historia la escribió la japonesa Murasaki Shikibu?

Pero lamentablemente existen grandes dificultades a la hora de recopilar anécdotas protagonizadas por mujeres, otro dato más que confirma la ínfima atención que la historiografía ha prestado al sexo femenino. Valga decir como ejemplo que en un anecdotario dedicado a las mejores plumas de todos los tiempos, entre más de doscientas anécdotas solo tres están protagonizadas por mujeres. Una ratio que aún es menor cuando se trata de otros ámbitos como la filosofía o las ciencias.

En cualquier caso, los relatos que conforman este libro intentan paliar este olvido. En ellos faltan muchos de los grandes nombres femeninos que han jalonado los siglos precedentes; solo pretenden ser el cabo del que tirar para desenredar la madeja del papel que la mujer ha tenido en ellos. Así pues, pasen y lean.

I

ROMPIENDO MOLDES

Valientes, transgresoras y voluntariosas. Así fueron aquellas mujeres que no dudaron en romper el corsé que la sociedad les imponía y decidieron desempeñar unos papeles que hasta entonces les estaban vedados. Desde la milicia, la política o el desarrollo de ideas novedosas, muchos nombres femeninos supieron incorporarse a la historia y, lo que es más importante, cambiar la sociedad aun a costa de dejarse la piel en el empeño.

Así, aunque tradicionalmente se ha considerado que la mujer tiende a buscar el consenso antes que el enfrentamiento armado, desde la más remota Antigüedad hubo mujeres que empuñaron las armas. Muchas veces obligadas por circunstancias concretas cuando, con la mayor parte de hombres en el frente, hubieron de defender ciudades sitiadas. Ese fue el caso, por ejemplo, de las heroínas españolas durante la Guerra de la Independencia. Pero también hubo algunas que tomaron el camino de las armas por una decidida vocación militar, una —entonces— insólita opción que las llevó a tener que vestirse de hombre para disfrazar su condición femenina.

Fue esa una estratagema repetida también en batallas menos cruentas, como la que hubo de emplear Concepción Arenal para poder pisar las aulas universitarias, o aquellas viajeras románticas que, desde el siglo XVIII, despreciaron las presiones sociales de su entorno, que calificaban de «inconveniente» el hecho de que una mujer recorriera el mundo en solitario y por propia iniciativa. Desafiando las convenciones sociales, no solo de su ambiente de procedencia sino de los lugares de destino, Frances Erskine Inglis o Alexandra David-Néel, por ejemplo, emprendieron viaje a tierras lejanas en busca de su propia identidad, y por huir de una sociedad que las consideraba meros objetos decorativos y les negaba cualquier posibilidad de autodeterminación.

Otras, por el contrario, decidieron hacer la revolución desde dentro y permanecieron en sus lugares de origen luchando por ser ciudadanas de pleno derecho. Al principio, desde su propia condición de respetables damas burguesas o aristócratas como las *salonnières* francesas; luego,

enarbolando la bandera de la revolución como Madame Roland o, ya a fines del siglo XIX, lanzándose a la calle al grito de *Vote for women!* Gracias a su impulso, muchas de sus congéneres pudieron subirse al estrado político y luchar por sus ideales nutriendo de nombres de mujer la tribuna pública del siglo XX. El camino había sido largo y sus predecesoras habían debido luchar contracorriente, enfrentándose a hombres poderosos, como hizo la baronesa de Stäel cuando criticó abiertamente al mismísimo Napoleón, y también Olympe de Gouges, quien defendió los derechos de la mujer en plena Revolución francesa. Sin duda, las mujeres occidentales del siglo XXI siempre estaremos en deuda con ellas.

1
Mujeres de armas tomar

La heroína de Carcasona

Carcasona es una deliciosa ciudad del Midi francés en cuyo entorno se libraron algunas de las más violentas batallas contra los cátaros. Parece ser que su nombre proviene de Dame Carcas, que en el siglo VIII salvó ese enclave de un largo asedio por parte de las tropas de Carlomagno. Por entonces, Carcasona estaba sometida al poder sarraceno y Dame Carcas era la viuda del caudillo árabe a la que los ciudadanos, hartos de pasar hambre y penalidades, rogaron que rindiera la ciudadela. Sin embargo, Dame Carcas tuvo una idea mejor: alimentó al último cerdo de que disponían con el único saco de trigo de su despensa y lo lanzó desde las murallas. Los soldados francos, al ver tal desperdicio, creyeron que los sitiados tenían reservas de sobra y que, por tanto, era inútil continuar con el asedio. Levantaron el campamento y desistieron. Desde ese día, Dame Carcas se convirtió en la heroína de la ciudad que, en su honor, tomó el nombre de Carcasona.

Defendiendo La Coruña

El 4 de mayo de 1589 las tropas inglesas comandadas por Sir Francis Drake cercaron la ciudad de La Coruña. Fue una mujer quien detuvo su avance. Se llamaba Mayor Fernández de la Cámara y Pita, y ha pasado a la historia como María Pita. Parece ser que era carnicera y que fue con los instrumentos de su trabajo con los que se enfrentó a los ingleses al grito de:

—¡Quien tenga honra, que me siga!

Su arenga triunfó. La siguieron otras mujeres, y entre todas lograron

que las tropas inglesas compuestas por 12.000 soldados se batieran en retirada. Felipe II, en agradecimiento por su valiente actitud, le concedió una pensión que equivalía al sueldo de un alférez más cinco escudos mensuales, así como el permiso necesario para regentar un negocio de transporte de ganado entre Galicia y el norte de Portugal.

También Inés de Ben luchó valientemente en la defensa de La Coruña. Su nombre ha quedado eclipsado por la imponente figura de María Pita, pero su gesta debe ser también recordada. Regentaba junto con su esposo, Sebastián Fernández, un próspero negocio de quincallería que fue arrasado por las tropas de Drake. Enviudó durante el asedio y recibió dos balazos que la dejaron prácticamente ciega. Sumida en la miseria, de nada le valió el largo pleito que entabló contra las autoridades para que le restituyeran los bienes perdidos durante la batalla, y murió en la indigencia.

La Almiranta de la Mar del Sur

Nacida en la ciudad de Lima (Perú) a mediados del siglo XVI, Isabel Barreto de Castro se embarcó junto con su primer esposo, Álvaro de Mendaña, adelantado de las islas Salomón, en un viaje de expedición a la Melanesia en 1595. Viajaban a bordo de la nave Santa Isabel, comprada precisamente con la dote que ella había aportado al matrimonio.

Al morir su esposo en la bahía Graciosa de la isla de Santa Cruz, Isabel hubo de hacerse cargo del mando de la expedición. Dado que no consiguió llegar al destino previsto, la isla de San Cristóbal, ordenó abandonar las Salomón rumbo a Manila en un viaje lleno de penalidades, incluidos varios enfrentamientos con la tripulación. Finalmente llegó a la capital de Filipinas en febrero de 1596. En recompensa a su esfuerzo fue reconocida como Almiranta de la Mar del Sur, la primera documentada de la historia.

¡Al abordaje!

Ni tenían una pata de palo ni llevaban un parche en el ojo. Vestían, eso sí, ropas de hombre, bebían ron y manejaban con soltura el timón y la espada. Así fueron las mujeres piratas, más numerosas de lo que quiere el estereotipo transmitido por la literatura y el cine.

Las más famosas fueron, sin duda, la irlandesa Anne Cormac (conocida como Anne Bonny) y la inglesa Mary Read que *trabajaron* juntas en el Caribe a principios del siglo XVIII, pero hubo otras como, un siglo más tarde, la china Ching Shih o la estadounidense Sadie Farrell, que operaba en el East River neoyorquino, conocida como The Queen of the Waterfront, pero también apodada la Cabra. Tan curioso apodo se debe a que solía atacar a sus enemigos dándoles un cabezazo en el estómago. De ella se cuenta que en un enfrentamiento perdió una oreja y, puesto que pese a la dureza del combate había salvado la vida, decidió llevarla

siempre colgada del cuello a modo de amuleto.

La Monja Alférez

La imposibilidad de sumarse a los ejércitos de forma oficial obligó a muchas mujeres a travestirse. Ese fue uno de los cargos que se esgrimieron a la hora de juzgar a Juana de Arco: el haber acudido a la batalla vestida con ropas de hombre, algo prohibido por la Iglesia católica.

Mejor suerte tuvo, en el siglo XVII, la donostiarra Catalina de Erauso y Pérez Galarraga, más conocida como la Monja Alférez. Forzada por sus padres a profesar como religiosa, huyó del convento y, disfrazada de hombre, se alistó con destino a América. Allí, siempre bajo identidad masculina, se enroló en el Ejército español hasta que, tras ser herida en una batalla, se descubrió su identidad y fue repatriada. Consiguió, no obstante, regresar a Nueva España (hoy México), donde murió hacia 1650.

En pie de guerra

Con los hombres en el frente de batalla, las mujeres hubieron de formar parte activa en la defensa de las ciudades sitiadas durante la Guerra de la Independencia española. Entre todas ellas, la más conocida fue una muchacha de Barcelona que llegó a Zaragoza siguiendo el rastro de su esposo artillero: Agustina Zaragoza Doménech, que ha pasado a los anales bélicos como Agustina de Aragón. Muy conocida es su hazaña en El Portillo cuando, viendo avanzar las tropas imperiales francesas, ocupó el lugar de un artillero caído, encendió la mecha de un cañón y obligó al enemigo a emprender la retirada.

Sin embargo, es menos conocida su implicación posterior en varias acciones de guerra que le valieron el reconocimiento de los altos mandos del Ejército español, un homenaje del propio general Wellington, una mención en los versos de Lord Byron o el nombramiento de alférez aparejado a una pensión vitalicia.

Murió retirada en Ceuta en 1857 y de ella se cuenta que, orgullosa de su vinculación con el Ejército, vestía siempre la casaca de reglamento y el morrión.

La hija que tuvo en su segundo matrimonio, Carlota Cobo, perpetuó la memoria de su madre en una novela histórica titulada *La ilustre heroína de Zaragoza o la célebre amazona en la Guerra de la Independencia.* En 1870 sus restos se trasladaron a la cripta de la basílica del Pilar de Zaragoza, donde permanecieron hasta 1908, cuando con motivo del I Centenario de los Sitios fueron depositados en su mausoleo definitivo en la iglesia del Portillo, junto a los de Manuela Sancho y Bonafonte (que participó en la

defensa del convento de San José, luchó en las trincheras y llegó al cuerpo a cuerpo resultando gravemente herida) y Casta Álvarez Bravo (que, nacida en Orán, tomó a su cargo la defensa de la batería de la puerta de Sancho, siendo la única de las heroínas de la capital aragonesa que, desde el primer día, empuñó las armas).

Menos conocida es la existencia de un batallón exclusivamente femenino formado por el general Mariano Álvarez de Castro el 3 de julio de 1809 durante el Sitio de Gerona. Se llamó Compañía de Señoras Soldado de Santa Bárbara y lo integraban doscientas mujeres organizadas en cuatro escuadras. Esta Compañía intervino en diversas acciones militares y diez de sus integrantes fueron condecoradas con la Cruz del Sitio de Gerona. Los restos de las trece que murieron en combate reposan en un mausoleo en la colegiata de San Félix de Gerona, frente al túmulo del general Álvarez de Castro.

Una de ellas, María Marfá i Vila, era esposa de un cabo fusilero que resultó herido en los primeros combates. Cuando el 4 de noviembre de 1809 escuchó el toque de alarma, puesto que su marido no podía sumarse al combate, tomó el fusil y la munición y se dirigió al baluarte de San Francisco, donde se combatía cuerpo a cuerpo. Intentaron hacerla regresar a casa a cuidar de su esposo pero ella, señalando el fusil, contestó:

—Cuando suena la alarma, este es mi marido.

Del temple de algunas de estas mujeres habla también la frialdad con que reaccionó María Bellido, una de las muchas aguadoras que suministraban bebida a los soldados durante la batalla de Bailén. Cuando ofrecía agua al general Teodoro Reding, una bala destrozó el cántaro. Según parece, la jienense, a quien se conocía como la Tinajera, recogió sin alterarse la base del botijo, donde aún quedaba algo de líquido, y dirigiéndose al militar, que aún no se había recuperado del susto, le insistió:

—¿Agua, mi general?

Tan valiente como ella, pero además enormemente ingeniosa, fue la vizcaína María Ángela Tellería. Tras saber que, en una casa de Durango, un regimiento francés mantenía prisioneros a una treintena de compatriotas, convenció a los guardias de que la dejaran entrar con la excusa de que entre ellos se encontraba un pariente suyo. Lo hizo vistiendo tres vestidos, uno encima del otro, con los que se disfrazaron dos de los hombres que permanecían retenidos, mientras que el resto de sus compañeros se sirvieron de una larga cuerda que María Ángela llevaba arrollada a la cintura para descolgarse desde una ventana y escapar.

Poco después fue detenida por el general Avril y la condenaron a dos años de prisión. Tras una frustrada huida, fue detenida de nuevo y finalmente liberada. María Ángela consiguió llegar a Andalucía, donde las Cortes Constituyentes de Cádiz la premiaron con una pensión vitalicia de 4.000 reales, una auténtica fortuna para la época.

Son solo unos ejemplos, pero nombres como los de la valenciana Josefa Bosch *la Pardala,* Juliana Larrea, la Madre Rafols, María Lostal y la condesa de Bureta en Zaragoza, Manuela Malasaña y Clara del Rey en Madrid, Damiana Rebolledo en Valladolid, Catalina Martín y Francisca de la Puerta en Toledo, y Susana Claretona, la guerrillera de Capellades, entre otras muchas, hicieron que la *Gazeta de Madrid* del 21 de febrero de 1810 se preguntara: «¿Por qué en la insurrección española las mujeres han mostrado tanto interés y aun excedido a los hombres en el empeño de sostenerla?».

La compañera del Libertador

Manuela Sáenz Aizpuru, amante de Simón Bolívar y homenajeada por Pablo Neruda en el poema «La insepulta de Paita», era una mujer valiente. Había participado, vestida a la manera militar, en diversos combates y fue muy activa políticamente en la lucha por la independencia de su país. No es de extrañar su actuación en la noche del 25 de septiembre de 1828, cuando unos encapuchados entraron en el palacio presidencial de Bogotá con idea de atentar contra la vida de Bolívar, entonces presidente de la Gran Colombia. Con extraordinaria sangre fría, Manuela se encaró con los asaltantes a fin de entretenerlos y permitir que, mientras tanto, Bolívar escapara por una ventana. Desde ese día, fue apodada la Libertadora del Libertador.

Las 600

Entre las filas del Norte durante la Guerra de Secesión estadounidense también lucharon mujeres. El número de las que se integraron en el Ejército de la Unión (aunque algunos autores estiman que fue superior) les dio nombre: las 600.

Una gran parte de ellas se enrolaron por ideología, afán de aventura o, simplemente, por seguir a sus maridos, hijos o amantes. Pero otras lo hicieron por gozar del privilegio de una soldada de 13 dólares mensuales que les permitía disfrutar de una independencia impensable en comparación con sus congéneres que se limitaban a desempeñar el rol designado por la sociedad a las mujeres.

Vistiendo ropas de hombre —los exámenes físicos previos al alistamiento eran escasos—, la mayor parte de ellas logró pasar desapercibida hasta que caían heridas en combate, pero otras guardaron su secreto durante bastantes años tras el fin de la guerra.

Los nombres reales de Jennie Irene Hodgers (que se hizo llamar Albert Cashier y ya había adoptado una identidad masculina antes de enrolarse),

Sarah Rosetta Wakeman (oculta como Lyons Wakeman), Loreta Velázquez (como Harry T. Buford), Frances Louisa Clayton (como Jack Williams) y Mollie Bean (como Melvin Bean, lo que no evitó que la acusaran de espía y de «loca»), entre otras, deberían estar inscritos entre las pioneras de la emancipación femenina ya que no solo se enfrentaron a las armas enemigas sino a una sociedad que les negaba su derecho a ser autosuficientes.

Viajeras empedernidas

No empuñaron más arma que su empeño. Fue el caso de Ida Pfeiffer, una ama de casa vienesa que en 1842 decidió que ya había cumplido con su misión de esposa y madre, y tras redactar su testamento y dejar bien organizados sus asuntos legales, partió rumbo a Tierra Santa.

Ese primer viaje estuvo lleno de contratiempos pero, aun así, Ida decidió que nunca había sido tan feliz y, desde ese día, pasó el resto de su vida recorriendo el planeta. Para sufragar sus desplazamientos y estancias, empezó a escribir sobre sus experiencias, vendió alguna de sus posesiones y buscó *sponsors* para ampliar su radio de acción.

Así, completó dos vueltas alrededor del mundo, ella sola y sin un capital previo. Cuando murió en 1858, era una celebridad como exploradora y escritora, y sus libros ya habían sido traducidos a varios idiomas.

Otro tanto sucedió con la escocesa Frances Erskine Inglis, más conocida como Fanny Calderón de la Barca, ya que adoptó el apellido de su esposo, embajador de España en México y marqués. Durante los dos años que vivió en ese país, Frances lo recorrió a fondo; el resultado fue una guía geográfica, naturalista y topográfica tan exacta que no solo fue un *best seller* en su época, sino que el ejército estadounidense lo utilizó como referencia durante su campaña contra México en 1847.

Otra ilustre viajera fue Alexandra David-Néel, quien llegó a escribir: «La aventura es mi única razón de vivir». Nacida en París, cursó estudios de canto y se convirtió en una cotizada *prima donna*. No obstante, pronto cambió la música por el viaje.

En 1890, tras recibir una considerable herencia, emprendió su primer periplo por la India. Desde entonces ya no cesó de frecuentar Extremo Oriente. En 1926 se convirtió en la primera mujer occidental que pisaba Lhasa, la capital del Tíbet. Allí permaneció varios meses en compañía de los lamas y, tras regresar a Europa convertida al budismo, publicó su célebre *Viaje a Lhasa,* que le confirió una extraordinaria popularidad. Continuó viajando y escribiendo hasta que los años la vencieron.

Aun así, en vísperas de su 101 cumpleaños asombró al prefecto de la localidad francesa de Digne-les-Baines cuando quiso renovar su pasaporte

asegurando que «nunca se sabe cuándo puede hacer falta».

2
Un mundo en marcha

Lady Godiva se pasea desnuda

En pleno siglo XI, si una mujer tenía un fuerte sentido de la justicia, amén de una legendaria belleza, jugaba todas las bazas para pasar a la historia. Ese fue el caso de Lady Godiva, esposa de Leofric, gobernador de Coventry, un hombre despótico y cruel que exigía a sus vasallos elevadísimos impuestos. La miseria de su pueblo preocupaba a la gobernadora, quien no cesaba de insistir ante su marido para que rebajara las tasas.

Convencido de que así dejaría de importunarlo, Leofric le propuso:

—Reduciré los impuestos si tú atraviesas la población desnuda sobre un caballo blanco.

Poco conocía a su esposa. Decidida a salvar a su pueblo, y vestida solo con su larga y espléndida cabellera rubia, cruzó la ciudad a lomos de un corcel un día de mercado. Sus súbditos, en justo agradecimiento, cerraron todas las ventanas y se retiraron a sus casas para no ofender con su mirada a su redentora. Evidentemente, el gobernador hubo de suprimir los impuestos.

La condesa G.

Montferrand es en la actualidad un barrio de la ciudad francesa de Clermont-Ferrand. En el pasado, sin embargo, fue una villa rival de Clermont que conoció un extraordinario esplendor en el siglo XIII gracias a una mujer: la condesa G. No se conoce su nombre, como esposa del conde Brayère solo se ha conservado en los archivos la inicial de su nombre, «G», precedida por su título nobiliario.

Circula sobre ella una leyenda muy similar a la de Lady Godiva, pero no deja de ser una fábula. Lo cierto es que la condesa G. fue una mujer con un enorme sentido político que a la muerte de su esposo mejoró las defensas de la ciudad, protegió las fundaciones religiosas destinadas a cuidar de los más necesitados y reorganizó la Administración otorgando a la villa una carta de ciudadanía que permitió a sus habitantes gobernarse por ellos mismos. Les concedió, además, una serie de mejoras fiscales que dinamizaron el comercio y acabaron por hacer de Montferrand una de las más importantes ferias de la región.

Las beguinas

Aunque se dieron en diversos rincones de Europa, los beaterios asentaron sus reales en Flandes. Constituían sólidas repúblicas femeninas donde se retiraban damas, nobles o no, impulsadas por la soledad que imponían las cruzadas, las guerras, la viudedad o la vocación religiosa.

Las beguinas disfrutaban de moradas independientes en un recinto cerrado con servicios comunes, pero podían disponer de un ajuar doméstico propio. Era un curioso sistema semimonástico que las obligaba a asumir los votos de castidad y obediencia, pero no el de pobreza. En los beaterios se respiraba un ambiente profundamente religioso y austero.

Al margen de la devoción, las beguinas se dedicaban a cuidar de niños o ancianos, a cultivar pequeños huertos o a realizar labores de encaje de bolillos que luego vendían en el mercado semanal y que les servían para mantenerse. Esta actividad y régimen de convivencia las convertía en mujeres prácticamente autosuficientes, algo muy inusual en la época.

Lucrecia Borgia, ¿ángel o demonio?

La leyenda, con la eficaz colaboración de la literatura, contribuye frecuentemente a distorsionar la historia. Ese es el caso, por ejemplo, de Lucrecia Borgia. Denostada por la historiografía romántica como la encarnación misma de la disipación, la hija del papa Alejandro VI y de su amante Vannozza Cattanei, fue una marioneta en manos de su famosa familia, que la utilizó como moneda de cambio a la hora de conseguir valiosas alianzas políticas. Pero, sobre todo, fue una mujer inteligente y culta.

Tras contraer matrimonio con el duque de Ferrara en 1500, se alejó de toda intriga política y se consagró al cuidado de sus hijos, de cuya educación se ocupaba personalmente con ayuda de un equipo de reputados humanistas. De sus inquietudes intelectuales habla sobradamente la abundante correspondencia que cruzó con Pietro Bembo,

uno de los grandes eruditos del Renacimiento, en la que se demuestra que tenía muy poco de frívola o superficial.

De ella escribió el caballero francés Pierre Terrail de Bayard: «La buena duquesa, que es una perla en este mundo […], me atrevería a decir que ni antes ni ahora se puede encontrar una princesa más triunfante, pues es bella, buena, dulce y amable con todo el mundo y estoy bien seguro de que, aunque el duque es un príncipe prudente y valeroso, le ha prestado grandes y buenos servicios con su gentileza».

Nada que ver, pues, con la versión que plumas tan ilustres como las de Victor Hugo y Alejandro Dumas dieron de ella.

La Vampiresa de la Romaña

Contemporánea de Lucrecia Borgia, Catalina Sforza, hija ilegítima del duque de Milán Galeazzo María Sforza con Lucrecia Landriani, recibió el apodo de la Vampiresa de la Romaña por parte de su acérrimo enemigo el papa Alejandro VI. En 1484 Catalina no dudó en enfrentarse al papa para defender su derecho sobre el territorio de Imola. Poco después, su esposo murió asesinado y ella se acuarteló en su castillo, si bien no pudo evitar que sus hijos fueran retenidos por los conjurados. Al amenazarla con matarlos si no se rendía, Catalina se enfrentó a ellos y mostrándoles el sexo les respondió:

—¡Tengo el instrumento para hacer otros tantos!

Sorprendidos, los rebeldes se dieron por vencidos.

La trágica aventura de Kimpa Vita

Desde el siglo XV, el poderoso imperio africano del Congo permaneció bajo la autoridad del reino de Portugal. El abuso ejercido por los negreros portugueses sobre la población congoleña provocó el nacimiento de una serie de movimientos religiosos sincréticos que aunaban los principios del dogma católico con las tradiciones religiosas autóctonas.

La religión se convirtió así en un poderoso instrumento nacionalista que alcanzó su culminación en el llamado Movimiento Antoniano, impulsado por una muchacha de familia noble, nacida alrededor de 1682, llamada por los suyos Kimpa Vita, por los europeos Beatriz del Congo y por la historia, la Juana de Arco congoleña.

Había sido educada como *nganga marinda,* la sanadora espiritual o chamana de un culto autóctono, pero en 1700 se bautizó como Beatriz y, convencida de ser una predestinada, decidió consagrarse a la misión que, según decía, le había indicado en sueños el mismo san Antonio de Padua: la de devolver a su pueblo la libertad y el prestigio del que había gozado

hasta el arribo de los portugueses a sus costas.

Sus prédicas mezclaban el mensaje nacionalista con el místico. Así, mientras que respetaba muchos dogmas católicos, sostenía que Jesús, María y los discípulos eran congoleños. Al mismo tiempo que exhortaba a la oración, proclamaba la necesidad de vivir como un pueblo libre, lejos de los abusos coloniales que diezmaban la población con el tráfico de esclavos. Su mensaje encontró eco en el campesinado, que la secundaba en cualquier iniciativa destinada a recuperar sus tradiciones.

La situación llegó a tal extremo que la Corona portuguesa, viendo peligrar su hegemonía colonial, decidió intervenir. Entregada a la Inquisición lusa, esta la juzgó y encontró culpable de haber incurrido en herejía: fue sentenciada a morir en la hoguera. La ejecución tuvo lugar en 1706. Convertida así en mártir, se la considera el símbolo de la independencia del pueblo kongo y de la resistencia a los abusos del colonialismo.

Las salonnières

No fueron feministas en el estricto sentido de la palabra. Tampoco cortesanas, ni llevaron una vida licenciosa. En pleno Siglo de las Luces una serie de damas burguesas o aristócratas como Catherine de Vivonne (marquesa de Rambouillet), Marie de Rabutin-Chantal (marquesa de Sévigné), Marie-Thérèse Rodet (Madame Geoffrin) y Julie de Lespinasse, entre otras muchas, abrieron sus salones a la discusión intelectual o política. Con ello consiguieron acceder a una cultura que estaba vedada a muchas de sus congéneres, pero también alentaron el ingenio de los intelectuales y artistas de su tiempo.

Estas damas ilustradas partieron de un supuesto entonces revolucionario: la necesidad de que la mujer accediera al mundo de la cultura y tuviera voz —que no voto— en la sociedad. No pretendían igualarse en derechos con los hombres —eso llegaría, como lógica consecuencia, tiempo después—, sino que buscaban colaborar en la medida que les fuera posible al progreso de la sociedad y al cultivo del arte y de las letras.

Fue la marquesa de Rambouillet quien, al abrir su Salon Bleu en 1607 (y manteniéndolo hasta su muerte en 1665), les dio nombre: las asistentes recibían el nombre de *bas-bleues* (medias azules), un término que en Francia siguió siendo sinónimo de mujer intelectual hasta mediados del siglo XIX.

También en Inglaterra se dio un movimiento similar. Fue la Blue Stockings Society, capitaneada por la crítica literaria y escritora epistolar Elizabeth Montagu (nacida Robinson), en el barrio londinense de Mayfair a mediados del siglo XVIII.

En España ese papel lo desarrolló la Junta de Damas de Honor y Mérito, fundada en 1787 como asociación filantrópica femenina no religiosa, y dependiente de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. María Josefa Alfonso-Pimentel y Téllez-Girón, duquesa de Benavente y consorte de Osuna, fue su primera presidenta, además de mecenas de artistas como Goya, y también de escritores y científicos.

Los derechos de la mujer y de la ciudadana

Olympe de Gouges, seudónimo de la escritora y activista Marie Gouze, figura con letras de oro en el panteón de las diosas del feminismo. A ella se debe en plena Revolución francesa la defensa de los derechos de la mujer en una sociedad que enarbolaba la bandera de la soberanía popular, si bien tal premisa parecía referirse en exclusiva a la población masculina. Entregada plenamente a la causa y formando filas con los girondinos, la facción más moderada de la Francia revolucionaria, en 1791 Olympe publicó la *Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne* (Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana). En este manifiesto, Olympe de Gouges seguía el esquema de la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano, y exigía con rotundidad un sistema jurídico basado en la igualdad fundamental entre hombres y mujeres. De la contundencia de sus intenciones, habla por sí sola la introducción:

> Las madres, hijas, hermanas, representantes de la nación, piden constituirse en Asamblea Nacional. Por considerar que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son la causa de los males públicos y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer a fin de que esta declaración, constantemente presente para todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes, a fin de que el desempeño del poder de las mujeres y de los hombres puedan ser, en todo instante, objetivos prioritarios de toda institución política y sean respetados por ella, a fin de que las reclamaciones de las ciudadanas, fundadas en principios simples e indiscutibles, se dirijan siempre al mantenimiento de la Constitución, de las buenas costumbres y de la felicidad de todos.
>
> En consecuencia, el sexo superior tanto en belleza como en coraje, como se demuestra por el sufrimiento materno, reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los Derechos siguientes de la Mujer y de la Ciudadana.

Seguían 17 artículos que insistían en la necesidad de igualar a hombres y mujeres en todos los aspectos de la vida pública y privada; pedían el derecho al voto femenino y a la educación, el acceso al empleo público de

las mujeres, la capacidad de acceder a la vida política, a poseer y controlar propiedades, a formar parte del Ejército, a gozar de igualdad fiscal y a la igualdad de poder en el ámbito familiar y eclesiástico.

Se puede decir más alto pero no más claro. Lamentablemente, las reivindicaciones de Olympe no fueron atendidas por la Convención. Es más, Olympe fue acusada de moderada y guillotinada durante el régimen del Terror.

También girondina, Marie-Jeanne Philipon —más conocida como Madame Roland por su matrimonio con el político Jean-Marie Roland de la Platière— tuvo una importancia decisiva en el devenir de esta facción política, lo que le valió la enemistad de los jacobinos. Tras ser arrestada en 1793, fue asimismo guillotinada. Se dice que, tras subir al patíbulo, se encaró con los asistentes a su ejecución exclamando:

—¡Ah, Libertad!, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

La hermana lista

Napoleón Bonaparte tuvo tres hermanas: Paulina, Carolina y Elisa. Mientras que la primera podía encarnar la belleza, y la segunda la ambición, Elisa era el paradigma de la inteligencia. Fue ella quien, bajo la protección de su hermano Luciano, regentó un salón literario en París que frecuentaron personalidades tan señeras como el escritor François-René de Chateaubriand o el pintor Jacques-Louis David. De ella escribió el emperador:

—La gran cualidad de Elisa es que, además de ser inteligente, sabe rodearse de los mejores talentos del momento.

Era cierto. Años después, a principios del siglo XIX, ya como princesa de Lucca y gran duquesa de Toscana, siguió haciéndolo. Prueba de ello es la protección que brindó al compositor Niccolò Paganini, uno de los mejores violinistas de todos los tiempos.

Políticas en la sombra

Aunque la política estuvo durante siglos vedada a la mujer, esta siempre consiguió hacerse un hueco en ella y, aun desde la sombra e incluso a costa de su propia vida, trabajar por conseguir hacer realidad sus ideales. Ese fue el caso de la italiana de origen portugués Eleonora de Fonseca Pimentel.

Influida por las ideas de la Revolución francesa, durante los escasos meses que se implantó en Nápoles la llamada República Partenopea (1799), Eleonora se implicó de pleno en la causa constitucionalista llegando a dirigir un periódico, *Il Monitore Napoletano,* desde el que

divulgaba su ideología.

Tras la restauración de la monarquía absolutista de los Borbones en el reino de las Dos Sicilias, Eleonora fue detenida y condenada a muerte. Sus últimas palabras respondieron por igual a su condición de erudita y a su fe en el triunfo de la revolución. Tomando prestado de Virgilio un verso de su *Eneida,* exclamó:

—*Forsan et haec olim meminisse juvabit* (¡Quizás algún día recordemos esto con alegría!).

Otro tanto sucedió con la granadina Mariana de Pineda Muñoz. Comprometida de pleno en la lucha liberal contra el gobierno despótico de Fernando VII, convirtió su casa de la calle del Águila en punto de encuentro y de refugio de los liberales. Su participación en la confección de una bandera con el lema «Libertad, Igualdad y Ley» la llevó al patíbulo.

Antes de ser ejecutada el 26 de mayo de 1831, con solo 26 años, Mariana dejó escrito que moría «en aras de la patria, de la libertad y de la santa causa de los derechos del pueblo».

Vote for women!

A caballo entre los siglos XIX y el XX, el movimiento sufragista consiguió abrir caminos a las reivindicaciones feministas y, en concreto, obtener el derecho al voto para la mujer. No fue un camino fácil.

Emmeline Pankhurst nació en Manchester en 1858 como hija de Robert Goulden, un hombre de negocios que defendía los derechos civiles de hombres y mujeres, y de Sophia Crane, una destacada feminista. Emmeline y sus hijas Christabel, Sylvia y Adèle encabezaron el sufragismo británico. Ello les costó, especialmente a la madre, varias reclusiones en prisión. Durante una de ellas, concretamente el 4 de junio de 1913, Christabel organizó una marcha sobre el hipódromo de Epsom, a fin de que los asistentes tuvieran noticia de sus reivindicaciones. El plan era interrumpir la carrera con una manifestación sobre la pista al grito de *Vote for women!* (El voto para la mujer).

Sin embargo, una de las participantes en la protesta, Emily Davidson, profesora de Lengua y Literatura en Oxford, confundió las órdenes y se lanzó a la pista antes de tiempo. No advirtió que, en aquel momento, el caballo que lucía los colores reales la cruzaba a toda velocidad. El atropello fue inevitable y, a consecuencia de las heridas, Emily murió cuatro días después.

Lo sorprendente es que el jinete, que no era otro que el rey Jorge V, se limitó a preguntar:

—¿Está bien el caballo?

Lamentable pero cierto.

Emmeline Pankhurst era una mujer decidida y con mucho

temperamento. En el transcurso de un mitin fue interrumpida por un caballero:

—¡Qué más quisiera usted que ser un hombre! —le gritó el furibundo asistente.

—No tengo el más mínimo interés en ser un hombre —le contestó Emmeline y añadió—: ¿Y usted?

¡Fuera el corsé!

La Primera Guerra Mundial fue decisiva para conformar un nuevo tipo de mujer: aquella que iría reafirmándose a lo largo del siglo XX hasta cobrar protagonismo en la sociedad civil. La moda, como era lógico, reflejó el cambio.

Una contribución decisiva fue la de Gabrielle *Coco* Chanel. Su infancia transcurrió en un orfelinato y se asegura que, apenas salir de él, proclamó que «se haría rica y que no dependería jamás de ningún hombre». Decidida a encontrar su lugar en el mundo, acabó con la recargada e incómoda moda en boga desde finales del siglo XIX y creó un nuevo estilo que acabó por ser sinónimo de una nueva mujer independiente, fuerte y autosuficiente.

Para ello comenzó por imponer el pelo corto, *á la garçon,* introdujo en el vestuario femenino el uso de prendas hasta entonces exclusivamente masculinas, como el pantalón, los *blazers* y los sombreros de pequeñas dimensiones *(cloches),* acortó las faldas, desterró el corsé y propuso una silueta libre gracias a las prendas anchas y cómodas.

De hecho, era una moda práctica dirigida a la mujer que, paulatinamente, se iba incorporando al mundo laboral. No en vano, Coco fue una de las primeras mujeres empresarias, ya que abrió su propio negocio en 1910.

Otra de sus innovaciones fue desterrar el negro en exclusiva para las prendas de luto y convertirlo en el color por excelencia de la elegancia. Su célebre *petite robe noir* (o *little black dress*), creado en 1926, es hoy en día un imprescindible en el fondo de armario. Decidida a suprimir todos los tópicos sobre la belleza femenina, solía decir:

—No existen mujeres feas, solo mujeres que no saben arreglarse.

También la neoyorquina Mary Phelps Jacob contribuyó a comienzos del siglo XX a luchar contra los incómodos corsés.

Parece ser que acudía a una fiesta cuando notó que su vestido de seda dejaba entrever sus senos por encima del corsé. No lo dudó: cortó dos pañuelos en forma de triángulo, los cosió y añadió unas cintas. De esta sencilla manera se inventó el primer sujetador de la historia.

Hace poco más de un siglo, cuando la mayoría de las tareas domésticas y el cuidado de los hijos aún recaían en exclusiva sobre la mujer, algunas se empeñaron en realizar el esfuerzo de aligerar ese trabajo.

Destacaron las estadounidenses Josephine Cochrane, quien inventó en 1886 el primer lavavajillas con éxito comercial, y Beulah Louise Henry, quien comercializó en 1912 una refrigeradora mecánica que hacía helados de forma más efectiva, y en 1940 la máquina de coser sin bobinas, además de un número tan elevado de inventos —en su mayoría relacionados con el hogar— que la hicieron merecedora del sobrenombre de Lady Edison.

Un caso especial fue el de Melitta Bentz (nacida Liebscher, en 1873), una ama de casa alemana que, descontenta con el resultado de filtrar el café con mangas de lino, en 1908 decidió probar a hacerlo en un recipiente de latón perforado recubierto con el papel secante del libro de ejercicios escolares de su hijo. El resultado fue un café libre de impurezas y menos concentrado.

Animada por el éxito, montó un negocio de cafeteras con filtro que en la actualidad aún explotan sus descendientes bajo el nombre de Grupo Melitta KG. No fue su único logro: su empresa fue de las primeras en pagar a sus empleados vacaciones y horas extras, así como en cerrar los fines de semana y en crear un fondo de previsión para sus trabajadores.

Fue otra mujer, la canadiense Martha Matilde Harper, quien desarrolló no solo el concepto de salón de belleza, sino el actual modelo de franquicias. Lo hizo en 1882 en Nueva York, donde comenzó a vender un tónico basado en productos naturales. Con los primeros 360 dólares obtenidos, abrió su primer salón de belleza e inició una novedosa carrera de publicidad del mismo con el lema *Health & beauty* (Salud y belleza), que restaba toda frivolidad al arreglo personal para insistir en lo saludable del cuidado del cuerpo.

Su establecimiento incluía un salón de peluquería, algo totalmente novedoso en una época en que las mujeres se arreglaban el cabello bien ellas mismas, bien ayudadas por el servicio doméstico o por peinadoras a domicilio. El Harper's Salon tuvo tanto éxito que, de inmediato, surgieron imitadoras. Para evitar la competencia, Martha comenzó a ofrecer contratos de franquicias que incluían escuelas de peluquería, a través del llamado Harper's Method. La operación resultó tan exitosa que a fines del siglo XIX ya se contabilizaban más de doscientos salones repartidos por Estados Unidos, Alemania y Escocia.

La estadounidense Marion Donovan contribuyó a hacer más fácil la vida de las amas de casa gracias al ingenio desplegado en 1946 cuando se esforzaba en lavar y escaldar los pañales de su hija recién nacida.

Decidida a ahorrar tiempo y esfuerzo, fabricó un pañal recubierto de tela impermeable y forrado con un paño lo suficientemente suave como

para no dañar la delicada piel de un bebé. De esta forma inventó el pañal desechable, si bien este tardó diez años en comercializarse a través de la empresa Procter & Gamble.

Esposas y talismanes

Eva Perón marcó un hito en la historia de Argentina. Mujer de orígenes muy humildes, supo acercarse al pueblo y se erigió en la mejor colaboradora de su esposo Juan Domingo Perón y, en consecuencia, en el emblema del peronismo. En 1947 visitó España y, entre los lugares de su recorrido, se incluyó Granada. Al llegar a la Capilla Real, donde se encuentran los sepulcros de los Reyes Católicos, observó que la cabeza de la reina Isabel está algo más baja que la del rey Fernando.

Sus acompañantes, entre sonrisas, le dijeron:

—Es que la reina era más inteligente que su esposo, y por eso su cabeza pesaba más.

Pero en vez de sonreír con la ocurrencia, Evita les respondió con expresión seria:

—No les quepa la menor duda. En todas las parejas sucede lo mismo.

También Jacqueline Lee Bouvier fue una importante baza para su esposo, el presidente John F. Kennedy de cara a los medios. Aun sin blasones ni corona, los Kennedy han sido para los Estados Unidos lo más parecido a una dinastía real y, puesto que toda dinastía tiene una reina, en este caso la corona correspondería a Jackie Kennedy.

Desde su llegada a la Casa Blanca, la nueva primera dama, culta y refinada como pocas, no solo renovó la decoración y las costumbres de la mansión presidencial sino que se convirtió en el polo de atención del papel *couché* dando a la pareja presidencial una popularidad nunca vista. Hasta tal punto que, durante su primer viaje a Europa como presidente de los Estados Unidos, JFK no dudó en presentarse diciendo:

—Soy el esposo de Jacqueline Kennedy.

3
Contracorriente

La Jesuita

Tras la creación en 1534 de la Compañía de Jesús por san Ignacio de Loyola, varias mujeres quisieron adherirse al proyecto. Jacoba Pallavicini, Juana de Cardona y Guiomar Coutinho escribieron al fundador con este propósito; Isabel Roser (nacida Ferrer) quiso crear una rama femenina, y las clarisas Teresa Rajadell y Jerónima Oluja pretendieron reformar su convento barcelonés bajo la obediencia a la nueva orden. Todo fue en vano. Ignacio de Loyola se negó siempre en redondo a vincularlas a su proyecto.

Más éxito tuvo Juana de Austria, hermana de Felipe II, quien gracias a la mediación del duque de Gandía, Francisco de Borja, miembro de la orden y con gran influencia en la corte, consiguió en 1554 convertirse en la única mujer jesuita de la historia. Hubo de profesar, eso sí, bajo el seudónimo de Mateo Sánchez.

La antinapoleónica baronesa de Staël-Holstein

Ir contracorriente ha implicado para las mujeres tenerse que enfrentar a hombres poderosos. Así le sucedió a Germaine Necker, conocida como Madame de Staël, uno de los personajes más peculiares de la Francia pre y posrevolucionaria. Hija del que fuera ministro de Finanzas de Luis XVI, contrajo matrimonio en 1786 con el barón de Staël-Holstein, embajador de Suecia en París, y fue amante del político y pensador Benjamin Constant.

Por su aguda inteligencia y sus contactos en el ámbito de la política, Madame de Stäel fue, aun en la sombra, una de las personalidades más

influyentes de su época. Su particular guerra contra Napoleón Bonaparte se ponía constantemente de manifiesto en las reuniones políticas que se celebraban en su salón. Allí, la baronesa exponía sin reservas su antibonapartismo, incluso ante interlocutores fieles al emperador, como el que un día la increpó asegurando que las mujeres no debían opinar de política.

La respuesta de Madame de Staël no se hizo esperar:

—Deberíais reconocer, amigo mío, que en un país donde a las mujeres se les corta la cabeza, estas tienen derecho a saber cuál es el motivo.

En otra ocasión, otro decidido bonapartista, el conde de Segur, recriminó a Madame de Staël su animadversión hacia el emperador e intentó convencerla de que estaba equivocada enumerando todas las virtudes que se le suponían a Bonaparte. Es más, llegó a asegurar:

—El día que él nos falte, el mundo entero llorará sin consuelo.

A lo que Madame de Staël contestó:

—Os equivocáis. El mundo dirá: «¡Uf!». Y suspirará aliviado.

En la misma tónica, el barón de La Chaise, prefecto de Arras, se dirigió a la baronesa en el transcurso de una velada literaria:

—Dios hizo a Bonaparte y descansó.

A Germaine Necker le faltó tiempo para responder:

—Pues podía haber descansado un poco antes.

Lo cierto es que, además de inteligente, la baronesa de Staël era una mujer muy bella, por lo que siempre pululaba a su alrededor una legión de admiradores en espera de obtener sus favores. Uno de ellos decidió que la mejor forma de conquistarla era formar filas a su lado contra Napoleón. Para ello pronunció un larguísimo alegato tachándolo de ignorante. La baronesa era una mujer ecuánime que sabía reconocer las virtudes de sus enemigos, así que cortó la perorata del adulador:

—Os lo ruego, caballero, no insistáis. No conseguiréis convencerme de que, desde hace quince años, Europa venera a un imbécil.

Pero también es cierto que, en otras ocasiones, no pudo ocultar sus filias y sus fobias. De ahí que cuando un amigo le comentó que había sido honrado con la Legión de Honor, irritada por que hubiera aceptado una condecoración creada por Bonaparte, le dijera con desprecio:

—*Ah!…Vous êtes des honorés!*

Un ingenioso juego de palabras, puesto que en francés tiene igual pronunciación *vous êtes des honorés* (usted está entre los condecorados) que *vous êtes deshonoré* (usted ha sido deshonrado).

Con sombrero de copa, levita y capa

En 1841 una joven ferrolana llamada Concepción Arenal Ponte decidió que quería ser abogada. Era consciente de que por entonces las aulas

universitarias eran terreno vedado para la mujer, de ahí que no dudara en cortarse el pelo y vestir sombrero de copa, levita y capa para asistir como oyente a las clases de Derecho de la Universidad Central de Madrid, la actual Complutense.

Su estratagema no le sirvió de mucho. Descubierto el engaño, hubo de intervenir el rector, quien finalmente la admitió como alumna siempre que asistiera a la universidad acompañada por un familiar. Este la llevaba hasta una sala vacía donde el catedrático la recogía para conducirla hasta el aula. Una vez allí, debía permanecer sentada en una mesa aparte, aislada de sus compañeros varones. Acabada la clase —o entre clase y clase— debía repetirse la operación a la inversa: el profesor la devolvía a la sala y allí permanecía hasta que la recogía su familiar. Pese a tantos inconvenientes, asistió a la facultad entre 1842 y 1845. Y acabó por ser una reconocida penalista.

También Martina Castells i Ballespí, contemporánea de Concepción Arenal, lo tuvo difícil a la hora de convertirse en la segunda española doctorada en Medicina en 1882. Esta leridana, hija y nieta de médicos, abrió camino con pocos meses de diferencia a otras dos mujeres catalanas, Dolors Aleu y Elena Maseras, para ejercer la medicina. Dos catalanas contemporáneas de Concepción Arenal también lo tuvieron difícil a la hora de convertirse en las dos primeras españolas doctoradas en Medicina.

Dolors Aleu i Riera leyó su tesis en Madrid el 6 de octubre de 1882, titulada «De la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer».

Solo tres días después, leía la suya la leridana Martina Castells i Ballespí, en la que defendía la equiparación no solo de los derechos académicos sino de los sociales y culturales para sus congéneres; su título era bien elocuente: «Educación física, moral e intelectual que debe darse a la mujer para que esta contribuya en grado máximo a la perfección y a la de la humanidad».

A ambas ya les había abierto el camino Elena Maseras Ribera, que nacida en una familia de médicos se trasladó desde su Vilaseca natal a Barcelona para ser la primera mujer de España matriculada en una facultad de Medicina, en el curso 1872-1873.

Lo curioso es que cuando Martina Castells, bajo la dirección del doctor Letamendi, superó en Madrid los ejercicios de doctorado, el tribunal hubo de reconsiderar el protocolo, que obligaba al rector a abrazar al nuevo titulado, ante el hecho, entonces insólito, de que el doctorando fuera una mujer.

¿Quién era Felipe Centeno?

Hay mujeres a las que su labor en campos secundarios de la industria cinematográfica las ha condenado al olvido. Pero ellas tuvieron mucho que ver en la popularización del séptimo arte cuando este recorría sus primeros pasos.

Entre ellas, se encuentran las primeras críticas de cine. En España destaca un nombre, María Luz Morales Godoy, una coruñesa que también rompió moldes cuando consiguió ser la primera mujer directora de un diario al estar al frente de *La Vanguardia* entre 1936 y 1937 en plena Guerra Civil española, siendo su única redactora femenina. Eso sí, sus primeras críticas cinematográficas hubo de firmarlas con el manido recurso del seudónimo masculino: Felipe Centeno.

Depurada por el régimen franquista, siguió firmando artículos con otros nombres masculinos, Ariel y Jorge Marineda. También fue traductora, antóloga, editora, dirigió una enciclopedia y escribió una comedia, aún inédita, a cuatro manos con la novelista Elisabeth Mulder Pierluisi.

Un asiento en el autobús

El 1 de diciembre de 1955 la costurera afroamericana Rosa Parks (cuyo nombre de soltera era Rosa Louise McCauley, y también tenía ascendencia nativo americana, irlandesa y escocesa), subió al autobús 2857 de Montgomery (Alabama). Ocupó un asiento libre de la quinta fila, donde sí estaba permitido sentarse a los negros si no estaban ocupados por blancos. Pero el autobús se llenó y un hombre blanco la quiso obligar a levantarse. Ella se negó en redondo. Intervino entonces el conductor:

—Si no se levanta, la haré detener.

Ella volvió a negarse. Él avisó a la Policía, fue arrestada, multada con catorce dólares de la época y pasó varios días en el calabozo.

Lo que Rosa Parks no sabía es que había cambiado la historia de su país. Aunque ya se habían producido antes protestas similares, todas sancionadas, como las protagonizadas por Claudette Colvin y Mary Louise Smith, la represalia contra Rosa levantó una fuerte polémica, y dos años después, tras decretarse el boicot a los autobuses por parte de los activistas de color, la Corte Constitucional de los Estados Unidos decretó que los afroamericanos podían ocupar cualquier asiento en los autobuses públicos.

Raqueta en mano

Pierre de Coubertin siempre se mostró contrario a la participación de la mujer en los Juegos Olímpicos. Hubo de resignarse, sin embargo, a que en los Juegos de 1900 ya participaran 19 atletas femeninas, que llegaron a ser 36 en los de 1908. Una progresión que hablaba por sí sola de la paulatina incorporación de la mujer al deporte de competición, uno de los bastiones que ha sido (y es) más difícil de conquistar.

Ya en la antigua Grecia las mujeres no podían asistir ni siquiera como espectadoras a los Juegos, si bien un grupo de valientes organizó los llamados Juegos Hereos, en honor a la diosa Hera, donde solo podían participar atletas de sexo femenino.

Pero desde entonces y hasta fines del siglo XIX, la palestra deportiva estuvo exclusivamente copada por los varones, hasta que en la Inglaterra victoriana algunas damas de la élite social comenzaron a practicar golf, equitación, tiro con arco y, sobre todo, *lawn tennis* (tenis sobre hierba), primero como *amateurs* y luego en competición.

Fue entonces cuando destacó Charlotte Cooper, quien se hizo con la victoria en el campeonato femenino de Wimbledon en cinco ocasiones (1895, 1896, 1898, 1901 y 1908) y fue la primera campeona olímpica de la historia, en los Juegos celebrados en San Luis en 1904.

En la cúpula del poder político

La primera mujer en emprender la carrera a la presidencia de los Estados Unidos fue una auténtica pionera en otros campos. En 1870 Victoria Woodhull abrió, junto a su hermana Tennie, la agencia de valores Claffin & Company convirtiéndose así en la primera mujer corredora de bolsa. Por supuesto, tuvo que soportar la oposición de Wall Street, que consideraba escandaloso ver a una mujer desempeñando tal cometido. Poco después fundó un periódico, el *Woodhull & Claffin Weekly,* desde cuyas páginas lanzó violentas diatribas en favor de conseguir el derecho al voto femenino.

Y el 10 de mayo de 1872 presentó su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos por el partido Equal Rights. No pudo culminar su propósito: pocos días antes de las elecciones fue arrestada bajo la acusación de que publicaba un periódico «de contenido obsceno», dada su entusiasta defensa del amor libre y de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres.

Mujeres como Victoria Woodhull y sus compañeras sufragistas abrieron el paso a las urnas, con la consecuencia lógica de facilitar el acceso de la mujer a los cargos políticos. Para ello hizo falta tiempo y esfuerzo. Es más, solo a partir de los años sesenta del siglo XX fue posible ver a una mujer como máxima dirigente de un Estado moderno. Las asiáticas fueron las pioneras.

En 1960 Sirimavo Bandaranaike juró su cargo como primera ministra de Sri Lanka. La siguieron Indira Gandhi, que se convirtió en primera ministra de la India en 1966; Benazir Bhutto logró en 1968 ser la primera presidenta de un país islámico, Pakistán; y en 1974 lo conseguía en Israel Golda Meir, quien ya había ejercido como ministra de Trabajo en 1948 y de Asuntos Exteriores en 1956.

En Europa no se conseguiría hasta que Margaret Thatcher se convirtió en *premier* británica en 1979. En España, la primera mujer en ser titular de un ministerio fue una militante anarquista, la madrileña Federica Montseny i Mañé, quien el 7 de noviembre de 1936 tomó posesión de la cartera de Sanidad y Asistencia Social en el Gobierno de Largo Caballero, que mantuvo hasta mayo de 1937.

II

DEL TALLER AL LABORATORIO

*E*l 8 de marzo de 2019 las calles de medio mundo se tiñeron de violeta. Manifestaciones seguidas por paros en ciudades tan distantes como Madrid, Londres, Barcelona, Nueva York, Varsovia o Buenos Aires, entre otras muchas, movilizaron a millones de mujeres en defensa de sus derechos. El universo femenino del llamado «primer mundo» es consciente de la importancia de sus conquistas en la sociedad civil, pero también de todo lo que queda aún pendiente: erradicar la violencia de género y evitar los abusos sexuales que originaron el #metoo (yo también) en Estados Unidos y el «No es no» en España; conseguir la igualdad salarial; conciliar la maternidad con la vida laboral y derribar definitivamente el techo de cristal que impide que las mujeres alcancen puestos de responsabilidad en su carrera profesional. Unas demandas que hacen del feminismo la auténtica revolución del siglo XXI y que exigen consolidar los logros que se conquistaron en el siglo anterior, cuando ya no resultaba insólito ver a una mujer en el desempeño de una actividad laboral o acudiendo a las urnas.

Una situación, la de desempeñar un trabajo remunerado, que no había sido posible en siglos pasados, cuando, salvo en casos excepcionales, la mujer tenía vedado el acceso a la formación y el derecho a la autosuficiencia, si bien nunca se había resignado ante tamaña injusticia.

Ya en la Edad Media se inició la Querelle des Femmes, un movimiento literario y académico que desde finales del siglo XIV hasta la Revolución francesa exigió el derecho de la mujer a acceder a la cultura. Lo lideraban escritoras como Christine de Pizan, posiblemente la primera mujer que pudo vivir de la literatura, y tantas otras que se rebelaban contra doctrinas firmemente arraigadas en la sociedad como la de santo Tomás de Aquino, que sostenía que la mujer debía estar «sometida al marido como su amo y señor, ya que este tiene inteligencia más perfecta y virtud más robusta».

Lo peor es que cinco siglos después la filosofía tomista permanecía vigente y, por ejemplo, la Inglaterra victoriana seguía proclamando que el papel de la mujer era el del «ángel del hogar», al tiempo que condenaba y

encarcelaba a las primeras sufragistas.

Conseguir un lugar en el ámbito laboral fue, pues, un largo camino lleno de rosas y espinas. Existieron pequeños logros individuales, como el de Hildegarda de Bingen, que pudo escribir sus tratados de medicina natural, pero en contrapartida, a otras mujeres como María de Zoraya y sus compañeras de infortunio en Zugarramurdi se las condenó a morir en la hoguera por un tribunal que veía en su conocimiento de remedios naturales la mano del mismo Satanás.

Siglos oscuros en los que, mientras algunas mujeres como Sofonisba Anguissola en el XVII y Berthe Morisot en el XIX podían vivir de su maestría con el pincel, otras cedían la autoría de sus obras a sus padres, hermanos o maestros. Algo similar pasaba con las que debían esconder su pericia con la pluma bajo el anonimato, como Jane Austen, o firmando con seudónimo masculino, como hicieron, entre otras, Cecilia Böhl de Faber, que fue conocida como Fernán Caballero, y Aurore Dupin, quien se hacía llamar George Sand.

El taller del artista, el escritorio o el laboratorio fueron, pues, terrenos vedados para la mujer, si bien unas cuantas valientes perseveraron en el empeño. Aunque en la Inglaterra isabelina fueron hombres disfrazados de mujer quienes interpretaron a las heroínas de Shakespeare, no ocurrió lo mismo con las artes escénicas, donde brillaron artistas como María Felicia García Sitches (cantante de ópera francesa de origen español que triunfó con el sobrenombre de María Malibrán), la estadounidense Isadora Duncan, considerada la madre de la danza moderna, y las integrantes del *star system* de Hollywood desde que, en 1906, la canadiense Florence Lawrence rodara su primera película, a la que siguieron 38 solo en el año siguiente, hasta el total de 270 en las que actuó. Unas y otras debieron desplegar su ingenio para sobrevivir y seguir su vocación. Valgan para demostrarlo las páginas que siguen.

4
Al albur de la filosofía

Las seguidoras de Pitágoras

En la Grecia clásica la filosofía no fue patrimonio absoluto de los varones. Por el contrario, la escuela pitagórica del siglo VI a. C. contó con un buen número de mujeres, si bien muchas de sus conclusiones se han atribuido a Pitágoras, su maestro.

Entre ellas, las tesis de Téano de Crotona, la esposa de este filósofo y matemático, de quien se han conservado varios textos en los que defiende los principios pitagóricos, como este:

> He oído decir que los griegos pensaban que Pitágoras había dicho que todo había sido engendrado por el Número. Pero esta afirmación nos perturba: ¿cómo nos podemos imaginar cosas que no existen y que pueden engendrar? Él dijo no que todas las cosas nacían del Número, sino que todo estaba formado de acuerdo con el Número, ya que en el Número reside el orden esencial.

La compañera de Pericles

A las pitagóricas siguieron muchas otras pensadoras. Entre ellas destacó, en el siglo V a. C., Aspasia de Mileto, compañera de Pericles y maestra de retórica, cuya fama era tal que Plutarco asegura que fue «origen de la gloria de Atenas» y que eran tales sus conocimientos que «retaba a los filósofos a discutir con ella en tales términos que los dejaba agotados y sin respuesta». Tal fue su fama que el príncipe de Persia Ciro el Joven obligó a una de sus concubinas, llamada Milto, a cambiar su nombre por el de Aspasia.

Un cúmulo de virtudes

Areta de Cirene, por su parte, vivió en el siglo IV a. C. y perteneció a la escuela cirenaica, iniciada por su padre Aristipo, discípulo de Sócrates. De ella se cuenta que enseñó filosofía en las escuelas y academias de Ática durante treinta y cinco años, escribió cuarenta libros y contó con más de cien filósofos entre sus alumnos. Alcanzó tal prestigio que sus seguidores hicieron grabar sobre su tumba una inscripción que aseguraba que poseía «la belleza de Helena, la virtud de Penélope, la pluma de Aristipo, el alma de Sócrates y la lengua de Homero».

Haciendo callar a su interlocutor

Gargi Vachaknavi, nacida alrededor del siglo VII a. C., fue una pensadora de la antigua India. Estudiosa de los Vedas, los libros sagrados del hinduismo, fueron tantos y tan profundos sus conocimientos que sus contemporáneos la reverenciaron como a una divinidad.

Gargi llegó a ser invitada por el rey Janaka de Videha a participar en el Brahma Yajna, una competición dialéctica y filosófica a la que asistían los sabios más reputados del país. Uno a uno los fue venciendo en una intensa contienda intelectual hasta que quedó frente a frente con el sabio Yajnavalkya, considerado el mayor erudito de la India. Convencido de su superioridad, Yajnavalkya aceptó el reto con tranquilidad pero, tras un largo debate metafísico, hubo de poner fin al enfrentamiento dialéctico asegurando que, de seguir, acabaría por perder la razón. Evidentemente, Gargi fue dada por vencedora.

La transformación de Sosípatra

Sobre Sosípatra de Éfeso, filósofa neoplatónica y mística que vivió en la primera mitad del siglo IV, se cuenta una curiosa historia en las *Vidas de los sofistas* de Eunapio. Según parece, cuando Sosípatra tenía cinco años, su padre contrató a dos hombres de origen desconocido para trabajar en sus campos. El resultado de su labor fue muy superior a lo que esperaban y la cosecha superó con creces a las de temporadas anteriores. Ante tal resultado, no les costó demasiado convencer al terrateniente de que dejara la finca y a su hija a su cargo. El padre de Sosípatra aceptó y partió a un largo viaje que duró cinco años. A su regreso comprobó sorprendido que la niña no solo había sido instruida en la antigua ciencia caldea sino que había desarrollado una vasta inteligencia, e incluso poderes psíquicos fuera de lo común que de adulta le permitieron convertirse en una de las pensadoras más famosas de su tiempo.

Esta anécdota hace actualmente las delicias de los amantes del mundo paranormal, ya que según Eunapio se trataba de seres sobrenaturales, lo que hoy se traduce en algunos medios como llegados desde otro planeta con una civilización más avanzada.

La aristócrata filósofa

La princesa Isabel de Bohemia y del Palatinado se relacionó con los pensadores más eximios del siglo XVII, entre ellos Descartes y Leibniz. Alemana de origen, se educó en Leiden (Países Bajos), donde estudió lenguas clásicas ganándose el mote de la Griega por su dominio de tales materias.

A partir de 1639 mantuvo correspondencia con Anna Maria van Schurman, una erudita a la que apodaban la Minerva Holandesa, y poco después entró en contacto con Descartes. Con este pensador francés mantuvo una nutrida correspondencia sobre temas filosóficos y morales que, a día de hoy, es un documento excepcional para estudiar el discurso cartesiano.

El nivel intelectual de Isabel la llevó a impartir clases de Filosofía en la Universidad de Heidelberg, su ciudad natal, y queda corroborado en las palabras que René Descartes en 1644 le dedicó en sus *Principes de la Philosophie*: «Ninguna otra persona conocida por mí ha comprendido tan adecuadamente cuanto hay en mis escritos». Y concluía: «Estoy asistido de razón para estimar incomparable vuestra capacidad».

La primera mujer en la Royal Society

Isabel de Bohemia no fue la única aristócrata consagrada a la filosofía. En la Inglaterra del siglo XVII brilló con luz propia Margaret Cavendish, duquesa de Newcastle. Prolífica escritora, su afán de saber resultaba tan incomprensible para su entorno que la apodaban la Loca Margaret. Su interés en todo tipo de ciencias consiguió que, pese a la franca oposición inicial de sus miembros, la Royal Society londinense le permitiera asistir a una sesión de experimentos del químico Robert Boyle en 1667. Su feminismo *avant la lettre* la llevó a decir: «Las mujeres viven como murciélagos, trabajan como bestias y mueren como gusanos».

Renovando la escuela

La italiana Maria Montessori revolucionó la pedagogía del siglo XX con su

método basado en el aprendizaje desde la propia experiencia y el juego. Aseguraba que su vocación por la enseñanza nació durante sus años de estudiante de Medicina (fue la primera italiana en doctorarse en esa carrera): una tarde, al dirigirse a clase de Anatomía, se cruzó en los romanos Jardines del Pincio con una mendiga acompañada por su hijo, que se entretenía jugando con unos simples papeles de colores.

Al enfrentarse con un cadáver en la sala de disecciones, comprendió lo efímero de la existencia humana y decidió dedicarse a mejorarla, convencida, según sus propias palabras, de que «la educación desde el comienzo de la vida puede cambiar verdaderamente el presente y futuro de la sociedad».

El segundo sexo

Así se titula la obra capital de la francesa Simone de Beauvoir. Una mujer libre e inteligente que, en el siglo XX, sentó las bases del feminismo actual, junto con Betty Friedan, autora de *La mística de la feminidad.* Para Beauvoir, la mujer, en el concepto social de la palabra, es una mera construcción cultural definida siempre en relación al varón. Debe pues dejar de ser «esposa de», «hija de», «madre de» o «hermana de» para conquistar su propia identidad y hacerlo desde su propio criterio. Como ella decía: «No se nace mujer, se llega a serlo».

Los gatos de María Zambrano

Tras la Guerra Civil española, el exilio llevó a la filósofa malagueña María Zambrano Alarcón a Roma, donde se instaló con su inseparable hermana Araceli, una gran amante de los gatos. Su domicilio no tardó en convertirse en uno de los centros culturales de la capital italiana, hasta que en 1963 un senador de pasado fascista firmó una orden de expulsión con el ridículo motivo de considerar que los trece gatos con los que convivían suponían una amenaza para la salud pública.

La situación llegó a tales extremos que muchos intelectuales italianos se vieron impelidos a interceder en su favor. Llegaron a convencer al ministro de Justicia y al del Interior, pero estos no pudieron hacer otra cosa que aplazar la orden. El 14 de septiembre de 1964, tras una nueva denuncia, las Zambrano y sus gatos debieron abandonar Roma camino de Francia. Lo peor es que tuvieron que hacerlo con un aviso para la Policía gala de que se trataba de «personas peligrosas». Una situación injusta y ridícula para quien escribió: «Filosófico es el preguntar y poético el responder».

5
Cincel y paleta en mano

Manos delatoras

*H*asta el siglo XX, el arte se ha considerado siempre un espacio masculino, al menos cuando se practicaba de forma profesional puesto que la pericia en el dibujo era, como el bordado o la música, una enseñanza tradicional para las mujeres. Pese a frases como la de Bocaccio cuando dijo que «el arte es ajeno al espíritu de la mujer», la historia demuestra que no es así.

Gracias a investigaciones recientes, se cree que las pinturas rupestres atribuidas a los hombres prehistóricos se deben a manos femeninas. Así lo demuestran, entre otras razones, el tamaño y la forma de algunas manos plasmadas en muchas cuevas del Paleolítico. Es lógico pensar que si eran representaciones rituales para atraer la caza, fueran ellas quienes las realizaran para fomentar la productividad de los hombres cazadores y asegurar de ese modo la supervivencia de la especie.

Iluminando manuscritos

No solo los monjes refugiados en sus *scriptoria* medievales fueron responsables de la iluminación de manuscritos. En el monasterio de San Salvador de Tábara (Zamora) vivió Ende, una religiosa que se ganó el título de primera artista femenina de España. A ella se debe la iluminación del *Comentario al Apocalipsis* que había compilado el Beato de Liébana en el año 786 y que se conserva en la catedral de Gerona. Su nombre junto con el de un monje aparece en el colofón: «*Ende, pintrix et Dei adiutrix; frater Emeterius et presbiter*» (Ende, pintora y ayudante de Dios; Emeterio, hermano y sacerdote).

Asimismo, la monja alemana Guda de Weissfauen está considerada

como la autora del primer autorretrato femenino de la historia. Lo realizó en el siglo XII en una letra capital del homiliario de San Bartolomé, conservado en la Staatsbibliothek de Frankfurt con la inscripción: «*Guda, peccatrix mulier, scripsit et pinxit hunc librum*» (Guda, mujer pecadora, escribió y pintó este libro). Otro tanto hizo Claricia de Baviera, una novicia alemana de la abadía de los santos Ulrico y Afra de Augsburgo, quien en el siglo XIII se retrató en un salterio con vestido secular y en actitud desenfadada balanceándose desde una Q capitular, bajo la cual aparece su nombre.

Ya en la segunda mitad del siglo XIV, Bourgot le Noir, hija de Jean le Noir, ilustró diversos libros en el taller de su padre. Entre ellos, el espléndido *Les très riches heures,* el libro de horas del duque de Berry.

El cincel de la maestra de obras

La escultora Sabina von Steinbach fue hija y discípula del arquitecto alemán Erwin von Steinbach, responsable de la construcción de la catedral gótica de Estrasburgo en el siglo XIII. Poco se sabe de ella, solo que colaboró con su padre en los trabajos de la catedral y, cuando este falleció, lo sustituyó como maestra de obras. Suyas son dos estatuas que representan a la Iglesia y a la Sinagoga, ubicadas en el pórtico de la catedral. También se le atribuye una imagen de san Juan Evangelista en cuyo interior se encontró un pergamino que rezaba: «Gracias a la devoción de una mujer valiente, Sabina, he cobrado forma a partir de una dura piedra».

La misteriosa Teresa Díez

En 1955, en el transcurso de unas obras de acondicionamiento en el coro del Real Monasterio de Santa Clara de Toro (Zamora), aparecieron unos murales al fresco seco, datados en el siglo XIV, en los que se leía: «*Teresa Dieç me fecit*» (Teresa Díez me hizo). Nada se sabe de la misteriosa pintora. Tal vez fue una religiosa del mismo convento o, dada la mentalidad medieval, la mecenas que patrocinó las pinturas. En cualquier caso, se llevó el secreto a la tumba.

Una monja muy trabajadora

Sor Plautilla Nelli fue una monja dominica del siglo XVI a la que se considera la primera mujer pintora renacentista de Florencia. Pese a ser

autodidacta, fue tan prolífica en su trabajo que el historiador del arte Giorgio Vasari, contemporáneo suyo, escribió sobre Plautilla: «En las casas de los caballeros en toda Florencia, hay tantas imágenes de su mano que sería tedioso intentar enumerarlas todas ellas».

La fallida historia de amor de Properzia de' Rossi

Pese a estar incluida en el célebre catálogo de artistas del Renacimiento de Giorgio Vasari y disfrutar de una considerable fama en los inicios de su carrera, Properzia de' Rossi murió en la miseria cuando aún no había cumplido los cuarenta años.

Se dio a conocer con una serie de figuras en miniatura a partir de la talla esmerada de huesos de melocotón o albaricoque, que insertaba en piezas de orfebrería. Su originalidad la llevó a destacar en los ambientes renacentistas de Bolonia y se hizo acreedora de numerosos encargos, como la decoración del altar mayor de la iglesia de Santa María de Baraccano (Bolonia) en 1524. Uno de los dos relieves realizados en ese altar fue su perdición. Representaba el pasaje de la Biblia en el que la esposa del egipcio Putifar intenta seducir sin éxito al casto José. Para ello se representó a sí misma con los pechos al aire persiguiendo a un joven que no era otro que Anton Galeazzo Malvasia, un noble que la había rechazado. De inmediato surgió el escándalo, y el prestigio de Properzia se vio muy menguado. Incluso Vasari menospreció su producción: «Una mujer, por artista que sea, no puede escapar de su débil naturaleza femenina». Al menos, no dejó de citarla.

Un matrimonio bien organizado

Lavinia Fontana nació en Bolonia a mediados del siglo XVI. Contra lo que sucedió con muchas de sus congéneres, Lavinia fue reconocida en vida e incluso se convirtió en pintora oficial de la corte de los papas Clemente VIII y Paulo V.

Había aprendido el oficio en el taller de su padre pero este, a diferencia de otros que también ejercieron de maestros de sus hijas, supo promocionarla para facilitar que se labrara un nombre propio. Lavinia, además, contó con la activa colaboración de su esposo, el también pintor Gian Paolo Zappi. Del matrimonio nacieron once hijos y, en un alarde de modernidad inaudito para la época, mientras Lavinia pintaba, Gian Paolo actuaba como su ayudante, se encargaba de las labores domésticas y asumía el cuidado de los hijos.

Elegida miembro de la prestigiosa Academia de San Luca, fue tal su fama que en 1614 se acuñó una medalla en su honor, en la que Lavinia

aparece representada trabajando frente a su caballete.

La anónima retratista de Felipe II

Sofonisba Anguissola tuvo el honor de que el propio Miguel Ángel elogiara su obra. Y no solo eso: Giorgo Vasari la incluyó en su catálogo de artistas, Van Dyck la retrató y fue pintora oficial en la corte española de Felipe II.

Sin embargo, por ser mujer no se le permitió firmar sus pinturas, de manera que muchas se han atribuido a otros coetáneos. Ese es el caso de un retrato de Felipe II atribuido hasta el siglo XX a Juan Pantoja de la Cruz. Sofonisba solo contravino la prohibición de firmar en unos pocos lienzos, entre los que destaca *La partida de ajedrez,* expuesto actualmente en el Museo Nacional de Poznan (Polonia), y en el que esta artista se autorretrató junto con sus hermanas en una escena familiar y su nombre aparece discretamente en el marco del tablero sobre el que se juega la partida.

La artista políglota

La fama de la grabadora y escultora barroca Anna Maria van Schurman saltó de su Alemania natal a toda Europa en el siglo XVII. Reputada por su gran erudición, además de por la destacada labor artística que realizó, especialmente en Holanda, llegó a hablar a la perfección catorce idiomas, entre ellos latín, griego antiguo, hebreo, árabe clásico, arameo, siríaco y amárico.

El pincel real

De Isabel de Farnesio se conoce su ambición y su facilidad para la intriga política, pero lo que se ignora de la que fuera reina consorte de España por su matrimonio con Felipe V es que era una gran aficionada a la pintura. Sus obras, muy estimables, se reconocen por ir firmadas con una flor de lis estampada o grabada.

De los fogones al taller

Anna Dorothea Therbusch (nacida Lisiewski) fue una pintora del período rococó originaria de Prusia. Muy joven tuvo que abandonar su prometedora carrera para ayudar a su marido, un hostelero de Berlín, en

el figón que regentaba. No por ello olvidó su vocación.

Veinte años después, con sus cuatro hijos ya crecidos, se separó de su esposo, abandonó su casa y regresó a los pinceles. Tras pintar para las cortes de Stuttgart, Mannheim y Berlín, en 1765 se instaló en París, donde conoció al filósofo Denis Diderot, con quien convivió un tiempo. Tampoco fue una unión feliz. Este enciclopedista de la Ilustración no ocultaba su desdén por la condición de artista de su pareja. De modo que llegó a escribir: «No le falta el talento para crear sensación en este país, pero carece de la juventud, la belleza, la humildad, la coquetería; debería extasiarse ante los méritos de nuestros artistas, tomar lecciones de ellos, tener un buen pecho y unas rotundas nalgas y concederse a sus maestros».

Desengañada, Anna Dorothea regresó a Berlín, donde consiguió convertirse en la pintora más valorada de Prusia. Había sido una carrera larga, pero la meta había valido la pena.

Artísticas venganzas

El nombre de la pintora barroca florentina Artemisia Gentileschi va unido indefectiblemente a una de las venganzas más conocidas de la historia del arte.

Mientras era alumna del pintor Agostino Tassi, este la violó. De inmediato lo denunció, pero aunque su maestro fue castigado con el destierro, ella se vio sometida a una serie de torturas para verificar su testimonio, así como a un humillante examen ginecológico. Artemisia encontró la manera de vengarse. En la que es su obra más conocida, *Judith decapitando a Holofernes,* se autorretrató como la heroína bíblica, mientras que a Holofernes le asignó los rasgos de su violador.

Una venganza similar fue la que llevó a cabo la escultora e imaginera sevillana del mismo siglo XVII Luisa Roldán Villavicencio, *la Roldana*. Maltratada de forma continua por su esposo, el también escultor Luis Antonio de los Arcos, Luisa dotó de sus propios rasgos al santo en la obra *El arcángel san Miguel aplastando al diablo,* mientras que el demonio posee el rostro de su marido.

El pincel que más veces retrató a María Antonieta

La pintora francesa más famosa del siglo XVIII se llamó Marie Louise Élisabeth Vigée-Lebrun. Fue, además, extremadamente, trabajadora: tiene en su haber más de 900 pinturas catalogadas, de las cuales treinta son retratos de la reina María Antonieta, con quien la unió una estrecha amistad. Entre la élite europea de su época, también pintó a Lord Byron.

Viajó sin cesar, se exilió en Rusia y fue miembro de las academias de

Florencia, Roma, Bolonia, San Petersburgo y Berlín. Y escribió sus memorias. No es de extrañar que, después de trabajar tan intensamente, pidiera que se escribiera como epitafio en su tumba del cementerio de Louveciennes, donde reposa desde 1842: «*Ici, enfin, je repose*…» (Aquí, al fin, descanso…).

Las Damas del Impresionismo

Con el apelativo de las Damas del Impresionismo se conoce a tres artistas: Berthe Morisot, Mary Cassatt y Marie Bracquemond. Tres excelentes pintoras que han quedado ocultas tras el brillo de sus colegas masculinos.

Tuvieron, además, que limitarse a pintar escenas de interior, como en el caso de la francesa de ascendencia española Eva Gonzalès, y a contravenir las reglas sociales puesto que estaba muy mal visto que una mujer instalara su caballete al aire libre para pintar del natural.

Berthe Morisot, junto con su hermana Edma, fue alumna de Camille Corot, uno de los más importantes paisajistas de la escuela de Barbizon en el siglo XIX. No obstante, la admisión de Berthe y Edma en el círculo impresionista no fue fácil.

Nada extraño si consideramos que Édouard Manet no dudó en escribir en una carta dirigida al también pintor Henri Fantin-Latour: «Comparto su opinión, las señoritas Morisot son encantadoras, es una pena que no sean hombres. Como mujeres solo podrían defender la causa de la pintura casándose cada una con un académico y sembrando así la discordia en el campo de esos anticuados». También el gran Auguste Renoir sentenció: «La mujer artista es sencillamente ridícula».

Es posible que las dificultades desanimaran a Edma, que en 1869 abandonó los pinceles tras contraer matrimonio con el oficial de la Marina Adolphe Pontillon, pero Berthe no se rindió. Y Manet se vio obligado a rectificar su postura inicial: no solo la promocionó sino que la utilizó como modelo en más de una decena de obras. Una de ellas, *El balcón,* generó los más diversos rumores sobre Berthe y le acarrearon el sambenito de *femme fatale,* si bien desde 1874 ya estaba casada con Eugène Manet, hermano del autor de *El pífano*. Un rumor malévolo, máxime cuando nunca posó a solas para su cuñado sino que invariablemente lo hizo bajo la mirada vigilante de su madre.

Incansable, Berthe Morisot siguió pintando, y no solo acabó por ser reconocida en su época sino por la posteridad. En 1997 su obra *Después del almuerzo* alcanzó los 11 millones de dólares en una subasta en Christie's consagrándose como el precio más alto alcanzado por un cuadro de autoría femenina.

La estadounidense Mary Cassatt conoció también buen número de dificultades para conseguir vivir de la pintura. Perteneciente a la alta

burguesía, su familia aceptaba su vocación pictórica como un *hobby* pero se escandalizaba ante la posibilidad de que se convirtiera en un *modus vivendi*.

Gracias a la intervención del arzobispo de Pittsburgh, quien le pidió dos copias del artista renacentista Correggio, Mary consiguió financiarse su viaje a Europa, donde entró en contacto con Edgard Degas, quien se convirtió en mentor y amigo. Cuando en 1875 él vio por primera vez los trabajos al pastel de Cassatt en una galería de arte, escribió: «Solía ir a aplastar mi nariz contra la ventana y absorber todo lo que podía de su arte. Su forma de pintar me cambió la vida; entonces tuve ante mí el arte que deseaba ver».

Marie Bracquemond, sin embargo, no tuvo la suerte de contar con las enseñanzas de un maestro del impresionismo. El nombre de nacimiento de esta artista bretona era Marie Quiveron y, según parece, para su primer cuadro utilizó como pigmentos los colorantes de los pétalos de algunas flores. Asombrado ante su destreza, un amigo de la familia le regaló una caja de acuarelas y le presentó al académico Jean-Auguste Dominique Ingres, a través del cual conoció al que sería su esposo, Félix Bracquemond, también pintor apegado a las normas académicas y enemigo acérrimo del impresionismo. Precisamente sus reproches hacia su forma de pintar la desanimaron hasta el punto de que en 1890 abandonó la pintura pese a que, según el testimonio de su hijo Pierre: «Satisfecha con algunos de sus cuadros, quería mostrarlos, deseaba contactar con otros artistas, y soñaba con el éxito y con una vida de lucha y de productividad».

Hay que decir que, por el contrario, el nombre de Félix Bracquemond fue cotizándose cada vez más; su marido llegó a recibir la Legión de Honor y la Medalla de Honor de la Exposición Universal de 1900.

Surrealista y libre

La pintora surrealista Maruja Mallo nació en Vivero (Lugo) y la bautizaron como Ana María Gómez González. Destacó, además de por su arte, por su comportamiento rebelde. Por ejemplo, solía vestir pantalones en una época en que el uso por parte de una mujer de esta prenda masculina en España era todo un desafío. Más escandaloso aún cuando ella misma proclamaba:

—Soy la primera travesti.

Sus compañeros poetas de la Generación del 27, tan rebeldes como ella, la admiraban, y otro tanto hacían los pintores surrealistas. Dalí la definió «mitad ángel, mitad marisco», y a su muerte, la pensadora María Zambrano escribió sobre la Mallo: «Cometió uno de los errores más destructivos e imperdonables: ser libre».

Unas modelos baratas y dóciles

La pintora estadounidense Georgia O'Keeffe se hizo célebre mediado el siglo XX por sus cuadros de grandes flores. Preguntada por el motivo de insistir en ese tema, respondió:

—Odio las flores. Las pinto porque salen más baratas que los modelos. Además, ¡no se mueven!

Surrealista sin saberlo

La mexicana Frida Kahlo Calderón tuvo una forma de pintar tan personal que resulta difícil encasillarla en un estilo concreto. No obstante, por sus características, tiene rasgos inequívocamente surrealistas. A este respecto, ella misma comentó:

—No sabía que era surrealista hasta que llegó André Breton [el principal teórico del surrealismo] a México y me lo dijo.

Nunca es tarde

Anna Mary Robertson Moses, más conocida como Abuela Moses, había nacido en una granja del estado de Nueva York en 1860 y consagró su vida al bordado hasta que la artritis la obligó a dejar su actividad y comenzó a pintar ¡a los 70 años!

Su estilo naíf, reproducido en infinidad de tarjetas postales y carteles publicitarios, la llevó a ser homenajeada en la Casa Blanca por el presidente Dwight Eisenhower.

Una parisina en Japón

La pintora cubista francesa Marie Laurencin, discípula de Georges Braque, realizó a lo largo de su vida infinidad de cuadros, acuarelas, dibujos y grabados. En 1983, con motivo del centenario de su nacimiento, se inauguró en la prefectura Nagano (Japón) el Museo Marie Laurencin, que alberga más de quinientas obras suyas. Es la única pinacoteca del mundo dedicada en exclusiva a una artista femenina.

6
Atentas a la batuta

Las primeras compositoras

La música nunca fue terreno vedado para las mujeres, si bien su práctica se consideraba un simple adorno que contribuía a su femineidad. No obstante, desde la Antigüedad hay testimonios que acreditan una relativa profesionalización femenina en este ámbito.

Ese fue el caso de Sahakduxt, una de las primeras compositoras de música que registra la historia, que a principios del siglo VIII vivió completamente retirada en una cueva del valle Garni, en las inmediaciones de Ereván, la actual capital de Armenia.

En su ascético retiro escribió una serie de cantos litúrgicos de los que se conserva solo uno, el *Srt'uhi Mariam,* y también ejerció como profesora de música, aunque lo hacía oculta tras una cortina para evitar ser vista por ojos masculinos.

En Constantinopla, la actual Estambul, vivió una compositora musical llamada Kassia en el siglo IX. Se conservan transcripciones notadas de sus obras, lo que permite que sigan siendo reproducidas por intérpretes actuales.

La leyenda cuenta que dada su gran belleza, el emperador Teófilo quiso casarse con ella. Ante la negativa de Kassia, se le preguntó si acaso prefería la compañía de otras mujeres antes que el matrimonio, y ella respondió:

—En efecto, prefiero permanecer junto a la mujer más grande que nunca ha nacido: la Virgen María, madre de Jesucristo.

Retirada a la vida conventual, Kassia escribió unos cincuenta himnos religiosos que aún hoy se emplean en la liturgia de la Iglesia ortodoxa oriental, que la venera como santa.

Componiendo para sus señores

Las cortes renacentistas y barrocas contemplaron la música como uno de sus principales ornamentos. Más aún si las intérpretes eran femeninas.

Así, Francesca Caccini fue una de las mayores referencias musicales para los Médici en la Florencia de finales del siglo XVI. Compositora e instrumentista, era una virtuosa del laúd, la tiorba, el clavecín, la guitarra y el arpa. A ella se debe *La liberazione di Ruggiero dall'isola d'Alcina,* una ópera cómica que se considera la primera escrita por una mujer. Tal fue su éxito que la apodaron la Música y dispuso de un sueldo mensual y alojamiento en la corte medicea.

Un siglo después, Élisabeth Jacquet de La Guerre recibió el reconocimiento del Versalles de Luis XIV de Francia. Actuó por primera vez ante el rey cuando solo contaba cinco años y, una década después, entró al servicio de Madame de Montespan, favorita del monarca. En 1691 compuso el ballet *Jeux a l'honneur de la victoire,* dedicado al soberano, y en 1694, la ópera *Céphale et Procris,* lo que la llevó a ser considerada como la primera mujer que compuso una ópera en Francia.

A la sombra de los grandes nombres de la música

Clara Wieck fue una de las mejores pianistas de la historia y una excelente compositora que ha quedado ensombrecida por la figura de su esposo, Robert Schumann. Su caso no es único. En el entorno de los grandes compositores se han dado múltiples ejemplos de hermanas, hijas o esposas de gran talento musical cuyos nombres han sido relegados en favor de las cualidades de sus varones más próximos.

Ese fue el destino de Maria Anna *Nannerl* Mozart, hermana mayor de Wolfgang Amadeus Mozart. Ella era una excelente intérprete de clave y piano a quien su propio padre, mientras impulsaba la carrera de su hermano, obligó a retirarse del mundo de la música para contraer matrimonio.

Tampoco la hermana de otro de los mayores genios musicales del siglo XIX, Felix Mendelssohn, disfrutó de una carrera exitosa. Conocida por su nombre de casada, Fanny Hensel, ha pasado desapercibida para el gran público pero, con solo trece años, ya interpretaba con gran virtuosismo las obras más complejas de Bach. Sin embargo, como en el caso de Nannerl Mozart, su padre le impidió que hiciera público su talento y lo reservó para el ámbito familiar.

Fanny compuso un total de 466 piezas musicales, entre las que se encuentran numerosas canciones. Una de ellas, *Italia,* era la preferida de la reina Victoria de Inglaterra, pero como sucedió con buena parte de su producción, su autoría se atribuyó durante más de un siglo a su hermano

pequeño Felix.

La mencionada Clara Wieck, compositora y virtuosa del piano, no necesitó de nadie que cortara su prometedora carrera musical. Tras contraer matrimonio con Robert Schumann, compaginó sus giras de conciertos con su condición de esposa y madre de ocho hijos. Pero, además, pareció perder su autoestima. Así escribió: «Hubo un tiempo en el que yo creía tener talento creativo, pero he renunciado a esa idea; una mujer no debe tener el deseo de componer: si ninguna ha podido hacerlo, ¿por qué iba a poder yo?». Y al enviudar, abandonó su vinculación personal con la composición para dedicarse en exclusiva a preservar el legado de su esposo.

Directora de orquesta y sufragista

Ethel Smyth fue, además de compositora, una de las primeras mujeres directoras de orquesta y una activa sufragista. Esta británica solía explicar que su mejor concierto lo había dirigido en 1912 ¡utilizando un cepillo de dientes como batuta! Con él coordinaba los cánticos feministas de sus compañeras en la cárcel londinense de Holloway, donde cumplía prisión por haber roto el cristal de una ventana de la casa del primer ministro con un ladrillo en el transcurso de una marcha, liderada por la ya mencionada activista Emmeline Pankhurst, a favor de conseguir el voto femenino.

Dos prime donne *enfrentadas*

Hasta el siglo XVII a las mujeres no se les permitía cantar en público. Por esta razón los papeles femeninos corrían a cargo de los *castrati,* hombres a los que de niños les sometían a la emasculación con el fin de que conservaran una voz aguda, bien de soprano, *mezzosoprano* o contralto. Afortunadamente, tan bárbara costumbre desapareció; poco después, comenzaron a aparecer las grandes divas de la ópera y, con ellas, su rivalidad en escena. Dos de ellas, las italianas Francesca Cuzzoni y Faustina Bordoni, llegaron a ser enemigas encarnizadas.

La fama de la primera la llevó a ser invitada por Händel para instalarse en Londres. Para su debut en la capital británica, el músico le compuso el aria *Falsa immagine,* pero la diva se negó a cantarla aduciendo que era demasiado fácil para ella. Encolerizado, Händel le espetó:

—Madame, sé muy bien que usted es un demonio, pero sepa usted que yo soy Belzebú, el jefe de los demonios.

Convertida en el ídolo de Londres, su reinado se vio amenazado con la llegada de otra diva italiana Faustina Bordoni, cuya voz no alcanzaba el nivel de la Cuzzoni pero que tenía a su favor una belleza espectacular, un

don del que Francesca carecía. Público y crítica no tardaron en dividirse. A tal punto llegó la rivalidad entre ambas que, en 1726, para que ambas cantantes aparecieran juntas en el *Alessandro* de Händel, el compositor hubo de repartir las piezas equitativamente para que ninguna gozara de mayor número de arias que la otra.

La rivalidad siguió creciendo y el 6 de junio de 1727, durante una representación conjunta de ambas del *Astianatte* de Ariosti, una parte del público dedicó una gran pitada a la Bordoni, que fue contrarrestada por los aplausos de sus partidarios. La discusión alcanzó el escenario y ambas divas llegaron a las manos. La princesa de Gales, que estaba presente, se desmayó ante el lamentable espectáculo, y un crítico de la época escribió: «Es una vergüenza que dos damas tan bien criadas se llamen "perra" y "puta" como si fueran mujeres de la calle». El resultado de la discusión fue la cancelación del contrato a ambas cantantes y el inicio del declive definitivo de sus carreras.

Siglo y medio más tarde, otra gran diva de la ópera también destacó por su arte a la hora de ridiculizar en el escenario a sus compañeras de elenco. Se trata de la también italiana Adelina Patti. En plena representación se quedó mirando fijamente a la otra soprano que la acompañaba. Cuando esta le preguntó discretamente qué pasaba, la Patti le respondió:

—¡Se te han caído las pestañas del ojo izquierdo!

Rápidamente la afectada se arrancó las pestañas postizas del ojo derecho para evitar que el público notara la diferencia. No sabía que era un ardid de su oponente. No se le había caído ninguna pestaña, con lo que permaneció el resto de la representación con los ojos de diferente aspecto.

La última actuación de María Malibrán

Hay quienes aseguran que nadie ha podido igualar todavía la voz de María Malibrán, una de las divas más famosas del primer tercio del siglo XIX. Había nacido en París como María Felicia García Sitches, en una familia de cantantes españoles, y murió en Manchester cuando solo tenía veintiocho años y se encontraba en el cénit de su carrera.

Su muerte, con visos de tragedia lírica, se produjo después de que, en el transcurso de una montería en las inmediaciones de Londres, cayera de su montura y el caballo la arrastrase unos metros. Obligada por su profesionalidad, aquella misma noche se maquilló para disimular las heridas y salió al escenario. Siguió haciéndolo a lo largo de toda la temporada: Londres, Bruselas, París…, hasta que tres meses después, de regreso a Inglaterra, se agudizaron los terribles dolores de cabeza que

padecía. El 14 de septiembre de 1836 representaba en Manchester la ópera *Fidelio* de Beethoven y su actuación fue tan aplaudida que se vio obligada a repetir el dúo. Antes de reaparecer en el escenario, María se dirigió al director de orquesta:

—Cantaré de nuevo, pero soy mujer muerta.

Acabada su intervención, se desvaneció sobre el escenario y cayó en un coma profundo del que ya no despertó.

La voracidad de la contralto

Ernestine Schumann-Heink (nacida Rössler en la actual Chequia) fue una contralto considerada entre las mejores intérpretes de Wagner en los albores del siglo XX. Sin preocuparse por sus kilos de más, disfrutaba sin complejos de los placeres de la mesa, que compartía a menudo con su amigo Enrico Caruso, otro gran *gourmet*. En una de esas comidas, Ernestine estaba a punto de hincar el diente a un enorme entrecot cuando Caruso le preguntó:

—Pero Ernestine…, ¡no te irás a comer sola esa carne!

A lo que la oronda diva respondió:

—Sola no…, ¡con patatas!

La silla cantarina

La cantante conocida como Lucrecia Arana, cuyo nombre real era Lucrecia López de Arana y Elorza, fue una de las más eximias cantantes españolas del siglo XX y esposa del escultor Mariano Benlliure.

Estaba recibiendo el pésame de los asistentes al velatorio de su madre cuando el actor Enrique Chicote, por entonces un prometedor meritorio, acudió a presentarle sus respetos. Violento, puesto que allí se habían reunido no solo los grandes divos del teatro sino grandes personalidades de la corte, buscó un rincón donde refugiarse. Descubrió entonces una silla semiescondida que parecía ser despreciada por todos. Se sentó y al momento comenzaron a oírse en la sala de duelo los briosos aires de una jota aragonesa. Los asistentes se miraron desconcertados y muchos hubieron de aguantarse la risa.

Imperturbable, la Arana se dirigió al joven actor y le dijo:

—Levántese, por favor. Es usted el de la música.

Avergonzado y con cara de no entender nada, Chicote se levantó y la música cesó. Entonces la cantante nacida en Haro (La Rioja) explicó que la silla era el regalo de un admirador de Zaragoza que no había tenido mejor ocurrencia que insertar un dispositivo en el asiento que hacía sonar los compases de una jota cada vez que alguien la ocupaba.

Problemas con Tosca

Tosca, de Giacomo Puccini, es una de las óperas más representadas en los teatros líricos de todo el mundo. De ahí que puedan contarse varias anécdotas sobre sus representaciones.

Una de ellas concierne a la gran Montserrat Caballé Folch, quien se encontró con una insólita situación mientras interpretaba a la protagonista del drama en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona. Poco antes de la representación se declaró una huelga de figurantes que obligó a la dirección del teatro a sustituirlos por los miembros de un batallón cercano, que se encontraba en situación de reserva en Barcelona, para representar la escena en que se fusila al amante de la protagonista, el pintor Mario Cavaradossi. Llegado el momento, los aturdidos miembros del improvisado pelotón de fusilamiento olvidaron quién era el destinatario de sus balas y encararon sus fusiles ¡hacia Montserrat Caballé! La diva reaccionó rápidamente:

—¡Ah, no! ¡A mí no me fusila nadie!

También durante una representación de *Tosca* en la Lyric Opera de Chicago la soprano británica Eva Turner protagonizó otra cómica, aunque peligrosa, situación. Fue en 1960, y la diva, casi septuagenaria, ya era conocida por sus caprichos y salidas de tono que le habían granjeado la enemistad de tramoyistas, sastres, maquilladores y el resto de personal auxiliar del teatro. Decididos a darle un escarmiento, los tramoyistas tramaron una venganza *profesional.* Durante la escena del suicidio de Tosca, que se arroja al vacío desde las torres del castillo de Sant Angelo, se suelen instalar unos mullidos colchones tras el falso castillo que amortiguan la caída de la protagonista. En esa ocasión, sin embargo, a Eva Turner la esperaba una cama elástica que hizo que los atónitos espectadores contemplaran cómo Tosca, tras arrojarse desde las torres del castillo, aparecía una y otra vez tras el decorado mientras sonaban los dramáticos acordes del final de la partitura. Tras varias reapariciones, corrieron apresuradamente el telón y se dio descanso a la improvisada acróbata.

Una diva despistada

A finales de los años 70 del siglo XX, Montserrat Caballé viajó a Stuttgart para interpretar a la protagonista del *Don Carlo* de Verdi. En el hotel se cruzó con Rudolf Nureyev. Como viejos conocidos que eran, se saludaron cordialmente:

—¿Cómo tú por aquí, Rudolf?

—Bailo esta noche en la Staatsoper —respondió el bailarín.

—¡Imposible! —exclamó la Caballé—. Esta noche canto yo…

Rápidamente revisaron fechas, agendas y contratos; resultó que la diva española actuaba el mismo día del mismo mes pero ¡del año siguiente!

También la Callas se equivocaba

En 1949, durante la representación de *I Puritani* de Bellini en el teatro La Fenice de Venecia, en el que era su debut en los escenarios italianos, la inigualable Maria Callas en lugar de cantar «*Son vergin vezzosa*» (Soy una virgen caprichosa) se equivocó y cantó «*Son vergin viziosa*» (Soy una virgen viciosa). Todo se le podía perdonar a cambio de escuchar su prodigiosa voz, que la hizo merecedora del título de la Divina.

Esta soprano nacida en Manhattan en 1923 era de origen griego, de ahí su nombre real: Maria Anna Cecilia Sofia Kalogeropoulos. Su mayor contrincante en la escena fue la italiana Renata Tebaldi. Los seguidores de una u otra acabaron por convertir lo que era una simple diferencia de concepción del arte lírico en una auténtica guerra abierta. Callas contribuyó en ocasiones a atizar el fuego, como cuando ante una legión de periodistas alguien puso malintencionadamente un disco de la Tebaldi y la Divina exclamó:

—¡Qué voz tan hermosa! Pero ¿a quién le importa?

Rivales pero amigas

En 1965 Montserrat Caballé se preparaba para actuar en el Teatro Colón de Buenos Aires. Iba a interpretar a Liu en *Turandot* junto a la sueca Birgit Nilsson en el papel de la princesa china que da título a la obra. El director era Fernando Previtale, alumno de Franco Alfano, el compositor que había concluido esta inacabada ópera de Puccini. Dado que Previtale tenía una idea preconcebida de cómo debía cantarse el «*Signore escolta…*», le insistía una y otra vez a Montserrat para que modificara su interpretación. La soprano le respondió:

—Maestro, yo este papel lo canto así.

Irritado, Previtale contestó:

—Cuando yo dirijo, no. O me hace caso o no canta.

Así fue. Tras el ensayo, la Caballé, entonces en los inicios de su carrera, supo que había sido sustituida. La sorpresa llegó poco después, cuando una llamada telefónica la convocó al despacho del empresario del Colón. Al llegar se encontró con que también se había citado a Previtale y a Birgit Nilsson. El director del teatro se dirigió a la soprano barcelonesa:

—Tenemos un problema: Madame Nilsson dice que si usted no canta, ella tampoco.

La diva sueca justificó su decisión:

—Esta señorita canta el papel con una calidad y una precisión tal que no volverán a escuchar nada parecido en su vida. Si ella no canta, yo tampoco.

Ante tal situación, Previtale tuvo que ceder y la función conoció un éxito extraordinario. Nilsson no se equivocaba: la Liu de Caballé ha sido una de las mejores de la historia.

También Marilyn Horne, la incomparable intérprete de Rossini y Händel, se rindió a la calidad de la soprano española. En 1965 los problemas durante el embarazo de su primer hijo la obligaron a ser sustituida por la Caballé para una representación en Nueva York de *Lucrezia Borgia,* de Donizetti. Acabada la representación, la Horne telefoneó a Montserrat Caballé para felicitarla por su actuación y anunció:

—Después de oírla cantar, he decidido eliminar *Lucrezia Borgia* de mi repertorio. Nunca podría igualar su interpretación.

Inventando el ballet

Al igual que la música, el baile formó siempre parte de la educación femenina. Ya en la Antigüedad clásica algunas danzas tenían carácter ritual y estaban vinculadas a cultos concretos. Otro tanto sucedía en las cortes reales, donde se ilustraba a las jóvenes en el arte de la danza.

La mismísima Isabel la Católica diseñó una coreografía que interpretó ella misma en el decimoquinto cumpleaños de su hermano, el malogrado infante Alonso.

Pero ninguna de ellas dictó la normativa del que hoy conocemos como «ballet clásico». La *inventora* del mismo fue una sueca, nacida en una familia de artistas italianos, Marie Taglioni, primera bailarina de la Académie Royale de Musique de Paris. Fue el 12 de marzo de 1832 en la capital francesa, durante el estreno de *La Sílfide* con coreografía de su propio padre y música de Jean Schneitzhoeffer: Marie apareció en escena bailando por primera vez de puntas, luciendo una falda de tul vaporosa y etérea que fue el antecedente del tutú. Consagrada como la mejor bailarina del momento, realizó una gira por toda Europa en la que no cesó de innovar creando figuras como el *arabesque* y, en 1845, acompañada por otras tres grandes bailarinas del momento —Carlotta Grisi, Lucile Grahn y Fanny Cerrito— ofrecieron por primera vez un *pas de quatre.*

También la estadounidense Marie Louise Fuller, más conocida como Loie Fuller, auténtica leyenda del Folies Bergère, cambió por completo el espíritu de la danza al crear coreografías basadas en efectos visuales tales como telas que flotaban gracias a un sistema de ventiladores y complejos juegos de luces y sombras.

Su influencia fue decisiva en una sevillana cuya familia emigró a Londres, Carmen Tórtola Valencia, que a comienzos del siglo xx llevó

hasta los mejores escenarios de Europa y América sus originales coreografías: ataviada con sus propios diseños, evocaba ambientes exóticos o de la Antigüedad clásica. Es menos sabido que fue una de las primeras figuras del espectáculo que cedió su imagen a una firma comercial. Tórtola Valencia es la bailarina de aires goyescos y mantilla española que figura en el envoltorio de la tradicional línea Maja, de la empresa de perfumería Myrurgia.

Pero, sin duda, la auténtica renovadora del género fue, a comienzos del siglo XX, la gran Isadora Duncan. Esta estadounidense bailaba descalza, ataviada con una túnica de inspiración griega, y sus movimientos sinuosos y contenidos querían, según sus propias palabras, «evocar el movimiento de las olas marinas».

Mujer de fuertes convicciones feministas, emprendedora e independiente, fundó varias escuelas de baile, pero la de Grünewald (en Berlín) fue la más ambiciosa. Allí se daba cobijo a niñas que provenían de familias con apuros económicos. Vivían en el centro, cursaban estudios reglados y las clases de baile las impartía Elizabeth, la hermana de Isadora. Entre 1905 y 1909, seis de sus alumnas conformaron un cuerpo de baile que ofreció más de setenta espectáculos por toda Europa y acompañó a Isadora en alguna de sus representaciones. Marie-Theresa Kruger, Anna Denzler, Irma Erich-Grimme, Lisa Milker, Margot Jehl, y Erica Lohmann adoptaron de adultas el apellido Duncan y fueron conocidas como las *Isadorables*.

Otra estadounidense, Martha Graham, debe figurar en el pabellón de honor de las renovadoras de la danza escénica. Creadora de la llamada «danza contemporánea», sostenía que la danza «no era producto de la inventiva, sino del descubrimiento de movimientos primigenios tan antiguos como la humanidad». En 1998 la revista *Time* la nombró «Bailarina del siglo» y la reconoció como una de las personas más importantes del siglo XX.

El prurito profesional de la Pavlova

Anna Pavlova ha pasado a la posteridad como la más eximia bailarina de ballet de todos los tiempos. El clasicismo de sus pasos, su delicadeza de movimientos, sus ademanes sobrios y perfectamente acompasados la han llevado a convertirse en un auténtico mito.

Y también hubiera podido serlo por su extremado sentido de la responsabilidad. En treinta años de profesión, esta artista nacida en San Petersburgo jamás faltó a una cita con el público. Su frágil salud la obligaba a viajar con los brazos y las piernas totalmente vendados para evitar que su musculatura se enfriara. Aun así, a lo largo de su carrera solo suspendió una representación. Fue el 20 de enero de 1931, cuando a

consecuencia de una bronconeumonía contraída en el transcurso de un viaje de Niza a París, falleció en La Haya.

Una prima ballerina *poco feminista*

Margot Fonteyn fue una gran dama del ballet que alcanzó sus máximas cotas formando pareja con Rudolf Nureyev, en obras como el *Romeo y Julieta* de Prokófiev. Esta británica, de nombre Margaret Hookham, era tan inteligente y estaba dotada de un sentido del humor tan agudo que sus ingeniosas respuestas divertían bastante a la prensa.

En una ocasión le preguntaron si era partidaria de la igualdad entre hombres y mujeres. La Fonteyn respondió:

—No, si ello quiere decir que tengo que levantar en brazos a los bailarines de la misma forma que ellos lo hacen conmigo sobre el escenario.

Una mujer de carácter

La aragonesa Raquel Meller fue sin duda la reina del cuplé. Y también una mujer de fuerte carácter. Tanto que llegó a abofetear en público nada menos que a la gran Encarnación López, *la Argentinita.* Esta representaba en el madrileño teatro de la Comedia un espectáculo en el que parodiaba a Raquel. Así, cantaba *La violetera* mientras lanzaba flores al público diciendo: «Esta es para ti, esta también para ti…». Raquel, que permanecía escondida entre bastidores, no lo dudó ni un instante. Salió al escenario y, dándole una sonora bofetada, exclamó:

—Y esta para ti.

No hay que añadir que el público se quedó perplejo.

La Meller, cuyo nombre real era Francisca Marqués López, derrochaba tal autoconfianza que cuando Alfonso XIII le propuso actuar en palacio, respondió al intermediario que le había transmitido la invitación real:

—Si el rey quiere verme bailar, que venga al teatro. La misma distancia hay de aquí a palacio que de palacio al teatro.

Parece ser que el monarca, al enterarse, se limitó a comentar:

—¡Cosas de Raquel!

El alto concepto que tenía de sí misma también fue demostrado cuando, durante un ensayo, advirtió que el concertino de la orquesta fallaba continuamente. Harta de escuchar las notas falsas del primer violín, se dirigió a él y le dijo:

—Mejor deje de tocar. De las diez pesetas que vale la entrada, el público paga 9,50 por verme a mí y solo cincuenta céntimos por escucharle a usted. Nadie va a echarle en falta.

Su forma dramatizada de cantar el cuplé consiguió dignificar un género que, hasta entonces, se consideraba un arte ínfimo. Incluso intelectuales y artistas como Jacinto Benavente, Vicente Blasco Ibáñez, Manuel Machado, Julio Romero de Torres y Joaquín Sorolla la siguieron entusiasmados. Su fama traspasó fronteras, y Charles Chaplin le ofreció el papel de Josefina en una película sobre Napoleón que nunca llegó a realizarse. La fascinación que Charlot sentía por Raquel era tal que utilizó la melodía de *La violetera* como banda sonora para su película *Luces de la ciudad.*

La novia de la muerte

No fue tan importante como la Meller, pero sí dejó una huella tras su paso por los escenarios. Nos referimos a la española Lola Montes, no confundir con la cortesana irlandesa que enamoró a Luis I de Baviera.

Se llamaba en realidad Mercedes Fernández, nació en Madrid en un año tan significado históricamente como 1898 y, aunque se inició como bailarina en el Teatro Real, consiguió una cierta fama como cupletista bajo el seudónimo de Lola Montes. El 20 de julio de 1921 estrenó en el Teatro Vital de Málaga un cuplé titulado *El novio de la muerte,* con letra de Fidel Prado y música de Juan Costa Casals. El éxito fue tan grande que, con aires marciales, la canción acabó por convertirse en el himno de la Legión española.

El físico es lo que menos importa

Lotte Lenya se hizo mundialmente famosa interpretando las canciones de su marido, Kurt Weill, con quien se casó en 1926, cuando él ya colaboraba en Berlín con Bertolt Brecht, de modo que Lotte llegó a participar en algunos de sus dramas musicales. Como Weill era alemán de ascendencia judía, el matrimonio se exilió huyendo de los nazis hasta establecerse en Nueva York. Parece que esta austriaca, de nombre Karoline Wilhelmine Charlotte Blamauer, no tenía un gran atractivo físico y, con gran sentido del humor, solía contar que su esposo, que era muy miope, le pidió matrimonio un día que había perdido las gafas accidentalmente en las aguas de un lago.

Parece ser que Weil decía de ella: «Es pésima ama de casa pero excelente actriz, no sabe leer música pero cuando canta, el público la escucha como si estuviese oyendo a Enrico Caruso».

7
Bajo el signo de Talía

Mujeres en la escena

Para disgusto de Talía, la musa del teatro, en la Inglaterra del siglo XVI las mujeres tenían prohibido subirse a un escenario. Los papeles femeninos los representaban jóvenes efebos o varones de aspecto andrógino hasta que en el siglo siguiente Margaret Hughes tuvo la osadía de convertirse en la primera Desdémona de la historia. Hasta entonces tal prohibición tenía consecuencias tan cómicas como la del día en que Isabel I de Inglaterra se impacientaba porque no daba comienzo la representación de *Macbeth* y el propio William Shakespeare hubo de tranquilizarla:

—Lo lamento, majestad, pero nuestra intrigante Lady Macbeth todavía no ha terminado de rasurarse la barba.

Muy distinto era lo que sucedía en la España del Siglo de Oro. Aquí las actrices eran tan admiradas que no paraban de recibir prebendas y regalos de sus admiradores. Tanto que Tirso de Molina escribió:

> Más gentilhombre, más rica
> que una abadesa en Las Huelgas,
> que una condesa en su villa
> y una dama de teatro,
> que es más que todas las dichas.

Un siglo escaso

Un aristócrata inglés conocido como Lord Darnley estaba locamente enamorado de una actriz del siglo XVIII, Ann Barry. Esta, sin embargo, tenía sus ojos puestos en el actor y director teatral David Garrick. Cuando el enamorado Darnley reprochó a su amada el tiempo pasado aquella

mañana con el célebre actor, ella respondió:

—¿Garrick? ¡Si hace un siglo que no lo veo!

—No me mintáis, señora —le recriminó—. Os he visto con mis propios ojos paseando con él por Regent's Park.

—Si vos lo decís, tal vez es verdad —le replicó la actriz—, pero lo echo tanto de menos que me parece que hace un siglo que no lo veo.

La agudeza de la Clairon

Claire Josèphe Hippolyte Leyris de Latude, más conocida como la Clairon, fue una actriz de la Comédie Française que hizo las delicias de los espectadores de la Francia de mediados del siglo XVIII. Era, además, una mujer extremadamente inteligente, célebre por sus comentarios agudos e ingeniosos. En una ocasión le preguntaron cómo distinguía a un hombre de cincuenta años de uno de sesenta y, sin dudarlo, respondió:

—Cuando sus cabellos comienzan a ser grises, ronda la cincuentena. Si, por el contrario, los tiene negros, ya ha cumplido los sesenta…

Se ve que los tintes aún no eran tan populares como en la actualidad.

Parece ser que en los últimos años de su vida, la diva no andaba muy sobrada de recursos. De ahí que tuviera que abandonar su mansión parisina, próxima al palacio del Luxemburgo, para trasladarse a un modesto último piso de una casa de vecinos. Cuando un antiguo amante acudió a visitarla, llegó a su puerta sofocado y sin respiro tras el esfuerzo de subir tantas escaleras. Al lamentarse, la Clairon le respondió:

—Amigo mío, a estas alturas de la vida, esta es la única forma de que un hombre llegue a mi presencia con el corazón palpitando.

Las ocurrencias de Sarah Bernhardt

Hablar de ella es como hablar de la esencia del teatro, pero también de las excentricidades propias de una diva. De la actriz francesa que dominó los escenarios durante buena parte del siglo XIX y comienzos del XX, y cuyo verdadero nombre era Henriette Rosine Bernard, se cuenta que dormía con un ataúd bajo su cama, que tenía prohibido que se nombrara a otras actrices en su presencia, que aceptaba todas las invitaciones a participar en obras benéficas para en el último momento pretextar cualquier excusa para no asistir, o que solo se sentaba en sillas de color dorado.

Tal vez muchas de estas cuestiones fueran fruto de la maledicencia, pero lo que sí parece cierto es que no soportaba a sus rivales en la escena. Estaba obsesionada, sobre todo, con Julia Bartet (nombre artístico de Jeanne Julie Regnault), que la sustituyó en la Comédie Française. El día de su debut, la Bernhardt preguntó si su sucesora había tenido éxito, y al

oír que le decían:

—Sí, *madame,* más de mil personas la esperaban a la salida.

Respondió:

—¿Para qué? ¿Para matarla?

Nadie es perfecto

La gran actriz española de finales del siglo XIX Balbina Valverde Durán, natural de Badajoz, carecía por completo de oído musical. Siempre fue incapaz de tararear la más sencilla de las melodías. De ahí que cuando un amigo le preguntó:

—Doña Balbina, ¿sería usted capaz de guardarme un secreto?

Ella respondió:

—Si me lo dice usted cantando, por supuesto.

Carecía de toda clase de divismos y su prestigio no la eximió de cumplir escrupulosamente sus compromisos. Tenía fama, por ejemplo, de ser muy estricta con la puntualidad. Tanto es así que el día de su entierro, cuando el cortejo fúnebre llegó media hora más tarde de lo previsto al teatro Lara, donde iba a rendírsele justo homenaje, el empresario del teatro comentó:

—Es la primera vez que doña Balbina se retrasa.

Al escucharlo, Tomás Alenza, encargado de la sala, respondió:

—Pero es porque no viene ella, sino que la traen.

Una artista llamada Pastora Imperio

En 1914, en un festival benéfico actuaron juntas la gran actriz María Guerrero y la bailaora Pastora Imperio.

Al acabar, la primera le preguntó a Pastora Imperio (cuyo nombre real era Pastora Rojas Monje) si se había cansado mucho.

—¡No tiene usted idea! ¡Muchísimo! Ustedes, las cómicas, salen, recitan lo aprendido y se van, pero nosotras las artistas…

Por lo visto, para la genial bailaora una eminente actriz como la Guerrero no estaba incluida en el gremio del arte…

Eternamente joven

Eleonora Duse fue la trágica italiana por excelencia entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Le obsesionaban tanto las huellas del paso del tiempo que para aparentar ser eternamente joven no dudaba en adjudicar

a sus compañeras más edad de la que tenían. En una ocasión en que alguien comentó a su eterna rival Sarah Bernhardt que la Duse parecía más joven de lo que en realidad era, la actriz francesa respondió:

—Lógico. Se pasa la vida repartiendo sus años entre sus compañeras.

Eleonora Duse mantuvo un largo romance con el escritor Gabriele d'Annunzio, que terminó cuando él se implicó en política dando alas a lo que posteriormente sería el Fascio de Mussolini. Años después de su ruptura, se reencontraron por casualidad en el Teatro de la Scala de Milán. Con gesto dramático, el escritor se dirigió a la actriz:

—¡Oh, cuánto os he amado!

A lo que la Duse respondió:

—¡Tanto como yo os he olvidado!

Un aristocrático actor y una dama de la escena

En 1894 la aristocracia madrileña se sorprendió ante la noticia de que uno de los suyos, Fernando Díaz de Mendoza y Aguado, conde de Balazote y de Lalaing, marqués de Fontanar y dos veces grande de España, se disponía a convertirse en actor profesional. Y el escándalo fue aún mayor cuando, dos años después, el aristócrata, viudo en primeras nupcias de una hija del general Serrano, anunció su matrimonio con la gran diva de la escena española: María Guerrero Torija.

Esa unión, tanto en el plano artístico como en el privado, fue un éxito absoluto, hasta la muerte de María en 1928. Del matrimonio nacieron dos hijos, Fernando y Carlos. El primero se enamoró de una joven actriz de la compañía, Carola Fernán Gómez (que acortó su apellido paterno, Fernández). Pero María Guerrero nunca dio su aprobación a esa relación de la que nació en Lima, en 1921, otro genio de la escena española: Fernando Fernán Gómez, nunca reconocido de forma oficial por su padre.

Del férreo carácter de María Guerrero da buena cuenta el hecho de que, estando embarazada de su segundo hijo, sintió los primeros dolores de parto cuando asistía como todas las noches a la tertulia que seguía a cada función. Sin inmutarse, se levantó y dijo:

—Espérenme ustedes un momento, que voy a dar a luz y vuelvo enseguida.

Parecidos razonables

Edwige Feuillère (Cunati, de soltera) fue una prestigiosa actriz francesa de cine y teatro. En una ocasión visitó el estudio de Picasso y este le enseñó un boceto para su autorretrato que, en esa época, respondía a los trazos del cubismo. A continuación le enseñó el óleo ya terminado del retrato de

su entonces compañera Dora Maar (como ya se conocía a Henriette Theodora Markovitch). La respuesta de Edwige no tiene desperdicio:

—¡Menos mal que no han tenido ustedes hijos!

Un matrimonio muy efímero

Harriet *Jean* Acker fue una estrella del cine mudo que conoció la fama cuando se casó con Rodolfo Valentino el 6 de noviembre de 1919. Un matrimonio tan fugaz que solo duró un día. La razón de ese récord era, sin duda, que se trataba de una boda orquestada por los grandes estudios de Hollywood para acallar los rumores que tildaban de homosexual —al parecer sin fundamento— al galán de moda. Nadie hizo público, sin embargo, que Jean Acker era lesbiana ni que en plena noche de bodas corrió a refugiarse a los brazos de su amante Grace Darmond. No obstante, cuando le preguntaron por su divorcio, explicó:

—Valentino es un buen amante…, pero de la tranquilidad.

La novia de América

A raíz de su éxito en la película *Pobre niña rica,* rodada en 1917, Mary Pickford se convirtió en la actriz más popular y mejor pagada de Hollywood. Conocida con el sobrenombre de la Novia de América, su capacidad de negociación con los estudios era tal que en los despachos se la conocía como la Novia del Banco de América.

Un cortés admirador japonés

La actriz estadounidense Theda Bara fue uno de los primeros mitos eróticos del cine. Nacida en 1885 como Theodosia Burr Goodman, su fama cruzó fronteras, como demuestra la carta que un día recibió de un admirador japonés:

> Honorable señora Bara:
>
> Por favor, envíeme por correo su honorable retrato a la mayor brevedad. Le ruego que en el mismo aparezca tan honorablemente desnuda como le sea posible. Gracias.

Sin problemas para repetir la escena

La actriz Joan Crawford viajó a Nueva York recién divorciada de su esposo, el también actor, Franchot Tone, poco después de que se conociera que la razón de la ruptura había sido el romance de Tone con una joven colega. Algunos admiradores de la Crawford (cuyo nombre era Lucille Fay Le Sueur) quisieron aliviar su disgusto y le prodigaron tal recibimiento en la Grand Central Station que, a pesar de la protección de los empleados de la Metro Goldwyn Mayer y de la Policía de Nueva York, la actriz llegó a su hotel con el vestido hecho trizas.

Sin embargo, una vez se hubo recuperado, no se recató en proponer:

—¡Bien! Volvamos y repitamos la escena…

Marilyn, una seductora poco puntual

Norma Jeane Baker (nacida Mortenson) fue una actriz impuntual, caprichosa, inestable…, pero una de las estrellas indiscutibles de todos los tiempos. Una de las anécdotas que mejor definen el encanto sensual de Marilyn Monroe tuvo lugar durante una rueda de prensa en el hotel Savoy de Londres en 1957, cuando a la pregunta de un periodista contestó que para dormir solo se ponía «dos gotas de Chanel n.º 5».

Su impuntualidad era legendaria. El director Billy Wilder, al saber que estaba recibiendo clases en el prestigioso Actor's Studio de Lee Strasberg, comentó:

—Debería estudiar en la fábrica Omega de Suiza para que la enseñaran a funcionar como un reloj.

Una diva muy mordaz

Tan legendaria como Marilyn en el Hollywood de los años dorados fue Mary Jane *Mae* West. La rivalidad entre ambas era un hecho probado que se acentuó a medida que la fama de mujer sexi de Marilyn crecía y la de Mae West, mucho mayor que ella, declinaba. Segura de su carisma, Marilyn comentó:

—Mae West ha rechazado trabajar conmigo. Eso muestra, evidentemente, lo inteligente que es y lo mucho que le interesa conservar su trabajo.

La West fue una mujer inteligente y preparada que, además de actriz, ejerció de coreógrafa y guionista de sus películas. Su físico no se correspondía con los estándares del *star system* de Hollywood (medía solo 1,50) pero consiguió triunfar encarnando papeles de mujeres liberadas y con experiencia.

Dotada de un humor ácido y mordaz, frases como «Cuando soy buena, soy muy buena; pero cuando soy mala, soy mejor» y «Aquellos que son

escandalizados, deberían serlo con más frecuencia» le crearon una aureola escandalosa que nunca rechazó.

Descubrió y promocionó a varios actores de Hollywood, entre ellos Cary Grant y Anthony Quinn, y en 1934, a pesar del racismo imperante en la industria cinematográfica, impuso que Duke Ellington y su orquesta la acompañasen en los números musicales de su film *Belle of the Nineties*.

Muy definitoria de su descarado sentido del humor es la anécdota que asegura que le presentaron a un actor de gran estatura y, asombrada, Mae le preguntó cuánto medía:

—Seis pies y siete pulgadas [unos dos metros] —le respondió.

A lo que la West contestó:

—Pues olvidémonos de los pies y hablemos de esas siete pulgadas [casi 18 centímetros].

Las contradicciones de las stars

La actriz estadounidense Jane Powell (Suzanne Lorraine Burce), nacida en 1929, fue una estrella infantil, y aún vive mientras se redacta este libro. Durante una entrevista aseguró: «Una celebridad es alguien que lucha toda su vida por la fama y, cuando la logra, se dedica a pasear por las calles menos concurridas y con gafas oscuras para no ser reconocida».

En su afán por preservar su privacidad separándola de su faceta artística, Katharine Hepburn, llamaba a su personaje público la Criatura:

—No tengo en mi casa ninguna foto de mi yo profesional ni carteles de mis películas. Son testimonio de la Criatura, y yo no permito que ella entre en mi casa.

Sin necesidad de intermediarios

Cuando Marlene Dietrich agonizaba, sus familiares mandaron llamar a un sacerdote para que la acompañase en sus últimas horas. La actriz berlinesa, que en realidad se llamaba Marie Magdalene, al verlo entrar, sacó fuerzas de flaqueza y le espetó:

—Váyase por donde ha venido. No necesito intermediarios. En poco tiempo podré hablar directamente con su jefe.

8
Del cálamo al teclado

Pioneras de la literatura

*E*nheduanna, hija del rey acadio Sargón I y su esposa Tashlultum, fue una suma sacerdotisa de Nannar, el dios lunar sumerio, que vivió hacía el 2300 a. C. A ella se deben una serie de himnos y poemas —entre los que destaca *Exaltación de Inanna,* la diosa sumeria del amor y de la guerra que los acadios sincretizaron en Ishtar— que se han podido identificar gracias a que al pie de los mismos, realizados en escritura cuneiforme y sobre tablillas de barro, añadía una acotación de su propia mano: «Soy Enheduanna, sacerdotisa de Nannar».

Y a Murasaki Shikibu, una japonesa nacida hacia el 978 d. C., se le atribuye la autoría de la primera novela de la historia. Se trata de *Genji monogatari (La novela de Genji),* una extensa narración en torno al ficticio príncipe Genji y sus descendientes, narrada a lo largo de 54 capítulos y un total de 4.200 páginas.

Viviendo de su propia obra

La veneciana Christine de Pizan (nacida Cristina da Pizzano) está considerada la primera escritora profesional. Acompañó a su padre, el astrólogo, alquimista y físico del siglo XIV Tomasso di Benvenuto da Pizzano a la corte de Carlos V de Francia.

Siendo muy joven, Christine contrajo matrimonio con Etienne de Castel, notario y secretario del rey, un hombre culto y preparado que no dudó en estimular su afán de saber y su innata inteligencia. Contaba solo veinticinco años cuando enviudó y se encontró sola con dos hijos que criar y escasos recursos económicos. Para sobrevivir, en 1404 aceptó el encargo

que le hicieron algunos cortesanos: una elegía en honor del rey Charles V. Con ella obtuvo los ingresos suficientes para afrontar sus más urgentes necesidades económicas.

A partir de ese momento, escribió incesantemente y con ello consiguió mantenerse a sí misma y a los suyos. Su nombre no tardó en hacerse popular y su prestigio creció al ritmo que lo hacía su obra. La cristalización de tal proceso fue *La ciudad de las damas,* publicado en 1405, donde Christine proponía una ciudad ideal donde las mujeres quedaban a cubierto de los prejuicios misóginos. En 1429, un año antes de morir, escribió la que fue su última obra: un extenso poema dedicado a la memoria de otra mujer poco convencional, Juana de Arco.

Lecciones de cortesía

Teresa Sánchez de Cepeda y Dávila de Ahumada (esos eran los apellidos completos de sus dos progenitores, Alonso y Beatriz), elevada a los altares como santa Teresa de Jesús, fue una mujer de genio vivo.

Tenía ya una edad muy avanzada cuando se vio envuelta en un complejo proceso legal relacionado con el testamento de su hermano. El notario encargado del asunto era un hombre rudo y mal encarado que, sin tener en cuenta que tenía ante él a una anciana, no la invitó a sentarse. Ante su descortesía, santa Teresa le espetó:

—Quiera Dios trataros con la misma cortesía con que vos me tratáis a mí.

Escribir en el Siglo de Oro

La doctrina de la Contrarreforma limitó enormemente las posibilidades de la mujer para ejercer una vocación que no fuera el matrimonio y la maternidad o el claustro conventual. De ahí que surgieran infinitas voces reclamando hacer posible el acceso de la mujer a la cultura.

Una de ellas fue la madrileña María de Zayas y Sotomayor. En la España del siglo XVII, en la que, según preconizaba el conde-duque de Olivares: «A las monjas hay que estimarlas para rezar, y a la mujer propia solo para parir», María se atrevió a escribir:

> Si en nuestra crianza, como nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y las cátedras como los hombres, y quizás más agudas, por ser de natural más frío.

Afortunadamente, no todos pensaban como Olivares. Su coetáneo y

colega de letras Juan Pérez de Montalbán la calificó de «décima musa» y Lope de Vega no le escatimó elogios en su *Laurel de Apolo:*

> Su ingenio, vivamente claro,
> es tan único y raro
> que ella sola pudiera
> pretender la verde rama
> para acabar de tacharla de inmortal.

La escritora espía

Aphra Behn está considerada la primera escritora profesional de la literatura inglesa. Lo más curioso es que también se la tiene por una de las primeras mujeres espías de la historia. Amante del rey Carlos II, en 1666 trabajó para él como espía durante la guerra con Holanda, instalada en Amberes con el falso nombre de Astrea.

Sus comedias retratan un perfil femenino muy similar al que fue su talante, con protagonistas desinhibidas en el sexo y que disfrutan sin límite de la vida y los placeres mundanos. Una actitud mal entendida en su época que le creó una cierta fama de libertina.

Fue otra mujer quien la reivindicó siglos después, Virginia Woolf (n. Stephen), quien escribió a propósito de ella en *Una habitación propia:* «Todas las mujeres debiéramos cubrir de flores la tumba de Aphra Behn, ella fue quien nos demostró que teníamos derecho a que nuestras mentes hablaran».

Una priora poco inteligente

Sor Juana Inés de la Cruz (Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana) hubo de convivir con otras religiosas de menos capacidades que ella, lo que dificultó seriamente su vida conventual. Una de ellas fue una priora de tan limitadas luces que en un momento dado sor Juana Inés hubo de advertirla discretamente:

—Cállese, madre, que van a decir que es usted tonta.

Pero, en vez de agradecer la advertencia, la superiora se ofendió y se quejó por carta al obispo. No esperaba que este le devolviera la misiva con una nota que decía: «En cuanto vuesa merced esté en condiciones de demostrar que lo dicho por sor Juana no tiene fundamento, se procederá a administrarle justicia».

A buen entendedor, pocas palabras bastan.

¿Anónimo o anónima?

Las dificultades para ejercer un trabajo de forma abierta y notoria llevaron a muchas mujeres a publicar sus obras bajo el rótulo de «Anónimo».

Ese fue el caso de Jane Austen, cuyas obras *Orgullo y prejuicio* y *Sentido y sensibilidad* solo aparecieron con su nombre después de su muerte; igual que el de Mary Shelley (nacida Wollstonecraft Godwin), que publicó su *Frankenstein o el moderno Prometeo* en 1818 de forma anónima.

La nómina de autoras que, ante los condicionamientos de la sociedad de su época, tomaron tal decisión sería tan extensa que Virginia Woolf llegó a escribir en el libro ya citado, *Una habitación propia:* «Anónimo, que tanto escribió sin firmarlo, fue en muchas ocasiones una mujer».

Autoría travestida

Otro recurso muy utilizado por algunas de las más eximias escritoras a la hora de publicar sus obras fue esconder su autoría bajo seudónimo masculino. Así, ya en el siglo XIX, hace menos de 200 años, Charlotte Brönte publicó *Jane Eyre* firmada por Currer Bell, y su hermana Emily hizo otro tanto al firmar sus *Cumbres borrascosas* como Ellis Bell. También en esa época la británica Mary Anne Evans pasó a la posteridad como George Elliot.

En España y en el mismo siglo, Cecilia Böhl de Faber y Ruiz de Larrea registró su producción literaria como Fernán Caballero. Y la escritora en lengua catalana Caterina Albert firmó como Victor Catalá, desde que la obtención del primer premio en los Juegos Florales de Olot en 1898 supuso un gran escándalo al saber que su poema *La infanticida* —en el que una madre asesinaba a su hija recién nacida— era obra de una mujer.

Ya en pleno siglo XX, la danesa Karen Blixen, autora entre otras obras de *Memorias de África,* se escondió bajo el nombre de Isak Dinesen y el de Pierre Andrézéi. Lamentablemente, todas debieron proceder así para asegurarse de que su trabajo fuera tomado en serio.

Una actitud peculiar fue la de la francesa Aurore Dupin, más conocida como George Sand. Amante, entre otros, del poeta Alfred de Musset y del músico Frédéric Chopin, no solo ocultó su producción literaria bajo un nombre masculino sino que vistió prendas de varón en su vida diaria con el fin de acceder a lugares que estaban vedados a una dama. Tal truco le permitió circular más libremente en el París del siglo XIX, y relacionarse con personajes de la talla del pintor Eugène Delacroix, el compositor Franz Liszt, o los escritores Victor Hugo, Honoré de Balzac, Julio Verne o Gustave Flaubert.

Más dramático ha sido el escándalo, varias veces repetido, de aquellas escritoras que han visto a sus propios esposos adueñarse de su producción

literaria. La francesa Colette (de nombre, Sidonie-Gabrielle) tuvo que soportar que su marido, Henry Gauthier-Villars, firmara como propias las novelas de la serie *Claudine.* Afortunadamente, la escritora no se conformó y aclaró públicamente a quién pertenecía la obra.

No lo hizo, sin embargo, la riojana María de la O de Lejárraga García, muchas de cuyas obras, entre ellas *Canción de cuna,* llevada al cine en varias ocasiones, se han atribuido a su esposo Gregorio Martínez Sierra, ya que ella adoptó sus apellidos en su seudónimo: María Martínez Sierra.

A pesar de que ya habían pasado casi cien años, de poco había servido la denuncia de Rosalía de Castro:

> Los hombres miran a las escritoras peor que mirarían al diablo […]. Únicamente alguno de verdadero talento pudiera, estimándote en lo que vales, despreciar necias y aún erradas preocupaciones pero… ¡ay de ti entonces! Ya nada de lo que escribes es tuyo […]. Se acabó tu numen, tu marido es el que escribe y tú la que firmas.

El buen humor de la condesa de Pardo Bazán

Las tres veces que se presentó la candidatura de Emilia Pardo-Bazán y de la Rúa-Figueroa para ocupar un sillón en la Real Academia Española (la primera vez, en 1889) dieron lugar a opiniones e insultos para todos los gustos. La oposición de los académicos incluyó los exabruptos de los insignes José Zorrilla, Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas *Clarín,* el creador de *La regenta;* llegó a tales extremos que Juan Valera, autor de *Pepita Jiménez,* escribió que la Academia era un club privado para hombres y, por tanto, allí no pintaba nada una dama, por muchas cualidades literarias que esta tuviera. Al enterarse, la condesa de Pardo Bazán comentó:

—Si los señores académicos no quieren tenerme entre ellos porque durante las sesiones se dedican a contar chascarrillos picantes, que no se preocupen. Sé algunos buenísimos.

Un truco infalible

El ingenio de Agatha Mary Clarissa Miller, conocida mundialmente como Agatha Christie, fue más allá de sus novelas. Sus respuestas ingeniosas y chispeantes hacían las delicias de sus interlocutores. Así, cuando un periodista le preguntó por la clave del éxito de un matrimonio, le respondió:

—Muy sencillo. Haga como yo: cásese con un arqueólogo. Conforme cumplo años, va creciendo su interés por mi persona, ya que voy

haciéndome más antigua.

¡Niña, no digas eso!

Concha Méndez Cuesta fue una de las integrantes del grupo de las Sinsombrero, aquellas mujeres escritoras, artistas o pensadoras de la Generación del 27 que se atrevieron a cruzar la madrileña Puerta del Sol sin ese complemento cuando el decoro del *establishment* obligaba a las mujeres de bien a salir a la calle con la cabeza cubierta.

Como sus compañeras la pintora Maruja Mallo y la escritora Margarita Manso Robledo, Concha demostró ya desde niña tener un fuerte carácter. Así, cuando durante su infancia un amigo de sus padres le preguntó qué quería ser de mayor, Concha aseguró:

—Voy a ser capitán de barco.

Su interlocutor, que no esperaba tal respuesta, la reprendió:

—No debes decir eso. Las niñas no son nada.

Sin duda, una respuesta demoledora pero, desgraciadamente, muy representativa del momento social por el que atravesaba la España de comienzos del siglo XX.

9
Entre hechizos y probetas

El primer contacto de la mujer con el laboratorio fue a través de la confección de perfumes y ungüentos. Así lo demuestra una tableta de arcilla de Mesopotamia, fechada alrededor del año 1200 a. C.: en escritura cuneiforme cita a una mujer llamada Tapputi calificándola de perfumista y señala que empleó el que debió ser el primer alambique de la historia para fabricar sus lociones a base de flores y aceites. Otro tanto hizo la reina-faraón Hatshepsut de Egipto, quien preparaba sus propios perfumes a partir de hierbas y flores.

¿Científica o hechicera?

Los conocimientos científicos levantaban sospechas supersticiosas en la antigua Grecia. Máxime cuando se trataba de una mujer. Ese fue el caso de Aglaonice de Tesalia, una astrónoma del siglo II a. C. mencionada en los escritos de Plutarco. Se aseguraba que era una hechicera puesto que podía hacer desaparecer la luna del cielo. Evidentemente lo que sucedía era que gracias a sus conocimientos podía predecir la fecha y el lugar donde iba a producirse un eclipse lunar.

Siete siglos después, otro tanto sucedió con la célebre Hipatia de Alejandría, a la que se calificó de maga por sus conocimientos de geometría, álgebra y astronomía. A diferencia de Aglaonice, ella no fue reverenciada sino que murió asesinada por una turba de cristianos fanáticos que la acusaban de hereje y de practicar las artes oscuras. Filósofa neoplatónica, Hipatia dirigió una escuela en Alejandría, llevó vida de asceta y se mantuvo virgen. Su coetáneo y biógrafo, el filósofo Damascio, relató una anécdota que describe la peculiar relación de Hipatia con su propio sexo. Al recibir una propuesta de matrimonio de uno de sus discípulos, le arrojó un paño manchado con su menstruación y le

respondió:

—Crees estar enamorado de mí. Pero esto soy yo y no tiene nada de bello.

Las atenienses en pie de guerra

Agnódice vivió en la Atenas del siglo IV a. C. Estudió con Herófilo, uno de los más grandes médicos de su época, si bien hubo de estudiar y ejercer haciéndose pasar por hombre puesto que estaba prohibido a las atenienses la práctica de la medicina.

Cuando quiso atender a una parturienta, esta se negó a ser atendida por un hombre ya que la costumbre era que fueran las parteras u otras mujeres de la propia familia quienes se ocupaban de las parturientas. Ante las dificultades que presentaba el caso y consciente de que podía solucionarlas, Agnódice le aseguró que era una mujer. Su paciente aceptó y el parto tuvo un final feliz.

Aunque le había confesado su condición femenina de la manera más discreta posible, la verdad no tardó en ser revelada y, en consecuencia, Agnódice fue llevada ante los tribunales. Conocedoras de que podía ser condenada a muerte, las atenienses salieron en su defensa: unas presionaron a sus esposos magistrados, otras se negaron a tener relaciones sexuales y, por tanto, a tener más hijos mientras no se absolviera a Agnódice. La lucha dio su fruto. No solo Agnódice fue absuelta sino que las autoridades de Atenas derogaron la ley que prohibía a las mujeres estudiar y practicar la medicina, a condición de que solo atendieran a sus congéneres.

Aun así, las mujeres tuvieron vedado el acceso a la medicina a lo largo de los siglos. Hubo excepciones, como Hildegarda de Bingen, abadesa de Rupertsberg, mística, compositora y escritora alemana que, en el siglo XII, ejerció la medicina entre los muros de su convento y dejó varios tratados sobre las propiedades de las hierbas medicinales. Se le atribuye, asimismo, la primera descripción del orgasmo femenino. Reconocida como doctora de la Iglesia católica, por sus dotes proféticas se la conoció como la Sibila del Rin, y fue una de las personalidades más importantes de la Baja Edad Media europea.

En el siglo anterior ya se había fundado en Salerno una escuela médica, apartada del poder de la Iglesia sobre la enseñanza, a la que podían acceder las mujeres. Una de ellas fue Trótula di Ruggiero, quien, además de otras disciplinas, se especializó en el área de la ginecología y la obstetricia. En su obra *Passionibus mulierum curandorum* expuso teorías tan revolucionarias para la época como afirmar que los problemas de infertilidad se debían en muchas ocasiones a los varones, o como promover el uso de tisanas para aliviar los dolores del parto. Su obra, sin

embargo, fue atribuida a su esposo hasta que en el siglo XX pudo probarse su autoría.

La ciencia en la hoguera

Peor suerte que Trótula corrieron las más de 40.000 mujeres que entre los siglos XIV y XVII murieron en las hogueras de toda Europa calificadas de brujas cuando en realidad se trataba de expertas conocedoras del poder terapéutico de las hierbas. Por lo general pertenecían a las clases populares y al ámbito rural y dominaban la farmacopea tradicional, lo que hoy se conoce como fitoterapia. Las acusaciones abarcaban un amplio abanico pero todas estaban relacionadas con la ingestión o aplicación de ungüentos, brebajes e incluso sustancias psicotrópicas que dieron lugar a la creencia que su sabiduría ancestral venía dada por el mismo Satanás. Los tribunales de la Inquisición, tanto de la Iglesia católica como de otras confesiones cristianas junto al poder político, fueron las manos ejecutoras que desataron las «cazas de brujas» en todos los rincones del Viejo Continente. Así, Martin Lutero escribió:

> Es una ley muy justa que las brujas sean muertas, porque producen muchos daños, pueden generar misteriosas enfermedades en las rodillas que impidan caminar o hacer que el cuerpo se consuma […]. Dañan a cuerpo y alma, dan pociones y encantamientos, para generar odio, amor, tormentas y destrozos en las casas y en el campo que nadie puede curar.

Un caso especialmente sangriento fue el sucedido en Zugarramurdi, una pequeña aldea de la montaña navarra. En el auto de fe celebrado en esa ciudad los días 7 y 8 de noviembre de 1610, dieciocho mujeres encabezadas por María de Zoraya, una experta curandera, fueron juzgadas por delitos de hechicería. María confesó pero fue condenada como instigadora de la secta. Junto con otras tres que se negaron a reconocerse como brujas y dos hombres, ardieron vivas en la hoguera mientras que cinco personas fueron quemadas en efigie dado que habían fallecido a consecuencia de las torturas padecidas durante su encarcelamiento.

Aunque las mujeres de las clases nobles solían escapar de tales acusaciones, hubo una excepción, la ya mencionada Catalina Sforza, quien escribió un amplio recetario con más de trescientas fórmulas elaboradas con plantas para cuidados cosméticos o higiénicos. Un trabajo que la hizo susceptible de ser acusada de brujería si bien salió indemne del proceso, aunque a consecuencia del mismo la conocieron con el sobrenombre de la Diablesa de Imola.

El lápiz al servicio de la ciencia

La alemana Maria Sibylla Merian está considerada una de las mejores dibujantes del siglo XVII. Sus obras parecían ir destinadas a las mejores pinacotecas pero ella decidió poner sus habilidades al servicio de la ciencia. Así, mediante ilustraciones propias, catalogó buen número de lepidópteros tras una detallada observación de su proceso de metamorfosis. Su labor la ha hecho merecedora de ser considerada una de las iniciadoras de la entomología moderna. En su honor se bautizó a una mariposa endémica de Panamá con el nombre de *Catasticta sibyllae.*

Una matemática ilustrada

Émilie du Châtelet fue una de las personalidades más interesantes de la Francia de la Ilustración. Esta matemática y física, cuyo nombre real era Gabrielle Émilie Le Tonnelier de Breteuil, se dio a conocer tras la publicación en 1740 de las *Institutions de Physique,* una obra pensada para ayudar en sus estudios a su hijo. Sin embargo, al tratarse de un amplio tratado que ofrecía una completa panorámica del estado de la física en la época, no tardó en hacerla acreedora del reconocimiento de la comunidad científica.

Amante y colaboradora de Voltaire, Émilie vivió el nacimiento del Enciclopedismo y llevó a cabo una intensa labor intelectual. Su última obra fue la traducción al francés de los *Philosophiae naturalis principia mathematica,* de Newton, una labor que concluyó el mismo día de su muerte a consecuencia del parto de su cuarto hijo. En su memoria, un asteroide y un cráter de Venus llevan su nombre.

Luchando contra la viruela

La viruela fue, sin duda, el mal del siglo XVIII. Causó verdaderos estragos entre la población sin que se hallara remedio alguno para combatirla. Sin embargo, durante su estancia como esposa del embajador del Reino Unido en el Imperio otomano, la escritora británica Mary Wortley Montagu observó que las mujeres circasianas que se pinchaban con agujas impregnadas en pus extraído de las pústulas de vacas enfermas no contraían nunca la viruela. Lady Montagu había padecido en sus propias carnes la enfermedad y había visto morir a su hermano a causa de la misma, de ahí que, convencida de la eficacia de la prevención, a su regreso a Inglaterra hizo inocular a sus hijos.

Para ello no dudó en enfrentarse a los poderosos prejuicios que había contra tal práctica, que ya se utilizaba en China desde el siglo X. Sin

arredrarse ante las duras críticas recibidas, Lady Montagu divulgó el procedimiento y se cree que su labor contribuyó de forma notable a la remisión de la enfermedad. Pero aún pasó un siglo hasta que la vacuna contra la viruela desarrollada por Edward Jenner fue plenamente aceptada.

Trabajando en familia

El acceso de la mujer a la ciencia ha venido dado en muchas ocasiones por vínculos familiares. Por ejemplo, en la Inglaterra del siglo XVIII el nombre de la alemana Caroline Herschel quedó supeditado al de su hermano, el brillante astrónomo William Herschel. Fue Caroline quien asumió las tareas de esmerilar y pulir espejos para los instrumentos empleados en la exploración del espacio, realizar cálculos algebraicos y establecer distancias astronómicas. Asimismo, se le debe el descubrimiento de ocho cometas, de los cuales seis llevan su nombre, y también de tres nebulosas, pero la Royal Astronomical Society de Londres no la aceptó entre sus miembros hasta 1835, ¡cuando tenía 85 años!

Otro tanto sucedió con Marie-Anne Paulze, esposa de Antoine Lavoisier, considerado el padre de la química moderna. Como asistente de su esposo en el laboratorio, anotaba sus observaciones y dibujaba los correspondientes diagramas. Después de que Antoine fuera guillotinado durante la Revolución francesa, Marie-Anne recopiló todos los descubrimientos de su marido en *Memorias de Química de Lavoisier,* contribuyendo así a sentar las bases de la química moderna.

Contra viento y marea

También francesa, Sophie Germain fue autodidacta dada la oposición de su familia a que estudiara Matemáticas. No obstante, consiguió formarse gracias a las enseñanzas de científicos como Joseph-Louis Lagrange y Carl Friedrich Gauss, con quienes mantuvo una extensa correspondencia si bien sus primeras cartas las firmó bajo el nombre masculino de Monsieur Le Blanc. La carencia de formación académica no le impidió aportar importantes contribuciones científicas en campos tan alejados como la teoría de números o la de la elasticidad. Esta última sirvió a Gustave Eiffel para diseñar su famosa torre parisina; sin embargo, en la relación de los 72 grandes científicos franceses que mandó inscribir en la construcción no aparece el nombre de Sophie Germain.

Ataviada como una reina

Más suerte tuvo Laura Bassi, quien nació en Bolonia a comienzos del siglo XVIII en el seno de una familia que le facilitó una educación privilegiada. Se formó bajo las directrices de Gaetano Tacconi, médico y profesor universitario que la promocionó en los círculos académicos de la ciudad.

Con poco más de veinte años, tras graduarse en Filosofía, Laura se convirtió también en profesora en la Universidad de Bolonia, lo que la convirtió en la primera mujer capacitada oficialmente para impartir clases en una universidad europea. Su doctorado fue una fastuosa ceremonia alejada de la sobriedad habitual de las aulas. Según parece, Laura iba ataviada con atributos casi reales: tocada con una corona de plata y cubierta de joyas, además del anillo y la muceta de armiño que correspondían a su título de doctora. No obstante, dado que se consideraba indecoroso que una joven impartiera clases ante un alumnado masculino, solo se le permitió ejercer en casos puntuales, siempre bajo previa autorización del Senado de Bolonia, o dictar conferencias en eventos públicos donde las mujeres pudieran estar presentes.

La princesa de los paralelogramos

La británica Anna Isabella Noel (nacida Milbanke) desarrolló una importante carrera como matemática y astrónoma. En 1812 conoció al poeta Lord Byron, quien no tardó en proponerle matrimonio. Pese al interés de su familia en que aceptara, ella se negó aduciendo que el estudio era su prioridad. La respuesta de Byron a sus padres le otorgó para siempre el epíteto referido a ella:

> Les agradezco una vez más sus esfuerzos con mi Princesa de los Paralelogramos […]. Su forma de proceder es bastante rectangular, o más bien somos dos líneas paralelas que se prolongan una al lado de la otra hasta el infinito, pero destinadas a no encontrarse nunca.

Se equivocaba: dos años después contrajeron matrimonio. De la unión nació Ada Lovelace, quien supo aunar el espíritu científico de su madre —siempre la estimuló en el estudio de las ciencias— y la imaginación de su padre. El resultado fue una matemática visionaria a quien se puede considerar como la primera programadora de la historia, ya que creó un algoritmo para calcular los números de Bernoulli que fue el antecedente directo del trabajo con el que Alan Turing, en unión de Joan Clarke, consiguió descifrar el código secreto de la célebre máquina Enigma utilizada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

La científica poeta

La rusa Sofia Kovalevskaya hizo contribuciones significativas en los campos del análisis matemático, las ecuaciones diferenciales parciales y la mecánica. Su mayor logro fue su investigación sobre la rotación de un sólido alrededor de un punto fijo, por el que obtuvo el Premio Bordin de la Academia de Ciencias de París en 1888. No por ello descuidó su formación humanística. Y sentenció: «Es imposible ser matemático sin ser un poeta del alma».

Una familia de sabios

Cuando se evocan unidas las categorías «ciencia» y «mujer», el primer nombre que viene a la mente es el de Marie Curie, nacida en Polonia como Maria Salomea Skłodowska. De ella se cuenta que, en una ocasión, le preguntaron qué era vivir con un genio y ella contestó rápidamente:

—Pregúntele a mi marido.

Lo cierto es que su esposo, Pierre Curie, fue otro genio del laboratorio y juntos formaron un tándem perfecto. A ellos se unió también su hija Irene. En total, la familia recibió nada menos que tres Premios Nobel: en 1903, el matrimonio formado por Pierre y Marie obtuvo el de Física. Ya viuda, en 1911, Marie fue premiada con el Química y, por si eso fuera poco, en 1934, también en la especialidad de Química, lo recibieron su hija Irene Curie y su yerno Frédèric Joliot. Marie fue la primera mujer a la que se le concedió el Nobel y la primera persona en ganarlo en dos especialidades diferentes.

Contando las estrellas

En 1880 el director del Observatorio Astronómico de Harvard, Edward Charles Pickering, contrató a una serie de ayudantes, todas mujeres, para hacer un inventario de catalogación de estrellas. La primera fue Williamina Fleming (escocesa de apellidos Paton Stevens), que había trabajado como empleada del hogar en el domicilio de Pickering y que demostró tal eficacia para realizar tareas administrativas y cálculos matemáticos que las confió la responsabilidad de custodiar el archivo de datos y contratar a sus ayudantes. Entre otras, reclutó a Annie Jump Cannon, Antonia Maury (nacida De Paiva Pereira), Margaret Harwood y Henrietta S. Leavitt, quienes a partir de las placas fotográficas obtenidas previamente realizaron una importante tarea de clasificación y catalogación de estrellas según su brillo, posición y color. Valga como ejemplo de su ardua tarea el hecho de que Henrietta S. Levitt estudió más

de 1.500 estrellas. Lamentablemente, su labor y la de sus compañeras no solo no fue valorada sino que se las redujo ante la opinión académica con el ominoso nombre del *Harén de Pickering*.

Guapas e inteligentes

La actriz Hedy Lamarr fue sin duda una de las mujeres más bellas de los comienzos del cine sonoro. Nacida en Viena en 1914 como Hedwig Eva Maria Kiesler, se naturalizó estadounidense desde que, tras una breve carrera cinematográfica en Europa, se instaló en Hollywood. Lo hizo precedida por el escándalo que había representado su desnudo —el primero en la historia del cine comercial— en la película *Éxtasis*.

Pero lo que se desconoce es que, además de bella, era extraordinariamente inteligente. Ingeniera de formación, en 1939 desarrolló un sistema de guía por radio para torpedos que utilizaba el espectro ensanchado y la tecnología de salto de frecuencia y que ha resultado decisivo para los sistemas bluetooth y wifi. Su contribución a la ciencia pasó casi desapercibida tras su aureola de *star,* aunque en 2014 su trabajo fue reconocido con una estrella en el National Inventors Hall of Fame, de North Canton, Ohio.

Hedy Lamarr no fue la única actriz que unió a su belleza una relevante inteligencia. En los primeros años del siglo XX la canadiense Florence Lawrence, una de las primeras estrellas del cine mudo, inventó el primer intermitente o señal del cambio de dirección para los automóviles. Era un curioso dispositivo que, conectado al guardabarros trasero y accionado por el conductor mediante un interruptor, hacía aparecer una señal que informaba de que el vehículo iba a girar a derecha o izquierda. No contenta con ello, años después lo amplió con una señal de *stop* que se hacía visible cuando se pisaba el freno. Cometió un error. No patentó sus inventos, por lo que estos y otros similares fueron desarrollados por la industria del automóvil de la época sin remuneración ni reconocimiento.

El Nobel llegó tarde

La química experta en cristalografía Rosalind Franklin fue la responsable de las imágenes de rayos X que permitieron a James D. Watson, Francis Crick y Maurice Wilkins concebir la estructura en forma de doble hélice del ADN. No obstante, la muerte de la británica Franklin en 1958 (con solo 38 años) le impidió compartir con ellos el Premio Nobel en 1962 otorgado a sus trabajos en torno al ADN, en los que ella había tenido una importante participación. Otro tanto le sucedió con el Nobel de Química concedido en 1982 a su colega y amigo Aaron Klug en virtud del

desarrollo de la microscopía cristalográfica de electrones, un estudio que había iniciado en unión de Franklin.

El caso de Rosalind Franklin es paradigmático de las muchas científicas cuyo trabajo ha quedado al margen de los Premios Nobel. Uno de los más llamativos, el de la austriaca Lise Meitner, fallecida en 1968, que investigó la radiactividad y formó parte del equipo que descubrió la fisión nuclear, un logro por el cual su colaborador Otto Hahn recibió el galardón en 1944.

No es de extrañar que, de los 854 premios concedidos desde 1901 hasta 2018, la Real Academia de las Ciencias de Suecia solo ha concedido 52 a mujeres, y de estas, solo 22 a científicas (4 de Física, 6 de Química, 11 de Medicina y 1 de Economía). Una estadística sin duda escandalosa y que refleja la escasa consideración que, hasta el momento, han merecido las mujeres que dedicaron su vida a la investigación.

III

TRAS LOS MUROS DE PALACIO

*E*ran mujeres poderosas. Unas como reinas propietarias —Cleopatra, Isabel I de Castilla, Victoria de Inglaterra—, otras como simples consortes de reyes y emperadores —Popea Sabina, María Amalia de Sajonia, Bona de Luxemburgo, Eugenia de Montijo—. Muchas, como Madame de Pompadour y Diana de Poitiers, aunque ejercieron de soberanas, hubieron de limitarse a la intimidad de la alcoba de los hombres más poderosos de su tiempo.

De algún modo, la mayoría de ellas fueron unas privilegiadas que, pese a estar sometidas a las servidumbres de una corte que las quería poco más que como vientres fértiles o hermosos bibelots, consiguieron inscribir sus nombres en el libro de la historia. Tal vez por su vinculación con el poder, todas manifestaron una fuerte autoconfianza, decididas a seguir su camino e incluso a perseguir sus sueños.

Hubo momentos en que sus peores rivales fueron sus congéneres, de modo que sus —a veces pintorescos— rifirrafes protagonizaron desencuentros como los que vivieron Isabel I de Inglaterra y María de Escocia, o el atribuido a la reina de España María Luisa de Borbón-Parma con la mítica duquesa de Alba pintada por Goya. No faltan Isabel de Segura, Inés de Castro ni Eloisa, cuyos apasionados amores han pasado a formar parte de la tradición popular; convertidas en mitos románticos, han contribuido a escribir alguna de las mejores páginas de la literatura de todos los tiempos.

10
En la cima del poder

La reina del glamur

Cleopatra VII fue la última reina del Egipto ptolemaico y, sin duda, la soberana más popular de su imperio junto con Nefertiti y Hatshepsut. Mujer extremadamente culta y provista de un gran sentido político, fue además exquisitamente refinada y se anticipó en muchos siglos al actual culto al cuerpo y a la belleza. Sentía una enorme fascinación por los perfumes y por la cosmética, una técnica que dio en Egipto sus primeros pasos. Convencida de que así aclararía el tono oliváceo de su piel, propio de las mujeres norteafricanas, a diario se sometía a varios baños en leche de burra.

Adoraba el lujo y la ostentación. Impulsada por varios bancos de remeros, la falúa real en la que se desplazaba por el Nilo parecía más un palacio flotante que una embarcación: medía 90 metros de eslora, 13 de manga y 18 de puntal, y albergaba salas para banquetes, un pequeño templo, salones y zonas ajardinadas.

La sutileza de la esposa del tirano Hierón

Hierón II fue un tirano de Siracusa que, entre otras cuestiones, ha pasado a la historia por una lamentable característica: su apestoso olor corporal. No obstante, parece ser que, por miedo a su reacción violenta, nadie se atrevió a señalárselo hasta que un condenado a muerte, sabiendo que nada podía perder, se lo advirtió. La respuesta del gobernante fue reprochar abiertamente a sus colaboradores su falta de sinceridad puesto que en la época ya se conocían perfumes y ungüentos que podían haber solucionado su problema. Hierón II se encaró especialmente con su esposa. Conociendo

sus terribles métodos con quienes lo contrariaban, ella supo encontrar una respuesta que le satisficiera y, de esta forma, escapar de su ira:

—Esposo mío —le respondió—, nunca he tenido tratos con otros hombres, por tanto siempre pensé que vuestro olor era el propio de todos los varones.

No hay que decir que Hierón II quedó sobradamente satisfecho tras escuchar semejante excusa.

El buen nombre de las mujeres de Roma

Mantener la honorabilidad de las mujeres de Roma parecía ser competencia de los varones. La llamada *Lex adtemptata puditicia* protegía el buen nombre de la mujer dividiéndolas en tres categorías: las casadas *(nuptae),* que estaban bajo la autoridad de sus maridos; las viudas *(viudae),* cuyo buen nombre dependía de sus hijos o, si no los hubiere, de su padre o hermanos varones, y las solteras *(virgines),* cuyo padre debía tomar la responsabilidad de su moral. En cualquier caso, las mujeres romanas estaban sometidas a unas normas severísimas. Así, ningún hombre podía tomarlas de la mano y jamás podían besar en público.

No obstante, tal normativa no parecía preocupar demasiado a aquellas que se mantenían cerca del poder. A Julia la Mayor, la hija del emperador Augusto, se le conocían numerosos amantes. Uno de sus tres maridos, todos concertados por razones dinásticas, fue el general Marco Vipsanio Agripa, tuvo cinco hijos con él. Pese a sus infidelidades, el parecido físico de su prole con su esposa aseguraba la paternidad del general. Cuando le preguntaron a Julia cómo era posible que ninguno de sus hijos fuera de alguno de sus amantes, la deslenguada patricia respondió:

—Muy sencillo. Nunca acepto pasajeros hasta que la bodega está llena.

En su misma sintonía estaba Mesalina, tercera esposa del emperador Claudio, con quien se casó cuando ella solo tenía dieciséis años. Su actividad sexual fue tan intensa que ha convertido su nombre en sinónimo disoluta. Era nieta de Marco Antonio e hija de Domicia Lépida, quien tampoco se había distinguido por su conducta virtuosa. A ella se atribuía la responsabilidad de haber iniciado a su hija desde la más temprana adolescencia en la ninfomanía. La discípula, sin embargo, superó a la maestra. Mesalina retó a la más célebre cortesana de Roma a ver quién de las dos conseguía atender sexualmente a más hombres en veinticuatro horas. No es necesario aclarar que ella fue la vencedora.

Para mantener viva esa actividad, Mesalina recurría a toda clase de cosméticos de la época. Tanto que hasta se asegura que llevaba una rudimentaria dentadura postiza para esconder las caries que afeaban su dentadura. De ella, Marco Valerio Marcial (40-135 d. C.) llegó a decir: «Las tres cuartas partes de sus encantos se hallan en su tocador. Sus

atractivos están en cien tarros diferentes. Su cara no se acuesta con ella».

Otro tanto hacía Popea Sabina, la segunda esposa de Nerón, tan célebre por su afición al sexo extramarital como por su incomparable belleza. Para conservarla se aplicaba por las noches una mascarilla a base de harina y leche de burra a fin de hidratar la piel, así como otra a base de arroz y harina de haba que la ayudara a prevenir las arrugas.

Otras de sus congéneres prefirieron olvidar los placeres sexuales para volcarse en su ambición política. Eso podría decirse de Agripina la Mayor, la nieta favorita de Augusto. Decidida a conquistar el poder, apoyó a su marido, Germánico, en su estrategia para suceder a Tiberio, y al enviudar, se lanzó ella misma a la arena política. No le faltaron recursos para organizar lo que hoy calificaríamos de una excelente «campaña electoral».

Así, para conseguir el refrendo popular, organizó la repatriación de las cenizas de Germánico, muerto en Antioquía, como si se tratara de un gran espectáculo teatral. Desembarcó en Brindisi con la urna funeraria entre las manos cual Némesis rediviva y rodeada de su numerosa prole entre las aclamaciones de la multitud que aguardaba su regreso. Luego convirtió el camino hasta llegar a Roma en un auténtico baño de masas que la acreditó como figura emblemática para los descontentos con el gobierno de Tiberio.

Se dice que su carácter era tan fuerte que el mismo emperador la recriminó en público diciendo:

—Si no puedes mandar, te ofendes.

Lo cierto es que su ambición le costó la vida. Promovió un golpe de Estado contra Tiberio que, al fracasar, le valió el destierro a la isla Pandataria, donde murió por inanición.

Pero no todas las damas romanas eran ambiciosas como Agripina o ninfómanas como Mesalina. Por ejemplo, Cornelia, la esposa de Tiberio Sempronio Graco, siempre se distinguió por su conducta recta, su inteligencia y su saber estar. Prueba de ello es su respuesta cuando, durante la celebración de un banquete en su villa romana, sus invitadas le afearon que no luciera alguna de las valiosas joyas que poseía. Ella, diligente, fue en busca de sus hijos y, presentándolos a la concurrencia, dijo:

—Aquí tenéis mis mejores alhajas.

Una mujer… insoportable

La checa Bona de Luxemburgo se casó con Juan II de Francia pero no llegó a ser la reina regente porque murió en 1349, antes de que lo coronaran. Parece que era una mujer terriblemente autoritaria. En una ocasión en que su esposo se negaba a tomar una tisana curativa a causa de su desagradable sabor, lo obligó a tragársela con muy malos modos mientras

le decía:

—¡Que me cuelguen si esta medicina no consigue sanarte!

A lo que el médico que contemplaba la escena no pudo menos que contestar:

—Bebedla, señor. Aunque no sea el remedio adecuado, saldréis ganando.

En la corte de la Católica

Isabel I de Castilla, *la Católica,* fue la mujer más poderosa de su tiempo. Cuando nació como infanta de Castilla nada hacía predecir que acabaría por ser dueña de buena parte del mundo conocido y abuela de emperadores. Lo logró ayudada por una carambola del destino, pero también a base de tesón, del alto concepto que tenía de sí misma y de la dimensión casi sobrenatural de la corona.

Un criterio que bien demuestra lo sucedido durante un encuentro de su esposo, Fernando de Aragón, con su primo Fadrique Enriquez, almirante de Castilla. Isabel se presentó de improviso en la sala donde ambos conversaban animadamente. Fadrique bromeaba recordando al rey algunas anécdotas vividas en campaña. La reina se mantuvo al margen de la conversación hasta que no pudo más y estalló. Increpó al almirante echándole en cara su excesiva familiaridad con el monarca. Fadrique, secundado por el propio Fernando, adujo que eran primos carnales y por tanto su relación era tan estrecha que no cabían los protocolos. Para su sorpresa, Isabel le acalló diciendo:

—El rey no tiene parientes, sino vasallos.

Sus fobias y sus filias eran de todos conocidas. Por ejemplo, nadie ignoraba que odiaba el ajo. Sin embargo, un día se le presentó un plato aderezado con este condimento. Habiendo advertido su error, el cocinero quiso disimularlo con una ración abundante de perejil pero no fue suficiente. De ahí que al servírselo en la mesa, la reina exclamara:

—Venía el villano vestido de verde…

Una frase que quedó así incorporada al refranero popular.

La Católica fue, sin duda, un personaje poliédrico sobre el que se han vertido las versiones más dispares. Para algunos historiadores, es el tótem absoluto de las virtudes patrias; para otros, una mera usurpadora que se sentó en un trono que no le pertenecía. Se le acusa de ser implacable con los nativos americanos y, sin embargo, en su testamento dedicó varias medidas para su protección, y cuando Colón, tras su primer viaje, le presentó a los indios que lo habían acompañado lo obligó a retirarles los grilletes asegurando que en su reino no quería esclavos.

Sus actitudes evidenciaron los usos habituales entre los monarcas medievales; sin embargo, fue la introductora de los saberes renacentistas

en la Península. Así, de su capacidad de innovación hablan acciones como la fundación del primer hospital de campaña de la historia, que fue instalado en el campamento de Santa Fe durante la conquista de Granada. En cuanto a la renovación de algunas tradiciones, destaca la promulgación de la Pragmática de luto y cera, emitida en 1497 a la muerte de su hijo el príncipe Juan, por el que sustituyó el blanco exigido para el luto por el negro.

Las leyendas en torno a esta reina son abundantes. Algunas tan absurdas como que juró no cambiarse de camisa hasta conquistar Granada, cuando quien parece responsable de tan peculiar comportamiento fue su tataranieta Isabel Clara Eugenia de Austria durante el sitio de Ostende en 1601. Se dice también que, cual ama de casa en apuros, Isabel empeñó sus joyas para ayudar a la empresa colombina, cuando esta fue financiada por el secretario de Fernando el Católico, Luis de Santángel Vilamarxant, a quien posteriormente la Corona de Castilla devolvió el empréstito.

Se desconoce, sin embargo, que Isabel la Católica fue una mujer bastante celosa. Tanto que remendaba la ropa de su esposo porque se negaba a que la tocaran manos femeninas que no fueran las suyas. Su celotipia llegó a extremos tales que solo han pasado al olvido por las excentricidades de su hija Juana, que apartó a toda mujer joven y hermosa de la corte de Borgoña a fin de evitar cualquier infidelidad de Felipe el Hermoso.

La inestabilidad psíquica de Juana I de Castilla la ha llevado a pasar a la historia como la Loca, pero nadie puede negarle su condición de mujer valiente. En una travesía que hizo desde Flandes a España, se levantó una terrible tormenta en las inmediaciones de Calais. El navío quedó muy maltrecho y estuvo a punto de zozobrar. Todos los que iban a bordo, incluido su esposo, que se hizo coser a sus ropas un odre hinchado para que le sirviera de salvavidas, estaban tan asustados que se mostraron sin fuerzas para hacer otra cosa que no fuera rezar. Solo Juana mantuvo la compostura. Cuando le preguntaron de dónde sacaba esa entereza, respondió:

—Una infanta de Castilla no debe conocer el miedo. Pero, además, ¿conocéis algún monarca que haya perecido ahogado?

Tenía razón: no se tiene noticia de ninguna cabeza coronada que haya perecido en un naufragio.

También su cuñada Margarita de Austria hubo de lidiar con los inconvenientes de una peligrosa travesía. Hija de María de Borgoña y Maximiliano I, y por tanto hermana de Felipe el Hermoso, concertaron su matrimonio siendo muy niña con el futuro rey de Francia. Tras diez años viviendo allí, la ruptura de relaciones políticas provocó que Margarita fuera devuelta a la corte de sus padres. Poco después la prometieron con el infante Juan, heredero de los Reyes Católicos. Margarita se casó sola,

por poderes, en tierras flamencas y embarcó hacia España. Durante la travesía, una tormenta puso en peligro la nave, y Margarita, convencida de que iba a morir, escribió en una tablilla que colgó de su cuello: «*Ci git Marguerite, gentil demoiselle, deux fois marieé mais mort pucelle*» (Aquí yace Margarita, gentil damisela, dos veces casada pero muerta doncella). Luego se quedaría embarazada y viuda casi a la vez.

Buscando novia al rey

Los criterios aplicados a la hora de decidir los matrimonios reales han sido muchos y muy variados. Antes de decidirse por una u otra candidata, analizaban posibles alianzas políticas, investigaban el perfil de las candidatas e incluso tenían en cuenta si esta pertenecía o no a una familia con fama de fértil. Las princesas se convertían así en meras monedas de cambio al servicio del reino.

Tales escrutinios dieron lugar a situaciones tan peculiares como la que llevó a la corte de Felipe II de Francia a rechazar a la infanta Urraca de Castilla por considerar que su nombre no resultaba adecuado para una reina francesa. Eligió pues, a su hermana, Blanca de Castilla, que fue regente durante la minoría de edad de su hijo, el futuro san Luis.

No menos curioso fue el sistema por el que otra Margarita de Austria, distinta a la mencionada, se convirtió en reina consorte de España. A la hora de concertar el matrimonio de su heredero, Felipe II se decidió por buscar entre las hijas del archiduque austriaco Carlos de Estiria. Puesto que había tres candidatas, Gregoria, Catalina y Margarita, se pidió opinión al futuro Felipe III, siempre indeciso, que no supo cuál escoger. Intervino entonces la infanta Isabel Clara Eugenia y sugirió echarlo a suertes. La agraciada resultó ser Margarita; los hados hicieron bien su labor: el matrimonio fue prolífico y estable.

No fue la única vez que el monarca de El Escorial se vio en el trance de elegir pareja. Poco antes de casar a su heredero y estando ya viudo de su cuarta esposa, Ana de Austria, Felipe II se planteó el dilema de escoger nueva compañera de trono. La propuesta no cuajó pero, por una vez, no fue por causas políticas sino por decisión de la candidata. El monarca estaba decidido a contraer nuevo matrimonio con su sobrina Margarita, que como Ana también era hija de la emperatriz María de Austria. Margarita había viajado a Madrid con el propósito de profesar como religiosa en el monasterio de las Descalzas Reales. De ahí que rechazara la proposición de su tío escribiendo que habiéndose hecho el propósito de desposarse con Dios, «no sería conveniente hacerlo con soberano de inferior rango».

También Enrique VIII de Inglaterra supo lo que era recibir calabazas. Tras mandar decapitar a su segunda esposa, Ana Bolena, pidió la mano de

la princesa Cristina de Dinamarca, sobrina del emperador Carlos V. Mujer inteligente, culta y de gran agudeza, declinó la oferta diciendo:

—Decid a su majestad el rey de Inglaterra que no puedo aceptar su proposición. Solo tengo una cabeza y me resulta absolutamente imprescindible.

Sufriendo en silencio

Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos V, fue una mujer con un alto sentido de la dignidad: en el momento de dar a luz al futuro Felipe II, ordenó que apagaran todos los candelabros de la habitación y se tapó la cara con un paño para evitar que los asistentes contemplaran cualquier gesto de dolor en su rostro. Cuando la partera que la asistía le recomendó que gritara para aliviarse, le respondió:

—No me digáis esto, comadre mía, que moriré pero no gritaré.

Las cosas claras

La futura Isabel I de Inglaterra permaneció cautiva en el castillo de Woodstock por orden de su hermanastra María Tudor, que la acusaba de haber conspirado contra la Corona. Durante el tiempo que permaneció recluida grabó con un diamante en un cristal de la ventana: «Mucho se me ha sospechado y nada ha sido probado».

El carácter firme, decidido y autoritario de la conocida como Reina Virgen era del dominio público. Isabel no dudaba en apartar de su lado a todo aquel que no acatara sus dictámenes o que se tomara demasiadas confianzas. De ahí que alejara de la corte a un descarado bufón que no cejaba en el empeño de satirizarla. Más tarde lo perdonó y lo recibió de nuevo en palacio, pero antes de incorporarlo a las fiestas cortesanas, le preguntó:

—¿Vais a burlaros de nuevo de nuestros defectos?

No contaba con la respuesta del deslenguado bufón, que no tuvo mejor ocurrencia que responder:

—No, majestad. ¿Para qué iba a ocuparme yo de lo que ya sabe todo el mundo?

Reina por un día

Hija de los duques de Medina Sidonia, Luisa de Guzmán y Sandoval se casó en 1633 con el duque de Braganza, pretendiente al trono de Portugal,

por entonces bajo el poder de la Corona española. En la concertación del matrimonio había intervenido el conde-duque de Olivares, convencido de que una Medina Sidonia nunca se levantaría contra la Corona española y que, por tanto, con este enlace quedaba firmada la unión ibérica.

Se equivocaba de medio a medio. Fue precisamente la onubense Luisa de Guzmán quien instó a su marido a rebelarse en 1642 contra el dominio español. Parece evidente que el conde-duque ignoraba el lema de su patrocinada:

—Mejor ser reina por un día que duquesa toda la vida.

¡Guerra a las pulgas!

La reina Cristina de Suecia odiaba las pulgas. Para eliminarlas no se le ocurrió una idea mejor que mandar construir un cañón de solo quince centímetros que disparaba unas diminutas balas de hierro con el fin de ¡matar pulgas a cañonazos! El arma se conserva actualmente en el Museo del Ejército de Estocolmo.

Un alto precio

Carolina de Brünswick-Wolfenbüttel, esposa de Jorge IV de Inglaterra, quiso hacer del parque londinense de Saint James su jardín privado. Preguntó entonces al primer ministro, Lord Liverpool, cuál sería el importe de la construcción de un muro que lo cerrara al público.

El ministro pareció realizar sus cálculos y le respondió:

—Tres coronas.

Como la corona era una moneda de escaso valor, la reina se extrañó:

—¿Solo tres coronas?

—Sí, majestad —respondió el ministro, sabedor de la reacción popular al cerrar uno de los más frecuentados parques públicos de la ciudad del Támesis—: las coronas de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

La reina que fue rey

Ante la falta de herederos varones, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos VI promulgó la Pragmática Sanción, que estipulaba que a su muerte se haría una excepción en la ley sálica que regía en Hungría a fin de que fuera su hija María Teresa I de Austria quien heredara ese trono. Ya era emperatriz cuando se cumplió el plan paterno y entonces ella quiso respetar las leyes seculares del país magiar: el 25 de junio de 1741 fue coronada en la catedral de San Martín en Bratislava como «rey de Hungría».

A Francia, señora…

Isabel de Farnesio (ya mencionada a propósito de sus dotes pictóricas) fue la segunda esposa del rey español Felipe V. Deseosa de colocar en puestos estratégicos de la corte a sus fieles compatriotas italianos, se quejó a su esposo de que sobraban franceses en palacio. De inmediato, el monarca mandó que le prepararan su equipaje, y cuando la reina le preguntó adónde se dirigía, le respondió sin inmutarse:

—A Francia, señora, que yo también soy francés.

Nada de pasteles

María Antonieta, archiduquesa de Austria y reina consorte de Francia y de Navarra, no fue la muñeca frívola que se ha querido presentar con falacias tan repetidas como la anécdota de los pasteles. Es absolutamente falso que cuando le dijeron que el pueblo de París se había levantado contra la Corona porque pasaba hambre, sugiriera que si no tenían pan, les dieran pasteles.

Por el contrario, fue una mujer dotada de una gran inteligencia natural, y no solo sintió pasión por la moda o disfrutó de los placeres de Versalles, sino que en algunos momentos demostró una exquisita prudencia política, heredada posiblemente de su madre, la emperatriz María Teresa de Austria. Así, cuando cruzó la frontera para contraer matrimonio con el futuro Luis XVI, el comité de recepción se dirigió a ella en alemán, su idioma nativo, respondió:

—En francés, por favor. Desde ahora es el único idioma que hablo.

Una histórica bofetada

Fue durante los últimos años del reinado de Fernando VII cuando se dio la más célebre bofetada de la historia de España. El monarca estaba gravemente enfermo y todo hacía presagiar que el fin estaba próximo. Su ministro, Tadeo Calomarde, había conseguido que el rey firmara un documento por el cual volvía a estar vigente la ley sálica, que privaba del derecho al trono a su hija, la futura Isabel II, y abría el camino de la sucesión a su hermano Carlos. Pero Luisa Carlota de Borbón, cuñada del rey y hermana de la reina María Cristina, presenció la escena y, sin pensárselo dos veces, arrebató el documento de manos del ministro, lo rompió y lo abofeteó. Calomarde, en un gesto de galantería, le respondió:

—Señora, manos blancas no ofenden.

Algunos autores aseguran que la princesa contestó a su vez:

—Pero hacen daño.

Las ocurrencias de la Reina Castiza

Isabel II de España, *la Reina Castiza,* demostró desde niña tener un talante muy visceral. Durante su minoría de edad, el motín de La Granja (1836) impuso a la reina gobernadora María Cristina de Borbón la aceptación del Estatuto Real que limitaba sus funciones. Isabel, que contaba solo seis años, viendo a su madre humillada y vencida, no dudó en aconsejarle:

—Mamá, ¿por qué no sacas los cañones?

Su carácter extrovertido y espontáneo dio lugar a múltiples anécdotas. Gran amante de la buena mesa, eran frecuentes sus escapadas al restaurante Lhardy para degustar su exquisito cocido. También era fiel seguidora de las novelas por entregas y especialmente de las que publicaba el diario *La Nación.* Hasta tal punto llegó su afán por saber más de la trama del folletín que escribía Antonio Flores que este recibió una nota en la que la reina le exigía que le entregara el manuscrito de la obra, para así ser la primera en conocer el final. Se quedó con las ganas. Cortésmente, Flores le contestó:

—Majestad, lamento no poder complaceros, pero ni siquiera yo tengo idea de cómo voy a salir del enredo que he tramado. Eso sí, en cuanto lo averigüe, os lo comunicaré de inmediato.

Ya exiliada en París, solía desplazarse a menudo a Chaumont-sur-Loire para asistir a las reuniones sociales que allí organizaba la princesa de Broglie. Por entonces, Isabel II rozaba la obesidad y, cuando llegó el momento de levantarse de un sillón, el resto de invitados contemplaron horrorizados que se había quedado atascada. Fue la ocasión para demostrar que tenía un gran sentido del humor. Cuando entre varias personas lograron *rescatarla,* comentó:

—Es más fácil que te expulsen de un trono en España que de un sillón en Chaumont-sur-Loire.

El trágico sino de la esposa de Amadeo I de Saboya

No siempre la anécdota se convierte en humorada. No sucedió con las circunstancias que rodearon la boda de María Victoria dal Pozzo della Cisterna, la hermosa italiana que, como esposa de Amadeo de Saboya, fue efímera reina de España.

Nacida en París en 1847, en el seno de una familia acaudalada, nada hacía presagiar que su vida acabaría por adquirir tintes tan folletinescos. Cuando solo contaba quince años, murió su padre, y su madre se negó a dejar que se llevaran el cadáver al cementerio. A consecuencia de la impresión por la rápida descomposición del cuerpo, murió su única hermana, dos años menor que ella. Desde entonces y hasta su matrimonio en 1867 con Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia, la joven María

Victoria vivió casi enclaustrada por orden de su madre, que la obligó a un larguísimo y estricto luto.

Pero no habían acabado ahí sus desgracias. Pocos días antes de la boda, la modista que confeccionaba el traje de novia apareció ahorcada con el vestido entre las manos. Y el mismo día de la ceremonia, el portero perdió las llaves de la cancela, lo que causó el retraso de la comitiva nupcial y la muerte del empleado, que sufrió un síncope por el disgusto. Entretanto, un capitán de la guardia murió a consecuencia de una insolación, un senador sufrió una apoplejía, un invitado se pegó un tiro y otro, el conde de Castiglione, fue arrollado por un carruaje. Finalmente, cuando se disponían a partir de luna de miel, el jefe de estación fue arrollado por otro ferrocarril que circulaba en sentido contrario al del tren nupcial.

Parece ser que María Victoria encaró tanta desgracia con entereza. Tras la coronación de su esposo como rey de España, pese al vacío que se le hizo en la corte madrileña, ella cumplió sobradamente con sus deberes de soberana. Tal vez porque comprendía como nadie el sufrimiento ajeno, se volcó de pleno en tareas sociales; entre sus logros se halla la puesta en funcionamiento de la primera guardería infantil de España, destinada a acoger a los hijos de las lavanderas que ejercían su trabajo a orillas del río Manzanares.

Fashion victims *en el trono*

Ana Bolena fue una mujer bellísima por la que Enrique VIII de Inglaterra repudió a su esposa Catalina de Aragón (1485-1536) y no dudó en enfrentarse al papa. Sin embargo, junto a los rasgos perfectos de su cara presentaba diversas anomalías físicas. En concreto, se decía que tenía tres pechos (aunque algunos autores aseguran que el tercero se trataba de un quiste de gran tamaño) y seis dedos en la mano izquierda. Esto último la disgustaba bastante puesto que le impedía seguir la moda que imponía mangas estrechas hasta la muñeca. Decidida a disimular su anomalía y aprovechando su preeminencia en la corte, impuso el uso de mangas muy largas y de forma acampanada bajo las que podía esconder su sexto dedo.

Otra mujer dotada de un irresistible poder de seducción fue la española Ana de Mendoza de la Cerda, princesa de Éboli. Su encanto, sin embargo, no se debía a su belleza ni a sus dotes amatorias, sino a su extremada preparación cultural, su innata inteligencia y, posiblemente, algo que despertaba en aquellos hombres que la rodeaban una morbosa curiosidad: saber qué se escondía bajo el parche que tapaba su ojo derecho. Pero la princesa se llevó el secreto a la tumba. Para algunos autores se trataba de un ligero bizqueo; para otros, y esta parece la versión más probable, una cuenca ocular vacía a causa de una lesión que

sufrió en su juventud mientras practicaba la esgrima.

Elisabeth de Austria, la célebre Sissi, fue una mujer de carácter complicado, totalmente alejada de la almibarada imagen que ha transmitido la gran pantalla. Nunca llegó a adaptarse al rígido protocolo cortesano y acabó por convertirse en una eterna viajera, siempre huyendo de la corte vienesa. Depresiva e insegura, su inestabilidad psíquica se tradujo en una extremada preocupación por su físico. Considerada una de las mujeres más hermosas de su época, jamás sonreía dado que tenía la dentadura muy deteriorada, y apenas cumplió los cuarenta ocultaba su rostro con velos o abanicos para evitar que se revelaran los estragos de la edad. Medía 1,72 metros pero solo pesaba cinuenta kilos. Para mantener su esbeltez y su legendaria cintura de cincuenta centímetros, realizaba a diario tablas de gimnasia y se alimentaba en exclusiva de leche y carne cruda. Su cabello, que trataba con una mezcla de huevo y coñac, era tan largo y abundante que sus damas tardaban a diario un par de horas en peinarla.

El carácter de una futura reina de España

También María Luisa de Borbón-Parma, casada con Carlos IV, se mostró muy preocupada por el prematuro deterioro de su físico, a causa posiblemente de sus veinticuatro embarazos. De ella se dice que solo se mostraba orgullosa de sus brazos, y de ahí que impusiera la moda de la manga corta en los trajes de corte. No obstante, sus inquietudes iban mucho más allá de seguir o no seguir la moda.

Fue una mujer autoritaria e intrigante que impuso su asistencia a los Consejos de Ministros y cuya influencia consiguió aupar a Manuel de Godoy a la cumbre del poder. Ya de niña había apuntado maneras. Se dice que, estando aún en la corte de Parma, recién firmados los esponsales con el entonces príncipe de Asturias, exigió a su hermano Fernando:

—Debes respetarme puesto que seré reina de España y tú solo llegarás a duque de Parma.

La respuesta del niño no se hizo esperar: una sonora bofetada mientras respondía:

—Pues seré el único duque que haya pegado a una reina de España.

Malas…, ¡muy malas!

La historia también registra algunos nombres femeninos que no han necesitado de la misoginia para consagrarse como malvadas de libro. Una de ellas fue la reina de Madagascar, Ranavalona I, que ocupó el trono entre 1828 y 1860. En realidad, se llamaba Rabodoandrianampoinimerina,

y se convirtió en una gobernante despiadada. Ferviente nacionalista, en cuanto subió al poder a la muerte de su esposo expulsó de la isla a todos los extranjeros, y a fin de erradicar el cristianismo ejecutó a más de 150.000 practicantes de esa doctrina. Según parece, convertía en espectáculo el tormento de sus víctimas haciéndoles beber diferentes venenos, obligándolos a nadar en aguas repletas de cocodrilos o enfrentándolos a perros de presa. Ante tanta crueldad, su hijo y heredero rogó a Napoleón III que invadiera Madagascar y derrocara a su madre. No lo consiguió, y Ranavalona murió tranquilamente en su cama.

No tuvo la misma suerte la llamada Condesa Sangrienta, Erzsébet Bathory, una aristócrata húngara del siglo XVI. Obsesionada por su belleza, mandó asesinar a cientos de jóvenes y de niñas con el propósito de bañarse en su sangre y mantener así la tersura de su piel. Según parece, sus colaboradores más próximos reclutaban a muchachas, en su mayoría adolescentes, para trabajar en el castillo o incorporarse al séquito de Erzsébet según fuera su procedencia social. Una vez allí las torturaban con los más variados procedimientos a fin de desangrarlas y preparar el baño de la condesa. Descubiertos sus crímenes, la condesa fue recluida en una celda sin ventilación ni resquicio alguno por donde pudiera entrar la luz del sol. Solo podía comunicarse con el exterior a través de una pequeña rendija por la que se le hacía llegar pan y agua. Murió después de cuatro años de cautividad en esas condiciones.

El problema es del ministro

Tal vez la respuesta de su hermano no le preocupó demasiado a la ya mencionada María Luisa de Borbón-Parma. De la misma forma que Victoria I de Inglaterra ni se inmutó cuando supo que uno de sus ministros hablaba mal de ella. Al enterarse, respondió:

—No me preocupa lo más mínimo lo que el ministro opine de mí. Es él quien debería preocuparse de lo que yo pienso de él.

Quien quiera reinas…

María Pía de Saboya, casada en 1862 con Luis I de Portugal, fue una reina admirada por su labor social, pero también por su desmedida afición al lujo. De ella se dice que llegó a lucir tres vestidos diferentes en una misma fiesta, y su colección de joyas fue una de las más nutridas de las casas reales europeas. De carácter fuerte y espontáneo, sus rotundas respuestas causaban el estupor de los cortesanos. Se dice que en una ocasión en que el primer ministro le recriminó sus excesivos dispendios, le respondió:

—¡Quien quiera reinas, que las pague!

11
Amores y amoríos

Reinar después de morir

*H*ay nombres femeninos que son sinónimo de los grandes relatos de amor que ilustran el pasado. Uno de ellos es, sin duda, el de Inés de Castro. Poco se sabe de su biografía que no sean sus trágicos amores con Pedro I de Portugal. Eso sí, lo que la historia esconde, lo compensa la leyenda, que ha llevado la figura de la desgraciada dama gallega al teatro, la novela, el cine y la ópera.

Nacida en Orense y criada en la corte castellana del infante-poeta don Juan Manuel, Inés de Castro llegó a Portugal en 1341 como dama de compañía de Constanza Manuel de Villena, la prometida del príncipe heredero Pedro. Historia y leyenda coinciden en que, tras la prematura muerte de Constanza, Inés y Pedro se convirtieron en amantes. Retirados en la actual Quinta das Lagrimas de la ciudad portuguesa de Coimbra, vivieron su amor hasta que el rey Alfonso IV, temeroso de la influencia que la familia castellana de Inés tuviera sobre su hijo, mandó matar a la dama.

La cólera de Pedro fue imparable. Se enfrentó a su padre y acaudilló un levantamiento popular que sumió a Portugal en la guerra civil. Una vez coronado rey, no descansó hasta ajusticiar a los asesinos de Inés y sorprendió a propios y extraños al demostrar que, tras enviudar de Constanza, había contraído matrimonio secreto con la bella gallega. Aún fue más allá. Mandó desenterrar el cadáver de su esposa, lo expuso en el salón del trono y obligó a la corte a rendirle pleitesía. Luego trasladó sus restos hasta el mausoleo construido para ella en el monasterio de Santa María de Alcobaça. Frente al mismo pidió que erigieran otro sepulcro para él y que lo situaran encarado al de la reina muerta. Puesto que la costumbre era colocarlos en paralelo, el escultor le preguntó la razón de tan inusual disposición. La respuesta del rey ha quedado como una de las

declaraciones de amor más románticas:

—Quiero ser enterrado frente por frente a mi Inés y no a su lado, porque de esta forma, el día del Juicio, cuando resucite, lo primero que verán mis ojos será el rostro bellísimo de mi amada.

Sin duda, Inés de Castro reinó después de morir.

La sorprendente historia de amor de Abelardo y Eloísa

En el parisino cementerio del Père Lachaise hay un mausoleo neogótico que siempre tiene flores frescas. Suelen depositarlas los enamorados ya que en él, desde finales del siglo XIX, descansan los restos mortales de una pareja mítica del siglo XII: Abelardo y Eloísa. Fue una historia inusual para la época y, aún ahora sorprendente, dada la personalidad de Abelardo, las circunstancias que rodearon su relación y la liberalidad con que Eloísa expresó su pasión en su celebérrimo epistolario.

Pedro Abelardo fue uno de los más respetados maestros de Teología de la Universidad de París. Atraído por su fama, el canónigo de la catedral de Notre-Dame, Fulberto, lo eligió como maestro de su sobrina Eloísa, una joven de solo diecisiete años que llamaba la atención de sus contemporáneos por su despierta inteligencia y sus conocimientos de latín, griego y hebreo. El amor entre maestro y discípula no tardó en aflorar y, aunque lo vivieron en secreto puesto que Abelardo había recibido las órdenes menores, el embarazo de Eloísa los obligó a reconocer públicamente su relación. Fulberto, enfurecido, tramó una terrible venganza. Recluyó a Eloísa en un convento donde dio a luz a un hijo que recibió el extraño nombre de Astrolabio y contrató a dos sicarios para que castraran al maestro mientras dormía.

Consumada la tragedia, el amor, al menos el físico, entre ambos fue imposible. Abelardo quedó relegado profesionalmente y sus doctrinas tachadas de heréticas. Apartado de su cátedra, se retiró a la abadía de Saint Denis de París y ordenó la construcción de otra en Quincey, cerca de Troyes, llamada Le Paraclet (El Paráclito) de la que, años después, Eloísa fue abadesa.

No volvieron a verse pero su relación epistolar nunca se interrumpió. En sus cartas, mientras Abelardo se manifiesta como un hombre arrepentido, intelectual y frío, Eloísa se muestra como una mujer apasionada y escribe frases del tenor de: «Tú sabes, amado mío, lo mucho que he perdido al perderte a ti […]. Si tú eres la causa única de mi dolor, también eres el único que puede traerme la conformidad y la alegría».

Hasta su muerte, ocurrida en el año 1133, veintiún años más tarde que la de Abelardo, Eloísa fue —y así lo demuestran sus cartas— eterna enamorada, alumna fiel y defensora impenitente de la memoria de su amado. Acogió en El Paráclito los restos del filósofo, y la leyenda asegura

que cuando depositaron su cuerpo en la misma sepultura donde él descansaba, este extendió los brazos para acogerla a su lado por toda la eternidad.

Entre la historia y la leyenda: los amantes de Teruel

Otra gran historia de amor del Medievo tuvo lugar en Teruel. Allí residían en el siglo XIII Juan Martínez de Marcilla e Isabel de Segura, los celebérrimos Amantes de Teruel. Eso, al menos, parece confirmar el descubrimiento realizado en 1555 en la iglesia de San Pedro: dos momias en sendos ataúdes de madera y junto a ellos un documento que narra el peculiar relato de los amantes.

Juan, segundón de una familia noble, pidió en matrimonio a Isabel, heredera de un acaudalado prócer turolense. La rotunda negativa del padre de la joven provocó que el enamorado partiera a las cruzadas en busca de fortuna y que ella jurara esperarlo hasta su regreso. Sin embargo, el retorno se alargó más de lo previsto e Isabel se vio obligada a contraer matrimonio con el candidato elegido por su padre.

Nadie esperaba que Juan regresara vivo de su aventura en Tierra Santa, pero así fue, con la mala fortuna de presentarse en Teruel el mismo día de la boda de su amada. Al conocer la noticia, no pudo resistirlo y murió. Isabel, al saberlo, corrió junto al cadáver, le dio un último beso y cayó desplomada junto al féretro. Convencidas de su amor, las familias decidieron enterrarlos juntos. Ese mismo día acabó su relación y comenzó la leyenda.

El corazón del trovador

Parece ser que los grandes amores han de ser necesariamente trágicos. Como, por ejemplo, el que en el siglo XI unió al trovador Guillem de Cabestany con una dama del Rosellón de nombre Saurimonda de Navata. Había un serio inconveniente: ella estaba casada con un noble que, al conocer la infidelidad, mandó matar al trovador.

No contento con ello, ordenó que guisaran su corazón y se lo sirvieran a Saurimonda haciéndolo pasar por la víscera de un gamo. A los postres, el vengativo marido le reveló la verdad. Ella, aparentemente imperturbable, contestó:

—Señor, me habéis servido el mejor manjar que podía esperar. Me ha parecido tan exquisito que no volveré a comer para que su sabor permanezca en mi boca por toda la eternidad.

Y, a renglón seguido, se arrojó por el balcón.

Los amores de Pedro el Cruel

Pedro I de Castilla, *el Cruel* para sus detractores y *el Justiciero* para sus partidarios, fue un hombre exageradamente enamoradizo. Esta condición viene avalada por el cronista Pedro López de Ayala, que dice que fue «codicioso de allegar tesoros e joyas e amó a muchas mujeres», pero también por su larga e intermitente relación con María de Padilla, sus amores con Aldonza Coronel, María González de Hinestrosa y con tantas otras damas de las que no se conoce el nombre.

Este rey contrajo matrimonio en dos ocasiones: con la francesa Blanca de Borbón, a la que repudió a las pocas horas de la boda, y con la portuguesa Juana de Castro, hermanastra de la célebre y ya mencionada Inés que «reinó después de morir».

Como doña Juana se negara a sus requerimientos sexuales sin que mediara el matrimonio, el monarca simuló casarse con ella en 1354, con la aquiescencia de dos obispos perjuros, y tras la boda, se retiraron juntos al castillo de Cuéllar. Pocos días después la abandonó y no volvió a verla jamás. A cambio le cedió el castillo y la villa de Dueñas, donde Juana se recluyó hasta el fin de sus días. No obstante siempre se tuvo por reina de Castilla y este es el título que figura sobre su sepulcro en la capilla real de la catedral de Santiago de Compostela.

Juana no fue la única mujer que quiso resistirse al fervor sexual del rey. También lo hizo María Coronel, la hermana de Aldonza, una de sus amantes. Decidida a rechazar al monarca que, todo sea dicho, había asesinado a su padre y a su esposo, María decidió desfigurarse el rostro con aceite hirviendo a fin de resultar repulsiva para su acosador. Tras cumplir su aterrador propósito se recluyó en el convento de Santa Clara de Sevilla, que había fundado sobre el solar de su casa familiar. Posteriormente fue beatificada.

El gran amor del duque de Clarence

En 1791 Dorothy Jordan, una popular actriz que nació en Irlanda como Dorotea Bland y para entonces ya estaba casada y era madre de cinco hijos, inició un romance con el duque de Clarence que se prolongó a lo largo de casi veinte años. Retirados a su mansión de Bushy House, allí nacieron sus diez hijos, a los que el duque concedió el apellido Fitzclarence (es decir, «hijo de Clarence»). La razón de Estado obligó al duque a comprometerse con Adelaida de Sajonia-Meiningen, una mujer dulce y piadosa, cuyo nombre fue honrado al bautizar con él la capital de la Australia Meridional. A la muerte sin sucesión de Jorge IV, en 1830 el duque subió al trono del Reino Unido como Guillermo IV.

Dorothy nunca asumió la ruptura. Hundida, rechazó la ayuda del

nuevo rey y partió con sus hijos hacia Saint-Cloud, cerca de París, donde murió en la pobreza un año más tarde. El rey nunca la olvidó. Su despacho estuvo siempre presidido por un retrato de la mujer a la que amó tanto.

En memoria del amor perdido

El Taj Mahal, erigido en la ciudad india de Agra entre 1630 y 1652, es considerado una de las mejores muestras de arquitectura mogol. Su belleza arquitectónica, no obstante, queda superada por la hermosa historia de amor que encierran sus muros: la del emperador mogol Shah Jahan y su esposa preferida Arjumand Banu Begum, más conocida como Mumtaz Mahal, muerta al dar a luz a su decimocuarto hijo.

Decidido a rendir tributo a su memoria, el soberano viudo no escatimó medios a la hora de construir su mausoleo: durante veintidós años, veinte mil personas trabajaron en la obra; los materiales fueron transportados desde Makrana, a 300 kilómetros de distancia, en caravanas de más de mil elefantes, y cantidades ingentes de piedras preciosas se emplearon para decorar el interior y el exterior del monumento. Jahan pagó caro su empeño. Acusado de sumir al imperio en la ruina, fue derrocado por su hijo Aurangzeb.

Pero lo que frecuentemente se ignora es que la madrileña catedral de la Almudena bien puede considerarse un Taj Mahal a la española. En los escasos seis meses que reinó, María de las Mercedes de Orleans y Borbón, primera esposa de Alfonso XII, demostró un extraordinario interés por que se construyera una catedral para Madrid en unos terrenos adyacentes a palacio. Tras su prematura muerte, su desconsolado viudo quiso que su deseo se viera cumplido.

A fin de que la nueva catedral quedara perpetuamente unida a su memoria, el proyecto original de la seo madrileña planeaba levantar en el crucero el sepulcro de la reina coronado por una estatua orante que la representara. Asimismo, una escalera secreta debía comunicar las estancias palaciegas con la nave catedralicia. La muerte en 1885 del soberano no le permitió ver cumplido su deseo. La reina viuda, María Cristina de Habsburgo-Lorena, regente durante la minoría de edad de Alfonso XIII, dejó en suspenso la construcción y se volcó en la restauración de San Jerónimo el Real.

Sin embargo, rematada la construcción de la Almudena en el siglo XX, si bien obviando detalles del proyecto original, el 8 de noviembre del año 2000 los restos mortales de la reina fueron trasladados desde su sepultura en El Escorial hasta la catedral, donde descansan bajo la imagen de la patrona de Madrid. En la lápida figura la inscripción que el propio Alfonso XII mandó grabar: «María de las Mercedes. De Alfonso, dulcísima esposa».

12
Entre damas anda el juego

Pareja de reinas

Si se pregunta a un historiador por el paradigma de dos soberanas rivales, su respuesta será sin duda el de Isabel I de Inglaterra y María Estuardo, reina de Escocia, en el siglo XVI. Sus disensiones se debieron a motivos políticos, pero también a cuestiones personales. La obsesión de la Reina Virgen por medirse con la Estuardo era tal que en una ocasión, al recibir a un nuevo embajador de Escocia, le preguntó:

—¿Acaso la reina María es mejor concertista que yo?

—Lo ignoro, majestad —respondió el diplomático haciendo gala de una cortesía exquisita.

—¿Y domina tantas lenguas como yo?

—Lo ignoro, señora.

—¿Tal vez es más alta que yo?

Convencido de que la última cuestión carecía de importancia ya que se debía a un azar de la naturaleza, el escocés respondió a Isabel I con un rotundo:

—Sí, majestad.

A lo que ella replicó:

—Pues entonces es demasiado alta.

Rivales pero amigas

Los intereses comunes, máxime cuando son políticos, hacen extraños compañeros de viaje. Como la insólita pareja que formaron en el mismo siglo XVI Catalina de Médici, esposa de Enrique II de Francia, y la amante de este, Diana de Poitiers. Parece ser que conversaban a menudo y que

incluso intercambiaban secretos de Estado. Una tarde, cuando la reina estaba leyendo, Diana le preguntó:

—¿Qué leéis, señora?

—Leo la historia de este reino y descubro que siempre han sido las amantes quienes han dirigido los asuntos de gobierno.

Posiblemente fue para averiguar cómo conseguían tener tal influencia por lo que Catalina de Médici mandó practicar varios agujeros en el techo de la habitación de la favorita y así poder ver sin ser descubierta «la clase de vida que lleva con el rey cuando están juntos», según escribió Pierre de Brantôme, aludido al inicio de este libro.

La princesa y las monjas

A la muerte de Rui Gomes da Silva en 1573, su viuda Ana de Mendoza, la ya mencionada princesa de Éboli, presa de una enorme depresión, quiso retirarse al convento de carmelitas en Pastrana. Al saber la noticia y conociendo su talante, la fundadora de las carmelitas, Teresa de Jesús, no pudo menos que exclamar:

—¡La princesa monja, ya doy la casa por deshecha!

No se equivocó, Ana de Mendoza quiso instalarse en ese convento de La Alcarria con parte de su servicio, rodeada de sus pertenencias más queridas y sin acatar la sobriedad de los votos. Es más, pocos meses después, la princesa abandonó las celdas y se trasladó a una casa más lujosa ubicada en la huerta del convento.

La paciencia de la que más tarde sería santa se fue agotando y, previa autorización del provincial de la orden, Teresa ordenó que las monjas de Pastrana se trasladaran a la nueva fundación creada en Segovia en abril de 1574, al tiempo que devolvía a la Éboli todas las donaciones que esta había hecho al Carmelo.

Josefina Beauharnais vs. Madame Récamier

Otra rivalidad legendaria fue la surgida entre Josefina de Beauharnais (nacida como Marie Josèphe Rose Tascher de la Pagerie y más conocida como Josefina Bonaparte tras casarse con el emperador Napoleón) y Jeanne Julie Bernard Matton (ya convertida en Madame Récamier, la anfitriona de uno de los mejores salones literarios del París del XVIII). Sus rifirrafes dieron lugar a inocentes pero malévolas venganzas.

Así, sabiendo que Juliette Récamier asistiría a un baile en Fontainebleau vestida de verde, Josefina hizo cambiar la tapicería y la seda de las paredes del salón donde iba a tener lugar la fiesta por una del mismo color que su vestido, con lo que consiguió que la figura de la

Récamier se confundiera con la decoración y pasara prácticamente inadvertida.

El ardid de la duquesa de Alba

La enemistad entre la reina María Luisa de Borbón-Parma y María del Pilar Teresa Cayetana Silva y Álvarez de Toledo, XIII duquesa de Alba, era la comidilla de la corte de Carlos IV de España a finales del siglo XVIII. Se ha escrito que las diferencias entre ambas se podían deber a que ambas se disputaban el amor de Manuel de Godoy, el poderoso valido, pero lo más probable es que fuera todo lo contrario, ya que la duquesa era enemiga acérrima de la política del omnipotente ministro. En cualquier caso, fuera cual fuera el motivo, la rivalidad entre ambas damas era un hecho.

Con el propósito de humillar a la reina, la duquesa llegó al extremo de enviar espías a París, donde se confeccionaba la ropa de la soberana, con la misión de conseguir un patrón del vestido que María Luisa iba a lucir en una recepción en palacio; después mandó confeccionar una serie de modelos idénticos para todas sus criadas, que desfilaron arriba y abajo por el paseo del Prado, el lugar de encuentro del «todo Madrid», con el mismo diseño que horas después vistió la soberana.

Entre hermanas

Los celos entre hermanas no son nada raro. Isabel II y Luisa Fernanda de Borbón no podían ser una excepción. Pero la primera tenía muy claro su jerarquía, ya que fue proclamada reina en 1833, con solo tres años. En una ocasión, siendo ambas unas niñas, acudieron a un certamen de poesía, y Luisa Fernanda comentó ante el discurso protocolario:

—Creo que eso de «soles de inocencia» lo dicen por nosotras.

Y la mayor replicó:

—Claro que es por nosotras, pero lo de «iris de paz» lo dicen por mí, que por algo soy la reina.

Los problemas domésticos de Alfonso XII

—En mi casa no se puede vivir: mi hermana es conservadora; mi mujer, liberal, y yo… ¡soy republicano!

Quien así hablaba era nada menos que el rey de España Alfonso XII en relación a las disensiones políticas entre las mujeres de su familia. No le faltaba razón: su hermana Isabel *la Chata* defendía ideas absolutamente

conservadoras, hasta el punto de situar a la Corona en la cima de la legalidad vigente; su segunda esposa, María Cristina de Habsburgo-Lorena, por el contrario, era partidaria del más estricto constitucionalismo. lo que, pese a su buena relación, las distanciaba a la hora de hablar de política. Posiblemente, en lo único que el monarca exageraba era a la hora de autoproclamarse republicano…

Peor fue la relación de María Cristina con su suegra Isabel II. La austera y recatada reina regente —a quien no en vano se dio el apodo de Doña Virtudes— era el polo opuesto a la exuberante y extrovertida madre de su esposo. Era, pues, inevitable que sus caracteres chocaran en más de una ocasión. Por ejemplo, cuando la reina madre, tan amante de la cocina tradicional, quiso que se sirviera un cocido madrileño en palacio. Ya en la mesa, María Cristina quedó sorprendida de la voracidad con que su suegra se hartaba de garbanzos, tocino, chorizo y el resto de ingredientes. Incapaz de contenerse, le recomendó que se moderara ya que el plato era muy fuerte y no convenía abusar. Isabel II le contestó:

—¡Peor son esas coles podridas que se comen en tu tierra!

Se refería nada menos que al exquisito chucrut.

María Cristina tampoco se llevó bien con su nuera Victoria Eugenia de Battenberg, esposa de su hijo Alfonso XIII. Ese motivo fue de más peso ya que el enfrentamiento se produjo tras el estallido de la Primera Guerra Mundial dado que, por sus nacionalidades de origen, ambas pertenecían a bandos enfrentados: María Cristina era miembro de la familia imperial de Austria mientras que Victoria Eugenia era nieta de la reina Victoria de Inglaterra.

13
Secretos de alcoba

La bella Friné

Friné fue una cortesana griega de belleza legendaria cuyo nombre real era Mnésareté (algo así como «conmemoradora de la virtud»). Paradójicamente a este significado, su vida licenciosa acabó por llevarla ante los tribunales y eran tan incontestables las acusaciones que su defensor se quedó sin palabras. Convencido de que Friné iba a ser condenada sin remedio, tomó una drástica decisión: le arrancó la túnica y la dejó totalmente desnuda ante el tribunal.

Luego se dirigió impasible a los jueces:

—¿Vais a ser capaces de condenar a la misma diosa Afrodita?

Y Friné, evidentemente, fue absuelta.

La hermana libertina de Catón

Convencido de que Julio César era uno de los conspiradores que se escondían tras la ambición de Lucio Sergio Catilina en el siglo I a. C., Catón lo conminó a leer en el Senado una nota que acababa de recibir y que discretamente había escondido entre los pliegues de su túnica.

Como César se negara a hacerlo, Catón lo obligó a que le entregara el escrito a un miembro de la guardia. Cual no fue su sorpresa al descubrir que se trataba de una misiva amorosa enviada nada menos que por la medio hermana de Catón, Servilia, que invitaba a César a pasar la noche en su compañía. Servilia terminó siendo la amante favorita de César… y la madre de Bruto, uno de sus futuros asesinos.

Honi soit qui mal y pense

La leyenda atribuye la creación de la orden de la Jarretera a la pasión que el rey Eduardo III de Inglaterra sintió por la condesa de Salisbury en el siglo XIV. Según parece, tras uno de sus encuentros amorosos, el monarca no tuvo mejor ocurrencia que atarse una de las ligas de su amante en la pierna. Olvidando que la llevaba puesta, acudió a un banquete. La sorpresa de los cortesanos ante tan insólito adorno no tardó en convertirse en malintencionados rumores. El rey, para salvar la buena fama de la condesa, dijo entonces en francés, por entonces el idioma oficial de las cancillerías:

—*Honni soit qui mal y pense.*

Es decir, «Vergüenza para quien piense mal». Poco después, con ese lema y una liga como insignia, el monarca fundó la orden de la Jarretera. La frase figura en el escudo de la Gran Bretaña.

La pecadora arrepentida

Agnès Sorel amenizó con sus favores la madurez de Carlos VII de Francia en el siglo XV. La favorita que con sus pronunciados escotes, sus atrevidos peinados y su intervención en los asuntos de Estado había escandalizado a la corte acabó por convertirse en una mujer extraordinariamente piadosa. Para demostrarlo donó a la catedral de Notre-Dame de Loches una imagen de plata en la que se la representaba como santa María Magdalena, y poco después, constatado su arrepentimiento, el pintor Jean Fouquet la tomó como modelo para su cuadro *La virgen de Melun.*

Cuestión de talla

La historia, a veces, peca de indiscreta. No oculta, por ejemplo, intimidades como las dimensiones del miembro viril de algunos monarcas. Así, se conoce el gran tamaño del aparato genital de Fernando VII de España, de quien además se cree que padecía de priapismo, o el sarcasmo con que Ana Bolena comentó lo escasamente dotado que estaba su esposo, Enrique VIII, cuando no se recató en explicar que la *espada* del rey no pasaba de ser «una simple navaja». Al llegar tal indiscreción a oídos del monarca, este estalló en cólera gritando:

—¡Maldita seas! Después de haberme arrodillado ante ti como un mendigo y de haberte hecho reina, mancillas mi hombría.

Lo trágico es que este episodio figura entre los cargos del proceso contra Ana Bolena, que, acusada de traición y adulterio, acabó por llevarla al patíbulo, donde fue decapitada de pie, al estilo francés del siglo XVI.

No, gracias

Felipe IV fue un adicto al sexo en toda regla. De ello dan fe los numerosos hijos ilegítimos (se calculan entre 20 y 40) que dejó tras de sí el monarca español en el siglo XVII, además de los 13 legítimos en sus dos matrimonios. Pero no siempre le fue fácil conquistar los favores de una dama. Eso le sucedió con Antonia Téllez-Girón y Enríquez de Ribera, casada con el conde de Lemos, quien lo rechazó diciendo:

—Señor, le agradezco su interés, pero no tengo vocación de ramera ni de monja.

Se refería sin duda a la trayectoria de María Inés Calderón, *la Calderona,* una famosa actriz de la época que cuando dejó de ser la amante del rey ingresó en un convento. Pero antes tuvo el único hijo al que Felipe IV legitimó en vida, Juan José de Austria, que terminó siendo primer ministro durante la regencia de Mariana de Austria, relegando a esta segunda esposa de su padre.

Las concurridas alcobas reales de Versalles

Los reyes de Francia trataban bien a sus amantes. Desde el siglo XIV al XVIII la corte reconocía a la *maîtresse-en-titre,* o amante oficial del rey, un cargo semioficial que les concedía a las favoritas una generosa asignación económica y apartamentos propios en palacio.

Lo cierto es que muchas de ellas no fueron simples aventureras o mujeres de vida licenciosa. Por el contrario, fueron extremadamente cultas y refinadas, e incluso mujeres de negocios. Una de las más notables fue Jeanne-Antoinette Poisson, más conocida como Madame de Pompadour, amante de Luis XV en el siglo XVIII, una importante impulsora de las letras y las artes, y experta en finanzas, que consiguió atesorar por sus propios medios una considerable fortuna. Protegió a los enciclopedistas, creó una red inmobiliaria en París que ella misma administraba e impulsó la expansión de la fábrica de porcelana de Sévres, donde se bautizó con su nombre una tonalidad para esmaltar sus piezas: el rosa Pompadour.

A Madame de Pompadour la sustituyó en el puesto de amante real Marie-Jeanne Bécu, más famosa como Madame du Barry, dotada de un encanto tan particular que Luis XV comentó de ella que era «la única mujer de Francia que le hacía olvidar que era sexagenario». Ostentosa y frívola, fue el polo opuesto a su antecesora. Tal vez por ello, Luis XV continuó manteniendo una estrecha amistad con la Pompadour, a quien solía visitar de incógnito en su residencia para relajarse jugando a las cartas, conversando, pidiéndole consejo lejos de las intrigas cortesanas. Del cambio en el cariz de su relación da testimonio la anécdota que asegura que, paseando por los jardines de Versalles, un cortesano preguntó

a la antigua favorita por el nombre de un bosquecillo que, al comienzo de su relación, había sido el lugar de sus encuentros con el rey. Sin dudarlo, Madame de Pompadour le respondió:

—Antes lo llamaban bosque del Amor, ahora es de la Amistad.

La presencia de una amante oficial no significaba que el monarca no disfrutara, además, de los favores de otras mujeres de la corte. Asimismo las reinas podían coquetear con un *chevalier servant* siempre que su relación no traspasara las puertas de su alcoba en pro de mantener la pureza de sangre de la dinastía. No obstante, algunas reinas hicieron caso omiso de la prudencia que requería su condición de madres de posibles aspirantes al trono.

Fue el caso de la española María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV de Francia e hija de Felipe IV de España, quien sentía verdadera devoción por un joven esclavo pigmeo al que la reina bautizó como Nabo. Poco después de que el muchacho falleciera en circunstancias poco claras, la reina dio a luz a una niña de rasgos africanos que falleció sin llegar a cumplir el año. Otras versiones aseguran que sobrevivió y fue secretamente depositada en un convento de Moret-sur-Loing del que llegó a ser abadesa.

Más recatada resultó ser María Leczinska, esposa de Luis XV de Francia en el siglo XVIII. Extremadamente piadosa, se negaba a tener relaciones íntimas con el rey durante el tiempo de Cuaresma. En una ocasión, pese a intentar convencer a la reina a lo largo de más de cuatro horas de que le otorgara sus favores, el monarca no consiguió su objetivo. Airado, salió de la alcoba dando un portazo y diciendo:

—¡Es la última vez que intento dar vida a una mujer de madera!

El conde de…

En la corte del ya mencionado Felipe IV, rey de España desde 1621, se rumoreaba que la reina consorte tenía amores secretos. Concretamente se decía que Isabel de Borbón mantenía un idilio con el conde de Villamediana. La relación nunca pudo ser probada pese a que el aristócrata y poeta presumía de tener «amores reales», de forma que aun sin especificar quién era su amante, daba pábulo a los rumores. La sospecha anidó en el corazón del soberano hasta el punto de que intentó sorprender a su esposa y entró en sus habitaciones sin ser anunciado. Abordándola por la espalda, le tapó los ojos, y la reina exclamó divertida:

—Estaos quieto, conde…

Al volverse y ver al rey, demostró su aplomo y, recurriendo a uno de los muchos títulos que ostentaba su esposo, añadió:

—… de Barcelona.

Un paraíso muy terrenal

Jeanne de Luynes fue una aristócrata francesa, amante de Victor Amadeo II de Saboya (rey de Sicilia y Cerdeña en el siglo XVIII), que inspiró a Alejandro Dumas la novela *La Dame de Volupté. Mémoires de mlle. de Luynes* (1857). Extraordinariamente inteligente, fue una gran coleccionista de arte, mantuvo un importante salón literario en su residencia y tuvo una gran influencia política durante su relación con el rey piamontés. De su talante da fe el epitafio que ella misma escribió para su sepultura:

Aquí yace, en paz profunda,
una dama voluptuosa
que, para asegurarse,
hizo de este mundo su paraíso.

Un basurero muy cortés

Georgiana Cavendish, duquesa de Devonshire, nacida Spencer, fue una mujer rebelde, inconformista y muy controvertida a finales de ese mismo siglo a causa de su ajetreada vida sentimental. Se codeó con las grandes figuras políticas y literarias y contravino todo tipo de convencionalismo social. Aunque estuviera acostumbrada a recibir cumplidos allí por donde pasaba, en una ocasión, cuando descendía de su carroza, un basurero se le acercó y le dijo:

—Bellísima dama, dejadme prender mi pipa con el fuego de vuestros ojos.

Tras escucharlo, Georgiana comentó:

—Después de semejante cumplido, ni las palabras del rey pueden emocionarme.

¡Presenten armas!

Una de las más famosas déspotas ilustradas de la historia de Europa fue la zarina Catalina II de Rusia, *la Grande*. Inteligente, culta y dotada de grandes dotes de gobierno, también ha pasado a la posteridad su desenfrenado apetito sexual. Se dice que, todas las mañanas, la zarina hacía formar a su guardia personal al pie de los ventanales de su alcoba y, desde ellos, señalaba al soldado que deseaba que la *despertara* aquel día. Era, por lo visto, uno de los deberes inherentes a la condición de militar…

El amor secreto de Isabel de Parma

Para los Habsburgo el matrimonio era un efectivo método para conseguir alianzas políticas. De ahí la frase que corría en las cancillerías mediado el siglo XVI: «*Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube!*» (Que otros hagan la guerra; tú, feliz Austria, cásate). El resultado de tal política era, a menudo, uniones desastrosas en lo privado pero muy provechosas en lo político.

Así sucedió en el matrimonio acordado entre el futuro José II de Austria con Isabel de Borbón-Parma. El archiduque llegó a enamorarse sinceramente de su esposa pero esta nunca le correspondió a causa de una tercera persona a la que Isabel escribía: «Me han enseñado que el día debe comenzar con Dios, pero yo, sin embargo, lo inicio con el objeto de mi amor puesto que lo llevo siempre en mi mente y en mi corazón». Nadie pudo suponer que se refería a la hermana menor de su esposo, la archiduquesa María Cristina de Austria.

La monja coqueta

En la abadía cisterciense de Maubuisson, fundada en 1241 por Blanca de Castilla en el actual departamento francés del Val-d'Oise, se vivió mediado el siglo XVIII una situación insólita. Fue siempre uno de los monasterios más cuidadosamente protegido por los monarcas galos hasta que en 1720 Charlotte Joubert de La Bastide de Châteaumorand, su abadesa, fue destituida de su cargo. El motivo: haber arruinado al convento a causa de sus enormes gastos en afeites, cosméticos y perfumes.

¿Y ahora qué hacemos?

> Mi querida madre:
> Estoy viviendo la mayor felicidad de toda mi vida. Desde hace ocho días mi matrimonio ha sido perfectamente consumado. La prueba se repitió ayer y aún fue más satisfactoria que la primera vez. No creo estar embarazada todavía, pero tengo la esperanza de que tal felicidad no tarde en llegar…

Así escribió la ya varias veces citada María Antonieta de Francia a su madre, la emperatriz María Teresa de Austria en 1777. Una carta que no tendría ninguna importancia de no ser porque habían pasado ya siete larguísimos años desde la celebración de su boda con el entonces delfín y heredero de Luis XV de Francia. Siete años en los que la joven delfina no cesaba de extrañarse en la correspondencia cruzada con su madre, de la indiferencia erótica de su joven esposo, con el que, por otra parte, vivía en plena armonía afectiva.

La situación se hizo especialmente grave cuando el 10 de mayo de

1774 la viruela acabó con la vida de Luis XV. Bien había podido tolerarse una delfina aún virgen, pero pensar en que la reina no pudiese alumbrar un hijo era un riesgo capaz de hacer peligrar cualquier corona. Si, además, era la de Francia, podía arrastrar con ella el precario equilibrio europeo.

María Teresa decidió tomar cartas en el asunto e intervenir en la vida íntima de los jóvenes soberanos. Para ello envió a París a su hijo José II, con el que compartía gobierno. Poco después de su llegada, el improvisado sexólogo escribió a su hermano Leopoldo que el rey de Francia «*a des erections fort bien conditionnées et il introduit le membre pendant quelques minutes pour s'en retirer en bandant et sans produire aucune décharge*» (tiene erecciones adecuadas e introduce el miembro durante algunos minutos para después retirarlo erecto y sin descargar).

Parece ser que fue necesaria una larga charla entre los cuñados para que Luis XVI supiera cómo comportarse en el tálamo conyugal. El resultado de la misma fue el que la reina comunicó por carta a su madre. Poco tiempo después, María Antonieta quedó embarazada.

El confortable estudio de Canova

Paulina Bonaparte fue la hermana favorita de Napoleón y el único miembro de su numerosa familia que permaneció a su lado cuando su estrella imperial declinó. Esposa del príncipe Camilo Borghese, ha pasado a la posteridad por su belleza pero también por su ligereza de costumbres. Como si quisiera emular a las diosas de la Antigüedad clásica, pidió al escultor Antonio Canova que la esculpiese semidesnuda y reclinada en un triclinio. El resultado fue la magnífica obra que hoy se exhibe en la Galería Borghese de Roma.

Cuando una dama de la corte le preguntó a Paulina si dado su escaso vestuario se había sentido incómoda durante las sesiones, la princesa respondió:

—¡En absoluto! Canova tiene en su estudio una espléndida chimenea.

Los riesgos de ser reina consorte

No era fácil ser la esposa de un monarca. Convertidas en el medio para perpetuar la dinastía, las reinas consortes se veían sometidas a una enorme presión hasta dar a luz al ansiado heredero. Anécdotas como la protagonizada por el conde-duque de Olivares y la reina Isabel de Borbón demuestran sobradamente cuál era el papel que la sociedad concedía a las consortes reales.

Se dice que cuando la soberana recriminó a Olivares el hecho de que se tomara atribuciones que, en su opinión, competían solo al rey, el valido le

contestó:

—Tenéis razón, señora, cada uno tiene una misión en esta vida, y os recuerdo que la de los ministros es gobernar; la de los frailes, rezar, y la de las reinas, parir.

No es de extrañar, pues, el sufrimiento de las reinas estériles. Evidentemente, nadie pensaba que la falta de sucesión pudiera deberse al rey, y más de una consorte real hubo de sufrir el repudio del monarca o inmerecidos ataques ante la imposibilidad de dar un sucesor a la Corona.

Ese fue, por ejemplo, el caso de María Luisa de Borbón-Orleans y Estuardo, sobrina de Luis XIV de Francia, quien contrajo matrimonio con Carlos II de España en 1679. No cabe duda de que el rey llegó a enamorarse de su esposa, pero su naturaleza enfermiza (lo llamaron el Hechizado) le hacía prácticamente imposible consumar el matrimonio, paradoja irónica si recordamos que era hijo de Felipe IV. Como el tiempo pasaba y el ansiado heredero no llegaba, corrió por Madrid la siguiente coplilla:

Parid, bella flor de lis,
en aflicción tan extraña,
si parís, parís a España,
si no parís, a París.

Otro tanto sucedió con su sucesora en el trono, Mariana de Neoburgo, segunda esposa de Carlos II desde 1689. La diferencia es que esta, ambiciosa e intrigante, llegó a simular hasta doce embarazos temiendo que si no conseguía dar un heredero al monarca, el papado anulara el matrimonio. No obstante, al pueblo no le pasaba desapercibida la farsa ni tampoco la imposibilidad del rey de consumarlo. De ahí que se cantara:

Tres vírgenes hay en Madrid:
la Almudena, la de Atocha
y la reina nuestra señora.

Tampoco fue madre la lisboeta Bárbara de Braganza, casada con Fernando VI de España, con quien conformó en el siglo XVIII uno de los matrimonios mejor avenidos que se conocen en las cortes europeas. Mujer culta e inteligente, compartió intereses con su esposo y se volcó en la protección de las artes. Entre sus proyectos más importantes se encuentra la construcción del monasterio de la Visitación de Madrid, más conocido como las Salesas Reales. La soberana quiso que fuera, además, colegio para instruir a las jóvenes de la nobleza y, por tanto, mandó erigir un amplísimo edificio. Así se hizo, pero los gastos de la construcción fueron tan elevados que, una vez más, Madrid la *premió* con una copla:

Bárbaro edificio,
bárbara renta,
bárbaro gasto,
Bárbara reina.

Por el contrario, la alemana María Amalia de Sajonia cumplió sobradamente con las expectativas y dio a Carlos III, su esposo, nada menos que trece hijos. Fueron una pareja tan cómplice y enamorada que a la muerte de la reina en 1760, el rey de España, Nápoles y Sicilia se lamentó:

—¡Mi querida Amalia! En veintidós años de matrimonio, este es el primer disgusto serio que me da.

Extraordinariamente prolífico fue también el matrimonio de Carlos IV (hijo del anterior) con María Luisa de Borbón-Parma, si bien las malas lenguas atribuían la paternidad de algunos de los infantes al valido real, Manuel de Godoy: catorce hijos nacidos ¡de los veinticuatro embarazos de la reina!

Sin embargo, su hijo Fernando VII no siguió su senda de descendencia. Pese a contraer matrimonio en cuatro ocasiones y a caracterizarse por una absoluta exuberancia sexual, solo tuvo dos hijas con su cuarta esposa, María Cristina de Borbón-Dos Sicilias.

Su primera esposa, María Antonia de Nápoles, no le dio hijos pero tuvo una importancia decisiva en la creación de una camarilla política en torno al entonces príncipe heredero y en la lucha contra el todopoderoso Godoy. Durante los cuatro años que duró, de 1802 a 1806, el matrimonio estuvo muy unido pese a la pésima impresión que el novio le causó a la princesa napolitana a su llegada a España. Al menos eso revela la carta que escribió a su madre, María Carolina de Austria, que gobernaba en Nápoles y Sicilia, narrándole sus impresiones: «Bajé del coche y vi al príncipe; creí desmayarme. En el retrato que enviaron a Nápoles parecía más bien feo pero comparado con el original es un Adonis».

A su muerte, la sucedió en el tálamo real la infanta portuguesa Isabel de Braganza y Borbón, que era sobrina del que iba a ser su esposo. Una mujer de escasos atractivos físicos, pero gran talante artístico, a la que se debe la fundación del Museo del Prado. La noticia de su boda con Fernando VII no fue del agrado de muchos de sus súbditos, que sabían del lamentable estado financiero de las arcas portuguesas. Por eso, ni cortos ni perezosos, algunos madrileños colocaron en la verja de palacio un pasquín que decía: «Fea, pobre y portuguesa, ¡chúpate esa!».

La tercera de las esposas de Fernando VII, la alemana Josefa Amalia de Sajonia, fue una jovencita educada en un monasterio, aficionada a escribir malísimos versos y que, para acceder a consumar el matrimonio, necesitó la venia del nuncio apostólico. Aun así, se cuenta que exigía del rey el rezo de un rosario antes de yacer con él. Por eso, a su muerte, cuando sus

ministros le insistían al monarca en que, careciendo de descendencia, urgía que contrajera nuevo matrimonio, este contestaba:

—De acuerdo. Volveré a casarme…, ¡pero no quiero más rosarios ni versitos, coño!

Acertó con su cuarta esposa, María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, una palermitana alegre y pizpireta, quien no solo aseguró la continuidad de la dinastía al dar a luz a la futura Isabel II sino que fue el gran amor de la vida del monarca.

La reina casada en secreto y embarazada en público

Tras la muerte de Fernando VII en 1833, así se definía a su viuda María Cristina. Reina gobernadora durante la minoría de edad de su hija Isabel II, hubo de lidiar con carlistas, liberales y conservadores y, sobre todo, evitar que se conociera su romance con Agustín Muñoz y Sánchez, duque de Riansares, un apuesto miembro de su guardia de corps con quien inició una apasionada relación pocos meses después de enviudar.

Consciente de que la noticia de un nuevo matrimonio podría perjudicar el futuro de su hija en el trono, se casó en secreto con su enamorado. Lo cierto es que fue un secreto a voces, ya que la reina quedó encinta nada menos que en ocho ocasiones, por lo que el pueblo sentenció que María Cristina estaba «casada en secreto y embarazada en público».

Las tribulaciones matrimoniales de Isabel II

Nadie duda de que Isabel II de España tuvo una escasa pericia política pero un gran corazón en el que cupieron buen número de amantes: José María de Arana, Enrique Puigmoltó, el general Serrano, Miguel Tenorio, Carlos Marfori… son algunos de los nombres que no solo la acompañaron afectivamente sino que de algunos de ellos se supone que fueron padres de los infantes.

Pero, sin duda, tanto amorío no se debió solo a la liviandad de la reina sino también al escaso interés amatorio que le demostró su esposo, Francisco de Asís de Borbón. Siendo ya una anciana, cuando se le preguntó por las preferencias sexuales de su esposo, se animó a contestar:

—¡Qué voy a decir de un hombre que en su noche de bodas llevaba más puntillas que yo!

Lo cierto es que siempre se rumoreó que el rey consorte era homosexual. Delicado en sus modales y extremadamente pálido, sus súbditos lo bautizaron como Paquito Natillas, mientras corría por Madrid una coplilla sobre las peculiares circunstancias de la vida conyugal de los monarcas que decía:

La Isabelona,
tan frescachona,
y don Paquito,
tan mariquito.

El pueblo conocía perfectamente las debilidades de su soberana. De ahí que tras erigirse la estatua que aún preside la madrileña plaza de la Ópera, realizada por el escultor valenciano José Piquer Duart y costeada por el adinerado prócer Manuel López Santaella, se colocara a los pies de la estatua un pasquín que decía:

Santaella, de Isabel
costeó la bella estatua
y del vulgo el eco fiel
dice que no es santo él
ni tampoco santa ella.

Una belleza cuestionada

Prima hermana de Cavour, líder político de la unificación italiana, Virginia Oldoini, condesa de Castiglione, fue una de las bellezas más célebres del París del II Imperio. Llegó a la capital francesa hacia 1856 con el propósito de recabar el apoyo de Napoleón III a la causa piamontesa y no solo lo consiguió sino que, además, se convirtió en su amante.

Reputada como la mujer más bella del mundo, solo el marqués de Gallifet, un ingenioso *bon vivant* de la época, se atrevió a poner en duda esta afirmación. Al enterarse, terriblemente ofendida, Virginia lo invitó a visitarla en su mansión. Cuando Gallifet entró en el salón donde lo esperaba su anfitriona, la encontró desnuda, echada en una *chaise longue* forrada de raso negro que hacía resaltar aún más la blancura de su piel, sus ojos verdes y su abundante cabellera cobriza. Luego le dijo:

—Ahora, marqués, explicad a todo París lo que habéis visto. Luego disculpaos por haber puesto en cuestión mi belleza.

Más esposa que madre

El amor de la reina Victoria I de Inglaterra por su esposo, el príncipe alemán Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, rozaba los límites de lo patológico. De su unión nacieron nueve hijos que ocuparon un lugar muy secundario en el corazón de su madre, que una vez viuda, llegó a escribir: «No hallo ninguna compensación en la compañía de mis hijos. Es más, pocas veces me encuentro a gusto con ellos. Me pregunto por qué ha

tenido que dejarme Alberto y ellos continúan a mi lado».

Sin embargo, en vida del príncipe solían discutir muy a menudo a causa del carácter autoritario de la reina, a la que le costaba descansar de su posición de soberana. En medio de una de esas discusiones conyugales, Alberto se encerró en sus habitaciones y amenazó con regresar a Alemania. Victoria, enfurecida, golpeaba la puerta y clamaba una y otra vez:

—¡Ábreme! Soy la reina.

Hasta que rectificó:

—¡Ábreme, Alberto! Soy tu esposa…

Y, de inmediato, el príncipe consorte abrió.

Dirección única

Tras una intensa vida amorosa, cuando ya era un maduro solterón, Napoleón III de Francia quedó deslumbrado por la belleza de la joven española Eugenia de Montijo, que había nacido en Granada como María Eugenia Palafox Portocarrero y Kirkpatrick, y era condesa de Teba. Empeñado en conquistarla, Napoleón no cesó de galantearla, pero la inteligente y ambiciosa granadina no estaba dispuesta a ser una más de la colección de amantes del emperador. Así, cuando convencido de su poder de seducción se dirigió a Eugenia preguntando:

—Me gustaría saber, *mademoiselle,* cuál es el camino para llegar a su dormitorio.

Para su sorpresa, escuchó:

—Muy sencillo, *sire:* el que primero pasa por la vicaría.

Meses después contraían matrimonio en Notre-Dame de París y Eugenia de Montijo se convertía en emperatriz de los franceses.

La singular Lola Montes

Hay hombres que pierden la cabeza por una mujer, pero si además son reyes, lo que acaban por perder es un trono. Esto le sucedió a Luis I de Baviera, destronado a causa de sus amores con la aventurera Lola Montes.

Cantante y bailarina de una calidad dudosa, esta irlandesa se llamaba Elisabeth Gilbert y se hacía pasar por española, de ahí su nombre artístico, que fuera de España se escribe más habitualmente con zeta final, Montez. En 1846 conoció a un ya maduro rey de Baviera que se prendó de ella. Contra toda sensatez, la hizo su amante al tiempo que la cubrió de joyas, le construyó mansiones y le dio todo tipo de reconocimientos. Cuando sus ministros se lo reprocharon, no dudó en proclamar:

—Si pudiera, le daría a Lolita el reino entero.

Prácticamente eso hizo. En 1847 una revuelta popular lo obligó a expulsarla de Baviera y a abdicar un año después. Nunca volvió a verla. Para entonces Lola Montes había emigrado a Estados Unidos, donde actuó en Broadway representando una obra escrita por ella misma y que tituló *Betty, la tirolesa;* regentó un *saloon* en el Far West y pretendió dar un golpe de Estado para anexionarse California y llamarla Lolaland. Al final de sus días se unió a la iglesia metodista y murió en Nueva York, casi en la indigencia, en 1861. En su lápida del cementerio neoyorquino de Green Wood figura como Eliza Gilbert.

La afición «a la ópera» de Alfonso XII

Nadie puede afirmar que el rey Alfonso XII fuera un gran melómano. Se dice que era tan pobre su oído musical que habían de avisarlo cuando se iniciaban los primeros compases del himno nacional. Pero de lo que no hay duda es de que fue un gran aficionado a la ópera o… ¡a sus intérpretes femeninas!

Tras enviudar de su primera esposa, María de las Mercedes, inició una larga relación con la cantante castellonense Elena Sanz y Martínez de Arizala, *prima donna* del Teatro Real de Madrid, de la que nacieron dos hijos a los que Isabel II llegó a llamar «mis nietos ante Dios». El romance no se interrumpió ni siquiera durante su segundo matrimonio con María Cristina de Habsburgo-Lorena, si bien finalmente la cantante se instaló con sus hijos en París para dejar de afrentar a la reina.

La sustituyó en el amor real otra soprano del Teatro Real, Adelina Borghi, llamada la Blondina a causa de su rubia melena. La diva no dudó en hacer ostentación de su relación con el monarca, y tal fue el escándalo que la reina María Cristina amenazó con abandonar la corte si la italiana no dejaba Madrid de inmediato. Excusado es decir que, al día siguiente, la Blondina fue conducida a la frontera bajo la consideración de *persona non grata.* Pero también hay que explicar que al día siguiente el funcionario que había promovido la operación fue despedido de su cargo.

Científicas, políticas, inventoras, escritoras, artistas de todos los ámbitos… Los nombres que han desfilado por estas páginas conforman una tupida red que ha sostenido buena parte de la historia de la humanidad. Valgan estas breves anécdotas que las evocan para despertar la curiosidad sobre sus logros y también sobre tantas otras que no han tenido cabida en este relato.

Intencionadamente, se han consignado sus nombres reales, así como sus apellidos maternos y de soltera, cuya omisión sistemática en los anales de la historia e incluso en la actualidad es una forma más de ningunear su identidad y procedencia.

Todas y cada una de ellas merecen un estudio en profundidad, una renovada biografía que las salve tanto del olvido como del mito que, a menudo, distorsiona sus auténticos talantes por culpa de intereses espurios. La justicia histórica reclama desvelar sus nombres y sus procederes. Para todos es una responsabilidad; para sus congéneres, una obligación.

© 2020, María Pilar Queralt del Hierro

Primera edición en este formato: febrero de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18014-31-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.